

CLUB DE FANTASÍA

ISAAC ASIMOV
Los ojos
hacen algo más que ver



CLUB DE FANTASÍA

Asimov es uno de los maestros indiscutibles de la narrativa de anticipación, con una obra amplísima y diversa que participa a un tiempo de las constantes de la escuela americana —su interés por la trama narrativa, por la historia bien contada— y de los esquemas de rigor científico que caracterizan a la ciencia-ficción soviética. El título que centra este volumen —LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER— crea una atmósfera obsesiva en torno del descubrimiento del sexo por unos seres que han llegado a perder incluso —después de tres millones de años de evolución— la noción de identidad corporal. Los restantes relatos inciden igualmente en el juego deslumbrante de ingenio —Asimov es un notable discípulo de Chesterton—, basado en la confrontación de los fenómenos apasionantes de las nuevas magnitudes con las fórmulas estereotipadas de lo que llamamos «sentido común». Sin lirismos trasnochados y sin ninguna pretensión de profecía, la obra de Asimov cuenta entre lo más válido que se haya elaborado en el terreno de la ficción científica.



Isaac Asimov

Los ojos hacen algo más que ver

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 7

ePub r1.1

Titivillus 29.01.15

Título original: *Nightfall and Other Stories*

Isaac Asimov, 1976

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.1



ÍNDICE

Los ojos hacen algo más que ver (*Eyes Do More Than See*), 1965.

Anochecer (*Nightfall*), 1941.

Huésped (*Hostess*), 1951.

Alternativas (*What If*), 1952.

Moscas (*Flies*), 1953.

Érase un hermoso día (*It's Such a Beautiful Day*), 1955.

Insertar la pieza A en el espacio B (*Insert Knob A in Hole B*),
1957.

Segregacionismo (*Segregationist*), 1967.

LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER

PRESENTACIÓN

Tengo una regla a la que me sujeto para cualquier eventualidad. La regla es: nunca escribo nada a menos que sea requerido a ello. Esto quizá suene a algo atrozmente austero, y no es para menos, puesto que es mentira. Como demostración debo recurrir al hecho de que mis colaboraciones en algunas revistas de ciencia-ficción, así como mis libros publicados, han sido forjados libremente. La regla me la reservo para los trabajos dispersos y no habituales.

En 1964, fui instado por Playboy a escribir un relato. Me enviaron una diminuta fotografía de una cabeza de arcilla, desorejada y con otras características indicadas por escrito, y me invitaron a que compusiera un relato inspirándome en la foto. Otros dos escritores habían sido invitados a lo mismo y las tres historias tenían que publicarse.

Era un interesante reto y acepté. Escribí Los ojos hacen algo más que ver.

En caso de que la introducción previa a este volumen haya dado la impresión de que mi carrera literaria ha sido una cadena de triunfos a partir de Anochece; de que para mí escribir sea vender; de que no quiera aceptar errores si algún colega me muestra alguno... debo decir que tal impresión es aparente y en ningún modo cierta.

Los ojos hacen algo más que ver fue rechazado con vigor muscular. El manuscrito entró violentamente por la ventana de mi casa después de haber sido arrojado desde Chicago y tras cruzar kilómetros y duros obstáculos. Al menos es lo que me pareció. Las otras dos historias fueron aceptadas por Playboy, y una tercera historia, escrita por alguien llamado a sustituirme, fue también aceptada.

Afortunadamente soy un profesional imperturbable y tales cosas no me molestan. Dudo que alguien se percatase de mi disgusto excepto por haber lanzado un corto rugido de rabia.

Me puse en contacto con Playboy para estar seguro de que la historia era mía y que podía hacer con ella lo que a mi real gana le pluguiera, a despecho de haberse inspirado en la foto de marras. Era libre.

Mi siguiente paso fue enviar el relato a F & SF, explicándoles (como es mi costumbre en estos casos) que se trataba de un rechazo y dando todos los detalles. La tomaron.

Por fortuna, F & SF trabaja con razonable presteza y Playboy con abominable lentitud. En consecuencia, Los ojos hacen algo más que ver apareció en F & SF año y medio antes que la tríada basada en la foto se publicara en Playboy. Gasté un tiempo apreciable esperando que Playboy recogiera indignadas cartas que acusaran la historia común de la tríada como un robo perpetrado contra una historia escrita originalmente por Asimov. Yo mismo estuve tentado de hacerlo bajo nombre falso (pero no lo hice).

En lugar de eso, me contenté con ver que por el tiempo en que Playboy publicaba las otras tres historias, la mía no sólo había sido publicada ya, sino que había sido reimpresa dos veces y figuraba por tres veces en diversas antologías. Con ésta, ya van cuatro: ¿cómo le sienta eso, Mr. Hefner?

Después de cientos de billones de años, pensó de súbito de sí mismo como Ames. No la combinación de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí propio. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no oyó ni pudo oír.

El nuevo proyecto había estado aguzando su memoria más allá de los más viejos eones. Allanó el vórtice energético que recubría la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock vino.

Con seguridad, pensó Ames, él podía hablar con Brock. Con seguridad podía él hablar con cualquiera.

Los modelos de energía enviados por Brock, comunicaron:

—¿Te acercas, Ames?

—Naturalmente.

—¿Tomarías parte en la contienda?

—¡Sí! —Las líneas de fuerza de Ames se movieron irregularmente—. He pensado en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

—¡Qué derroche de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos billones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase y comunicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó la dirección de los pensamientos de otros emanadores mientras lo hacía; captó la poderosa visión de la anchurosa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de fuerza pulsada sin fin por multitudinaria vida energética y discurriendo entre las galaxias.

—Por favor, Brock —dijo Ames—, absorbe mis pensamientos.

No los evites. He estado pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Claro que nada hay de nuevo en la Energía. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿No nos enseña esto que debemos planificar la Materia?

¡La Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un tinte de disgusto.

—¿Por qué no? —dijo—. Nosotros mismos fuimos Materia en otro tiempo, mucho tiempo... ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no erigir objetos en un medio Material, o con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿por qué no construir una imitación nuestra en Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal como solíamos ser?

—No recuerdo cómo fuimos —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo lo recuerdo —dijo Ames con ímpetu—. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si obro bien. Dímelo.

—No. Es ridículo. Es... repulsivo.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos; desde los comienzos pulsamos juntos nuestra energía, desde el momento en que llegamos a ser lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

—De acuerdo, pero rápido.

Ames no había sentido tal temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y obtenía fruto, se atrevería a manipular la Materia en presencia de la reunión de seres Energéticos que durante tanto tiempo esperaban algo nuevo.

La Materia permanecía rala entre las galaxias, pero Ames la reuniría, la conjuntaría más allá de los años-luz, escogiendo los átomos, dotándola de consistencia y conformándola en sentido ovoide.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó suavemente—. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

—No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

—Había una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan

claramente como te lo digo ahora. —Esperó y luego continuó—: Mira, ¿recuerdas eso?

Sobre la cima del ovoide apareció la CABEZA.

—¿Qué es? —preguntó Brock.

—La palabra que designa la cabeza. Los símbolos que significan la palabra sonora. Dime qué recuerdas, Brock.

—Hay algo más —dijo Brock con dudas—, algo en medio. —Una forma abultada surgió.

—¡Sí! —dijo Ames—. ¡Es la nariz!— Y la palabra NARIZ apareció en su lugar—. Y también había ojos en otra parte. —OJO IZQUIERDO... OJO DERECHO.

Ames contempló lo que había conformado, sus líneas de fuerza pulsando lentamente. ¿Estaba seguro de que era así?

—Boca —dijo luego—, y mandíbula, y nuez de Adán, y clavículas. ¿Cómo si no podrían venir las palabras hasta mí? —Y todo esto apareció en la forma ovoide.

—No había pensado en estas cosas desde hace cientos de billones de años —dijo Brock—. ¿Por qué haces que las recuerde? ¿Por qué?

Ames permanecía sumido momentáneamente en sus pensamientos.

—Algo más. Órganos para oír. Algo para recoger los sonidos. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

—¡Déjalo estar! —gritó Brock—. ¡Olvídate de los oídos y todo lo demás! ¡No recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —dijo Ames, desconcertado.

—El exterior no era rugoso y frío como eso, sino cálido y suave. Los ojos respiraban ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran blandos sobre los míos. —Las líneas de fuerza de Brock golpeaban y se agitaban, golpeaban y se agitaban.

—¡Lo lamento! —dijo Ames—. ¡Lo lamento!

—Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar; esos ojos hacían algo más que mirar y no había nadie que lo hiciera por mí.

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

—Ahora, déjalos que lo hagan —y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo, también, fue un hombre. La fuerza de su vórtice partió la cabeza en dos y se lanzó a través de las galaxias siguiendo las huellas de la energía de Brock, de vuelta a la infinita amenaza de la vida.

Y los ojos de la hendida cabeza de Materia todavía centellean con lo que Brock había colocado allí en representación de las lágrimas. La cabeza de Materia hizo lo que los seres de energía ya no podían hacer y lloraron por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos que otrora fueron, un trillón de años atrás.

ANOCHECER

PRESENTACIÓN

La redacción de Anochecer supuso un punto decisivo en mi carrera profesional. Tenía veintiún años cuando la escribí. Llevaba aproximadamente dos años y medio escribiendo profesionalmente (quiero decir, escribiendo relatos, enviándolos a revistas y vendiendo alguno de vez en cuando), pero mi relación con las editoriales no cuajaba. Hasta entonces había publicado más o menos una docena de historias y conseguido vender una docena más.

Por entonces, John W. Campbell, Jr., editor de Astounding Science Fiction, en el curso de una charla, me sacó a relucir la cita de Emerson que sirve de epígrafe a Anochecer. La discutimos; después, me marché a casa y en el curso de las siguientes semanas escribí el relato.

Seamos sinceros. No había escrito el relato de modo diferente a como había escrito mis relatos anteriores, como tampoco se diferenció en nada de los que le sucedieron. Por lo que a eso respecta, soy un verdadero conservador de las formas tradicionales. No me he especializado en ningún estilo concreto y todavía puedo afirmar que, formalmente hablando, no sé cómo escribir.

Suelo hacerlo siguiendo los cánones archiconocidos, que es la forma en que concibo de antemano los relatos.

Y de esa manera escribí Anochecer.

Mr. Campbell nunca confirma al autor la aceptación de sus historias; en lugar de una carta, envía un cheque, y muy rápidamente, por cierto, lo que es buena muestra de su savoir faire. Por otro lado, siempre encontré ese detalle sumamente interesante. De modo que recibí un cheque por Anochecer, con la sorpresa, indudablemente grata, de que Mr. Campbell había cometido una equivocación a mi favor.

El pago corriente por este tipo de historias estaba por entonces a un centavo la palabra. (No me estoy quejando; por el contrario, me sentía muy contento de habérmelo ganado). La historia tenía doce mil palabras, de modo que yo esperaba la cantidad de ciento veinte dólares. Pues bien, el cheque exhibía la cifra de ciento cincuenta.

Me sentí confuso. Hubiera sido muy sencillo cobrar el cheque y no darle más vueltas al asunto, pero los diez mandamientos, que tanto me había recomendado mi austero padre, me impulsaban irresistiblemente a llamar a Mr. Campbell, solucionar el equívoco y resignarme a un nuevo y menos cuantioso cheque.

Pero ocurrió que no había ningún error. La historia le había parecido tan buena a Mr. Campbell que creyó justo aumentarme un cuarto de centavo por palabra como gratificación.

Nunca hasta entonces había cobrado tanto por un relato, aunque esto no fue todo. Cuando la historia apareció impresa, figuraba en primer lugar y en la portada podía verse su título.

Más aún, me obligó a plantearme seriamente sus posibilidades, pues, gracias a ella, el mundo de la ciencia-ficción supo que yo existía. Cuando pasaron los años se hizo evidente que yo había escrito un «relato clásico». Que yo sepa, ha aparecido en diez antologías, incluyendo una inglesa, una holandesa, una alemana, una italiana y una rusa.

Debo decir, sin embargo, que con el tiempo comencé a sentirme un tanto irritado de tanto escuchar que Anochecer era mi mejor relato. Pues me parecía, después de todo, que, aunque no sé escribir ahora mejor que entonces, la continua práctica ha tenido que dotarme de cierta pericia, aunque sólo sea técnicamente.

La tortura me estuvo royendo el alma hasta que concebí la idea de este libro.

Jamás incluí Anochecer en ninguna de mis otras colecciones de relatos porque suponía que había figurado ya en tantas antologías que por fuerza tenía que resultar excesivamente conocida a los lectores. Pero los años han cambiado mi decisión. Muchos de mis lectores no habían nacido aún cuando tuvo lugar la primera aparición de la historia y, paralelamente, podía ocurrir que muchos otros no la hubieran visto tampoco en ninguna antología.

Además, si se trata realmente de mi mejor historia, no puedo menos

que incluirla en una colección propia. Asimismo, figuran a su lado otras historias que no han aparecido nunca en ninguna colección de mi propia cosecha, pero que de un modo u otro han recibido alguna aprobación del público. El orden de estos relatos es cronológico, y la única razón que me ha movido a ello es que el lector juzgue por qué Anochecer tiene que ser mejor que cualquier otro cuento mío.

Todavía no sé lo bastante sobre literatura como para poder decirlo.

*Si las estrellas aparecieran una noche cada
mil años, ¿cómo podrían los hombres creer,
adorar y preservar durante muchas generaciones
el recuerdo de la ciudad de Dios?*

EMERSON

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Atón había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido telefotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecaos e intervino.

—Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante creyendo en sus buenas intenciones al traer a este hombre aquí; pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

—Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

—Pues yo no creo, joven —replicó Aton—, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrirnos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del *Chronicle* de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

—Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

—Puede retirarse —dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos. Entonces se volvió.

—No, aguarde, venga aquí. —Gesticuló perentoriamente—. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

—De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cénit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta —compañero inmediato de Alfa— estaba solo, cruelmente solo.

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

—Dentro de cuatro horas —dijo—, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. —Sonrió con dureza—. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

—¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? —preguntó Theremon en voz baja.

—No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

—¡Garantícelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

—Señor, creo que debe usted escucharle.

—Sométalo a votación, director Aton —dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

—Eso —dijo Aton engreído— no será necesario. —Sacó su reloj de bolsillo—. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

—¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

—Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? —preguntó Aton.

—Por supuesto —replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas—. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el *Libro de las Revelaciones* y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

—Se equivoca usted, joven —se lanzó Aton—. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

—No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

—Pues que siga irritado —dijo Aton, ladeando la boca con burla.

—Como quiera, pero ¿qué ocurrirá mañana?

—¡No habrá ningún mañana!

—En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

—Muy bien —dijo Aton mirando al columnista—, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

—Algo muy sencillo —contestó el otro—: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

—Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto —intervino Beenay—. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

—Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

—¡Hola, hola, hola! —Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado—. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

—¿Qué diantres está haciendo aquí, Sheerin? —preguntó displicente el sorprendido Aton—. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

—¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. —Se frotó las manos y añadió en tono más sereno—: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

—¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? —exclamó Aton con exasperación—. Aquí no tiene nada útil que hacer.

—Y allá tampoco tengo nada útil que hacer —replicó Sheerin mostrando las palmas de la mano con cómica resignación—. Un

psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarlos con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

—¿Qué es eso del Refugio, señor? —preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

—Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

—Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

—Y, naturalmente —dijo Theremon—, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted. —Entonces repitió —: ¿Qué es eso del Refugio, señor?

—Verá —explicó Sheerin—, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

—Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas y las... las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

—Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio...

—Y algo más —intervino Aton—. También nuestros informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y *eso* es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de

multiajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

—Escuchen —dijo—, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

—Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

—Por favor, Sheerin —gruñó Aton.

—¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

—Vaya —se quejó Theremon—, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

—¿Qué es lo que quería preguntar? —inquirió Aton—. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

—Bien, empecemos. —Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho—. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

—¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

—No se ponga furioso —dijo Theremon—. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han

intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

—No lo haga, no lo haga —estalló Sheerin—. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

—De acuerdo; se lo pregunto a usted.

—Entonces, tomaré antes un trago. —Sheerin se quedó mirando a Aton.

—¿Agua? —gruñó Aton.

—¡No sea bobo!

—No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

—Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, *cíclico*.

—Lo sé —comentó Theremon con cautela—; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero ¿ha sido demostrada?

—Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los emporios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

—¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

—Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

—Entiendo. Prosiga.

—Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

—Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el *Libro de las Revelaciones* de los Cultistas.

—¡Exactamente! —exclamó Sheerin con satisfacción—. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una *total oscuridad en todo el mundo*. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó un profundo suspiro.

—Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. —Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

—¿Qué pasa? —preguntó Theremon.

—Nada de particular —repuso Sheerin—. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

—¿Cree usted que han desertado?

—¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empieza. —Se puso en pie de repente y parpadeó—. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

—*Espero* que Aton no sabrá nada de esto —puntualizó mientras volvía a su silla—. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tornaré de la botella. —Y escancié un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó mía actitud digna.

—Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

—Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

—Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

—¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

—¿Eso es todo?

—¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

—¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

—Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un

trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

—Hace veinte años —continuó— se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

—Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y *no coincidió con la órbita que se observaba*; ni siquiera cuando se incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cénit, pero su tono era apagado y malévolo.

—Continúe, señor —dijo suavemente.

—Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas... hasta que Aton tuvo la Inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible... borrado por completo.

—¡Pero eso es una idea desquiciada! —exclamó Theremon.

¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo órbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la

teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

—Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol —dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

—Sí, supongo que sí —convino Theremon.

—¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. —Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto—. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. *Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.*

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresiva.

—Ésa es la historia?

—Ni más ni menos —respondió el psicólogo—. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas... después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido —añadió tras un rato de meditación— dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

—¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A *mí* también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

—¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

—No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... —gesticuló con las manos— como sin luz. Como una caverna.

—¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

—¿En una *caverna*? ¡Claro que no!

—Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampía. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

—Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

—Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

—¿Para qué? —exclamó Theremon con sorpresa—. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

—He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

—Como quiera. —Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de lujo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

—No puedo verlo, señor —murmuró,

—Siga andando —ordenó Sheerin con voz extraña.

—Pero es que no puedo verlo, señor. —El periodista comenzó a respirar agitadamente—. No puedo ver nada.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —dijo la voz sin visible procedencia—. ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

—Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

—¿Le gusta?

—No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... —Se detuvo—. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

—Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

—Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

—Pero pudimos aguantar —dijo Theremon satisfecho.

—Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

—No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

—Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

—Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

—No demasiado. Él Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la Oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

—¿Celebrado?

—No le quepa duda. El miedo suele fascinar *cuando toma forma*

de juego. Un niño viene al mundo con tres temores instintivos: el ruido, las caídas y la ausencia de luz. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. He ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

—Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello...

—¡Quite, quite! —exclamó el psicólogo—. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo... por otra parte, no volvió a suceder. Se tomaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio *aumentara*.

—¿Qué pasó luego?

—Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios de la Exposición... ni en ningún otro edificio; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere.

—¿Quiere usted decir —preguntó Theremon, asombrado— que se negaban a abandonar el espacio abierto? ¿Dónde dormían, entonces?

—En los espacios abiertos.

—Debieron haberles forzado a entrar.

—Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

—Sin duda debieron enloquecer.

—Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que

entraron en el túnel se volvió majara. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

—¿Qué pudo sentir esa gente? —preguntó Theremon.

—Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia porque la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados, de manera que el miedo a la ausencia de luz es igual que el miedo a los espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

—¿Y aquella gente del túnel?

—Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la Oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos “fijación claustrofóbica”. Su miedo latente a la Oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

—No creo que sea así, no lo creo.

—Querrá decir que no quiere usted creerlo —replicó Mieerin—. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

—Imagínese ahora las Tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos como son. ¿Puede concebirlo?

—Sí, creo que sí —murmuró Theremon sombríamente.

Sheerin golpeó la mesa con el puño violentamente.

—¡Miente usted! ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! Su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por el contrario, se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mental y, ciertamente, sufre sus consecuencias. Pero cuando el fenómeno objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios —añadió tristemente— llenos de esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará una sola ciudad indemne en todo Lagash.

—No tiene por qué ser así —replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental—. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si usted estuviera rodeado de Oscuridad —dijo Sheerin con irritación—, ¿qué desearía por encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

—¿Y...?

—¿De dónde obtendría entonces la luz?

—Lo ignoro —dijo Theremon con ambigüedad.

—¿Qué es lo *único* que proporciona luz, aparte del sol?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente, con las caras a pocos centímetros de distancia.

—Condenado papanatas, me *deslumbra* usted con su *brillante* inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por *conseguirla*.

—¿Quemarán bosques, entonces?

—Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no

están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

—Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

—¡Debemos saberlo! —murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

—¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

—Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una Oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

—No se nos había ocurrido esto antes —dijo—. ¿Cómo caísteis en ello?

—Bien —repuso Faro—, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

—¿De dónde sacasteis el dinero? —interrumpió Aton con precipitación.

—De la cuenta bancaria —saltó Yimot 70—. Nos costó sólo dos mil créditos. —Y añadió defensivamente—: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

—Claro —asintió Faro—. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la Oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más... el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

—No tenéis derecho a hacerlo en privado.

—Lo sé, señor —dijo Faro, contrito—, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

—¿Y?

—Pues eso... nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

—Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? —Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

—Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. —Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza—. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

—¡Qué diantre! —exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

—¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

—¿Por qué lo has hecho? —le gritó salvajemente—. Esas placas...

—No era lo que me interesaba —respondió el Cultista fríamente—. Fue una casualidad.

—Entiendo —dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza—. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

—¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

—Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

—Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

—Y usted —añadió Aton enarcando las blancas cejas— vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que usted vaya a darme voluntariamente —dijo Latimer.

—Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

—No responderé a esa pregunta.

—¿Han venido con usted otros visitantes?

—Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

—Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

—Le solicité —continuó Aton agriamente— unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

—No hay necesidad de probarla —replicó orgullosamente el otro—. Está suficientemente probada en el *Libro de las Revelaciones*.

—Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis

conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

—Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

—Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

—Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Aton irritado.

—¡Lo sé! —dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

—¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

—El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

—No le habría reportado ningún bien —replicó Aton—. Todos nuestros datos, excepto aquéllos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. —Sonrió con los labios apretados—. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

—Que alguien llame a la policía de Saro City —dijo.

—Condenación, Aton —exclamó Sheerin con disgusto—, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

—No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin —dijo Aton con fastidio—. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

—Explíqueme entonces —dijo Sheerin— por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

—No voy a hacer tal cosa —saltó prontamente el Cultista—. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

—Eres un tunante decidido, ¿eh? —dijo Sheerin con una sonrisa—. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharte un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

—¿Y qué quiere decirme con eso? —preguntó el Cultista inquieto.

—Escucha y te lo diré —fue la respuesta—. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

—Y después —exclamó agitadamente Latimer— no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas... lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

—Pero, Sheerin, encerrándolo...

—¡Por favor, señor! —exclamó Sheerin con impaciencia—. No

he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. —Hizo un guiño al Cultista—. Vamos, hombre, no habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela.

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

—¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! —dijo, y añadió seguidamente con saña—: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto. —Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

—Tome asiento junto a él —dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista—. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

—¡Miren! —Su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

—El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos —dijo Sheerin—. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. —Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

—Aton está furioso —murmuró—. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó, Sheerin lo miró con sorpresa.

—Por el diablo, oiga —exclamó—. Está usted temblando.

—¿Qué? —Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír—. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

—No irá a perder el control, ¿verdad?

—¡No! —gritó Theremon, indignado—. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Déme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

—Tiene razón, claro —comentó Sheerin pensativo—. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

—Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

—Vaya —dijo Theremon mirando al otro con cansancio—. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

—Entiendo, honor profesional y todo eso.

—Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

—¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

—¿Qué dice? —susurró el columnista.

—Está citando el *Libro de las Revelaciones*, capítulo quinto —replicó Sheerin. Luego, con urgencia—: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

—«Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua tornóse confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: “¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores”.

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en

cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entizonadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash convertíanse en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...»

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más... quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

—Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el *Libro de las Revelaciones*.

—No importa. Ya he oído bastante. —Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿De veras? —Sheerin pareció sorprenderse.

—Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso —y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista—, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten *ahora*.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

—Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que

aparte mi silla de la ventana.

—Sí, pero debería usted hablar más bajo —comentó Sheerin—. Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta del fondo y le ha lanzado una mirada capaz de asesinarlo a usted.

—Había olvidado al viejo —dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro—. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cénit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban.

Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

—En estos momentos, poco más de dos millones de personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. —Luego, con ironía—: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero ¿qué me estaba diciendo?

—Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del *Libro de las Revelaciones*, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

—Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el

mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

—Imagino que sí —replicó el otro con cierto gesto de duda.

—Por último, están aquéllos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del *Libro de las Revelaciones*.

»Claro que, por otra parte, el libro se basó, primeramente, en el testimonio de aquéllos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

—¿Supone usted —interrumpió Theremon— que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para formular la teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

—Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora. Como fuere, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no func...? —Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado—. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

—¡No tan alto! —La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura—. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

—¿Están en apuros? —preguntó Sheerin con angustia.

—Ellos, no. —Aton remarcó significativamente el pronombre—. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados

hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la *ciudad*, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea... —Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

—¿Y? —soltó Sheerin con impaciencia—. ¿Qué ocurre con la ciudad? —Luego, con una sospecha—: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

—No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

—¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

—¡Claro que no!

—¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

—Apenas una hora.

—Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

—Llevará tiempo —repitió—. Sigán trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del Sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

—¿Algo va mal? —preguntó Theremon.

—¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos.

—Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

—¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

—No, ¿por qué?

—He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

—Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

—Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

—¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. —Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura—. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

—¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

—Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

—Creo que es claustrofobia —se excusó Sheerin.

—¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar... bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

—Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión —observó Theremon—. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

—Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto —apuntó Sheerin—. Estaba diciéndole hace un

momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

—Aún no había comenzado —replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

—Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el *Libro de las Revelaciones* al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

—En otras palabras —intervino Theremon—, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

—Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

—Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto. —Guiñó los ojos y alzó un dedo—. He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

—Adelante, yo te escucho.

—Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. —Hizo un leve aspaviento—. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

—No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la Ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

—No, si están muy lejos —replicó Beenay—, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años-luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una

docena o dos.

—Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años-luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo —dijo Theremon.

—Es sólo una idea —dijo Beenay con un guiño—, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

—Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

—Aún tengo otra idea también ingeniosa —añadió Beenay—. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

—Pero ¿sería un sistema dinámicamente estable? —preguntó Sheerin dudoso.

—¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las implicaciones filosóficas lo que me interesa.

—Es agradable pensar sobre eso —admitió Sheerin— como una abstracción... algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

—Claro —continuó Beenay—, está el problema de que la vida

sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

—Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

—Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

—¿Qué bichos son éstos?

—Simplemente madera —dijo Sheerin.

—No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

—He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el *Chronicle* de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente *impresión* de sonido que hubiera

resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista sé enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:
—¡*Sheerin!*

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

—¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas! —graznó Aton.

—¿Cuánto falta para el eclipse total? —preguntó Sheerin.

—Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

—Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara

desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

—No puedo... respirar. —Su voz sonaba como una seca tos—. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giró.

—¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? —Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

—Aguarde, volveré en un segundo. —Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía, querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Éste le dio un leve codazo.

—Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

—Aquí —dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin—. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría

inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada completamente inútil.

—Por aquí debió entrar Latimer —dijo.

—Bueno, no nos quedemos aquí —dijo Theremon con impaciencia—. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos. El humo me está matando.

Había arrimado una pesada tabla contra la puerta, mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, armas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaba en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

—¡Volvamos a la cúpula! —exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

—No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí. —Con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla—. Ahora, recordad... no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillantes como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, *apartaos de la cámara*.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

—Está oscuro —murmuró.

Sheerin soltó su mano.

—Aton. —Dio unos pasos—. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

—Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Aton! —llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

—¿Es usted, Sheerin?

—¡Aton! —Pareció recuperar el aliento—. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil... y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se

hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

—Déjeme levantarme o le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

—¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el feble amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello...

saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad... la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

—¡Luz! —aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

—Las Estrellas... todas las Estrellas... nada sabíamos... nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor auroral comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

HUÉSPED

PRESENTACIÓN

Alrededor de 1950 mi esposa y yo habíamos llegado a la triste y reluctant conclusión de que no podíamos tener niños. Nada había de particular en ninguno de los dos, pero el caso era que hasta entonces no había sucedido:

Mi esposa decidió entonces que debíamos ajustar nuestros métodos de vida a la perspectiva de una existencia sin niños y se dispuso a desempeñar un importante papel en el desarrollo de mi carrera como escritor. Nos pareció que aumentaría la eficiencia si trabajábamos como un equipo. Yo dictaría las historias y ella las mecanografiaría.

Yo no las tenía todas conmigo. Sonaba a algo grande en el esquema del proyecto, pero yo jamás había dictado un relato. Hasta entonces había usado la máquina de escribir para componerlos y ver así, palabra por palabra, la creación de las frases.

En el curso del siguiente mes dicté tres historias que quedaron grabadas en magnetofón, y una de ellas era Huésped. La nueva experiencia trajo consigo algunas curiosas dificultades. Por ejemplo, descubrí que me había tomado la libertad de intervenir en la más larga de las tres historias, sin yo advertirlo hasta que mi esposa vino con la pequeña cinta de celuloide, alegando: «no soy capaz de reproducir esto».

Escuché el pasaje objeto de su atención, en el que dos de los personajes se encontraban enzarzados en una disputa que discurría en tonos bastante vehementes. Descubrí que mientras la tensión crecía entre ambos, la mía aumentaba con la suya, de tal manera que cuando la bronca alcanzó el punto culminante me había enfrascado en la enunciación de un cúmulo de gruñidos incoherentes y llenos de rabia. Tuve que dictar esa parte de nuevo. Naturalmente, eso no ocurre cuando

escribo a máquina.

Pero, en definitiva, la cosa marchó bien. Cuando estuvieron pasadas en limpio, vi que conservaban el inexistente estilo asimoviano y parecía que las había escrito del principio al final (al menos así me lo pareció. Ustedes mismos pueden leer Huésped y juzgar por su propia experiencia).

Lo mejor de todo era que el magnetofón empleado no me pertenecía, sino que lo habíamos adquirido para realizar aquella prueba. Satisfecho como estaba, hablé con el dependiente de la casa donde lo había tomado y le dije que deseaba comprarlo. Le extendí un cheque y lo pagué al contado.

Al cabo de una semana, sin embargo, y de acuerdo con los cálculos más recientes, mi esposa y yo formamos un nuevo equipo, pero esta vez con el propósito de tener un hijo. Cuando el hecho resultó indudable, tuvimos una conversación en la que mi única aportación verbal era una repetida exclamación: «¡Me estás tomando el pelo!»

Por otro lado, el dictáfono jamás volvió a ser usado, aunque todavía nos pertenece. Cuatro meses después apareció Huésped y nació mi hijo David.

Rose Smollett se sentía feliz, casi triunfante. Se sacó sus guantes, se quitó el sombrero y volvió sus brillantes ojos hacia su marido.

—Drake —dijo—, vamos a tenerlo aquí.

Drake la miró con fastidio.

—Te has perdido la cena. Pensé que estarías aquí sobre las siete.

—Eso no tiene importancia ahora. He comido algo durante el camino. Pero, Drake, ¡vamos a tenerlo aquí!

—¿A *quién*? ¿De qué estás hablando?

—¡El doctor del Planeta Hawkins! ¿No te has dado cuenta de que era el tema de la conferencia de hoy? Hemos estado todo el día hablando de ello. ¡Sin duda es lo más excitante que puede ocurrir!

Drake acercó la pipa a su boca. Le echó una ojeada y luego volvió a mirar a su esposa.

—Aclaremos las cosas. Cuando dices doctor del Planeta Hawkins, ¿te refieres al hawkinsita que tiene que venir al Instituto?

—Pues claro. ¿A cuál otro puedo referirme?

—¿Y puedo preguntarte qué narices debo entender cuando me informas que vamos a tenerlo aquí?

—Drake, ¿no comprendes?

—¿Qué tengo que comprender? Tu Instituto puede estar interesado en él, pero yo no. ¿Qué tiene que ver personalmente con nosotros? Es cosa del Instituto, ¿no te parece?

—Pero, querido —insistió Rose—, al hawkinsita le gustaría poder estar en una casa particular, donde no fuera molestado por las ceremonias oficiales y donde pudiera comportarse de acuerdo con sus gustos personales. Yo lo encuentro bastante razonable.

—¿Por qué precisamente *nuestra* casa?

—Porque creo que es el lugar ideal. Me preguntaron si podía admitirlo y, francamente —añadió con cierto rubor—, lo considero

un privilegio.

—Mira —dijo Drake, mesándose los cabellos con la mano extendida—, tenemos una bonita casa subvencionada. No es el lugar más hermoso del mundo, ni siquiera el más cómodo. Pero es bastante para nosotros dos. ¿Quieres decirme, pues, dónde vamos a meterlo, en qué habitación?

Rose pareció comenzar a enfadarse. Se quitó las gafas y las metió en su funda.

—Puede instalarse en la habitación libre. Le bastará. He estado hablando con él y es una persona muy agradable. Sinceramente, todo cuanto tenemos que hacer es mostrar un poco de sentido de la adaptación.

—¡Claro, un poco de sentido de la adaptación! —exclamó Drake—. Los hawkinsitas respiran cianuro. Tendremos que adaptarnos también a eso, supongo.

—Siempre lleva consigo cilindros de cianuro. Ni siquiera lo notarás.

—Y, aparte de eso, ¿qué otra cosa no notaré?

—Nada más. No causará la menor molestia. Los hawkinsitas son completamente inofensivos: son vegetarianos.

—¿Y qué significa eso? ¿Que vamos a alimentarlo con alfalfa?

—Drake, te estás poniendo verdaderamente insoportable. Hay multitud de vegetarianos en la Tierra y ninguno come alfalfa.

—¿Y qué? ¿Tendremos que eludir la carne para que no le parezcamos caníbales? Te lo aviso: no voy a alimentarme a base de ensaladas sólo para caerle bien.

—Te estás poniendo ridículo.

Rose se sintió desamparada. Se había casado comparativamente tarde. Su carrera la había absorbido. Era becaria en biología en el Instituto Jenkins de Ciencias Naturales, y contaba con más de veinte publicaciones que la apoyaban. En una palabra, tenía resuelto su porvenir profesional. Y ahora, a sus treinta y cinco años, todavía estaba un poco asombrada de integrar un matrimonio que aún no contaba doce meses de existencia.

A veces le desconcertaba también descubrir que no tenía una

idea muy clara de cómo comportarse con su marido. ¿Qué debía hacer una cuando el hombre de la casa se ponía terco como un mulo? Cosa que, por otra parte, no estaba incluido en ninguno de sus cursos. Como mujer independizada por su carácter y su carrera, no podía caer en el truco del halago y la seducción.

Contempló a su marido y dijo simplemente:

—Significa mucho para mí.

—¿Por qué?

—Porque si él pasa aquí un tiempo, podré estudiarlo, de cerca. Se ha trabajado muy poco sobre la biología y la psicología del individuo hawkinsita, al igual que ocurre con otras inteligencias extraterrestres. Poseemos datos sobre su sociología y su historia, pero nada más. Tienes que entender que se trata de una oportunidad única. Él se encuentra aquí, lo observamos, hablamos con él, estudiamos sus costumbres...

—No me interesa.

—Oh, Drake, no te entiendo.

—Querrás decir que entiendes que esas cosas no suelen gustarme. Digo yo.

—Sí, tienes razón.

Drake permaneció silencioso por un rato. Pareció retrotraerse y sus pómulos, lo mismo que su ancha mandíbula, se movieron hasta adoptar la posición del que medita.

—Mira —dijo al cabo—, por la parte que me toca he oído hablar un poco de los hawkinsitas. Dices que ha habido investigaciones sobre su sociología pero no de su biología. Evidente. Porque a los hawkinsitas no les gusta ser estudiados como especímenes, como tampoco nos gusta a nosotros. He hablado con el hombre que estuvo a cargo de los grupos de seguridad durante las misiones de exploración que los hawkinsitas enviaron a la Tierra. Las misiones se instalaron en las habitaciones designadas para el caso y no las abandonaban para nada excepto para muy importantes asuntos oficiales. No quieren ningún trato con el hombre de la Tierra. Es obvio que sienten tanto asco por nosotros como yo personalmente por ellos, sino más.

»De hecho, no entiendo por qué ese hawkinsita del Instituto tendría que ser diferente. Me parece ir contra todas las reglas

hacerle venir aquí por su propio pie y obligarle a permanecer en la casa de un terrícola que coloca el marrasquino bien alto.

—Esto es diferente —replicó Rose—. Me sorprende que no puedas entenderlo, Drake. Es un doctor en medicina. Viene exclusivamente por intereses médicos y te concedo que probablemente no le resultará muy placentero convivir con seres humanos y que nos encontrará totalmente horribles: ¡Pero debe venir de todas formas! ¿Imaginas que a los médicos humanos les gusta ir a los trópicos o que tienen alguna debilidad especial por el asedio de los mosquitos infecciosos?

—¿Qué pasa con los mosquitos? —interrumpió Drake—. ¿Qué tienen que ver en el asunto?

—Nada, por supuesto —contestó Rose, sorprendida—. Me han venido a la cabeza, eso es todo. Estaba pensando en Reed y sus experimentos con la fiebre amarilla.

—Bien, haz lo que te parezca.

Por un momento, Rose dudó.

—¿No te habrás enfadado por eso, verdad? —A sus oídos le pareció una insufrible cursilería.

—No —respondió él.

Aunque Rose sabía que significaba todo lo contrario.

Se contempló con dudas en el espejo de cuerpo entero. Nunca había sido hermosa pero se había reconciliado con la evidencia; tanto que ya no era importante la cuestión. Ciertamente, no tendría la menor importancia para un ser procedente de Hawkins. Lo que sí le molestaba era el tener que adoptar el papel de anfitriona bajo especiales circunstancias: el comportamiento debido a un huésped extraterrestre y la estrategia a desplegar ante su marido. Se preguntó cuál de los dos papeles entrañaría mayores dificultades.

Drake tardaba en llegar a casa; sin embargo, su cita no tenía que durar más de media hora. Rose descubrió que se dejaba vencer por la creencia de que Drake, en un arrebato, la había abandonado con sus problemas. Se sorprendió en un cierto estado de resentimiento.

Drake había llamado al Instituto poco antes del mediodía y había preguntado bruscamente:

—¿Cuándo lo llevarás a casa?

—Dentro de tres horas —había respondido ella.

—Perfecto. ¿Cuál es su nombre? Su nombre hawkinsita, pregunto.

—¿Para qué quieres saberlo? —Al hablar, no había podido evitar cierta alteración en la voz.

—Llamémoslo una pequeña investigación por mi cuenta. Después de todo, eso estará en mi casa.

—¡Por el amor del cielo, Drake! No traigas más problemas a casa.

—¿Por qué no, Rose? —La voz de Drake sonaba metálica y desagradable en sus oídos—. ¿Acaso no lo has hecho tú?

Obviamente, le dio la información que Drake pedía.

Era la primera vez en toda su vida matrimonial que había emulado el antagonismo de la disputa y, mientras se contemplaba ante el espejo, comenzó a preguntarse si no debía intentar acercarse a la postura que adoptaba su marido, a fin de comprenderla. En esencia, habíase casado con un policía. Claro que Drake era algo más que un simple policía. Era miembro de la Junta de Seguridad Mundial.

Había sido una sorpresa para sus amigos. Ya el hecho mismo del matrimonio había constituido la mayor sorpresa, porque si había decidido casarse, ¿por qué no hacerlo con otro biólogo? ¿O un antropólogo, en el caso de no desear que surgiera la competencia? Incluso un químico. Pero, por todos los diablos, ¿por qué con un policía? Nadie, evidentemente, había dicho nada de esto, pero era la atmósfera que rodeaba su matrimonio cuando éste tuvo lugar.

Desde entonces se resintió del hecho. Un hombre podía casarse con quien quisiera, pero si una doctor en filosofía escoge para casarse un hombre que nunca fue más allá del bachillerato, entonces sobreviene la tragedia. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Qué pasaba con los hombres? Drake era guapo a su modo, y también inteligente, aunque inevitablemente también a su modo. Pero ella estaba totalmente satisfecha con su elección.

Por otro lado, ¿cuánto esnobismo de su propia cosecha había traído a su reciente hogar? Porque no tenía otra aptitud que la que necesitaba para su propio trabajo, las investigaciones biológicas,

mientras toda la tarea de Drake consistía en permanecer encerrado en las cuatro paredes de una oficina enclavada en los viejos edificios de las Naciones Unidas.

Con un profundo suspiro decidió que debía dejar tales pensamientos para otro momento. De ningún modo quería pelearse con él. Ni tampoco deseaba interferir en su forma de pensar. Se había comprometido a aceptar al hawkinsita como huésped, pero, por otra parte, permitiría a Drake tomar sus propias decisiones. Ya había hecho bastante con aquella concesión.

Harg Tholan se encontraba en el centro de la sala de estar cuando ella bajó las escaleras. No se había sentado porque su constitución anatómica no estaba hecha para tales menesteres. Se mantenía erguido sobre dos pares de miembros ubicados el uno junto al otro, mientras un tercero completamente diferente en construcción colgaba de la región en que un ser humano suele tener el pecho. La piel de su cuerpo era dura, centelleante y con aristas, en tanto su rostro se acercaba curiosamente a algo que tenía el aspecto de un buey. Aunque no era del todo repulsivo, pues había tenido la delicadeza de cubrir con vestidos la parte inferior de su cuerpo a fin de no ofender la sensibilidad de sus huéspedes humanos.

—Señora Smollett —dijo—, agradezco su hospitalidad más allá de lo que mi habilidad con su lenguaje de ustedes puede manifestar. —Y se inclinó de manera que sus miembros superiores tocaron el suelo por un momento.

Rose sabía que el gesto era una muestra significativa de gratitud entre los seres del Planeta Hawkins. Agradecía que el alienígena hablara su lengua de forma tan correcta. La construcción de su boca, así como la ausencia de dientes incisivos, conferían un particular silbido a las sibilantes. Aparte estos detalles, la Tierra parecía ser su inexcusable origen, dado el acento de sus palabras.

—Mi marido no tardará en llegar —repuso ella—, de modo que lo esperaremos para comer.

—¿Su marido? —Por un momento, se quedó indeciso; luego añadió—: Sí, claro.

Ella no hizo el menor comentario. Si la existencia de cinco diferentes razas inteligentes en todo el ámbito conocido de la Galaxia traía verdaderos problemas y apabullantes confusiones, ello se debía en gran parte a la distancia que había entre unas y otras formas de vida sexual y organización social. Los conceptos de marido y mujer, por ejemplo, sólo existían en la Tierra. Las razas restantes podían acceder a la comprensión de lo que intelectualmente significaba aquello, pero el lado emocional les estaba vedado.

—He consultado con el Instituto para la preparación de su menú —dijo Rose—. Espero que no lo encuentre del todo malo.

El hawkinsita parpadeó rápidamente. Rose advirtió que se trataba de un gesto que indicaba un divertido asentimiento.

—Las proteínas son las proteínas, señora Smollett —dijo él—. Su alimento de ustedes no está, sin embargo, provisto de todos los elementos necesarios para mí, de modo que he traído conmigo algunas dosis concentradas.

Y las proteínas fueron proteínas. Lo concerniente a la dieta necesaria para las criaturas había sido una de las preocupaciones culturales que más había interesado a Rose. Y ella sabía que aquello era verdad. Tras el descubrimiento de la vida en los planetas de otros sistemas solares, una de las cosas más interesantes que se habían descubierto era que, pese a existir otras bases vitales aparte del carbono y las proteínas, las especies inteligentes eran de manera generalizada y dogmática de naturaleza proteínica. Lo que quería decir que cualquiera de las cinco formas de vida inteligente podía mantenerse durante prolongados períodos con reservas alimenticias de cualquiera de las otras cuatro.

Rose escuchó cómo la llave de Drake se deslizaba en la cerradura de la puerta y contuvo la respiración.

Entró Drake y, sin la menor vacilación, alargó la mano al hawkinsita, diciendo con firmeza:

—Buenas tardes, doctor Tholan.

El hawkinsita extendió su ancho y más bien tosco miembro y ambos, por decirlo así, chocaron sus manos. Rose ya había pasado

por esta circunstancia y sabía lo que se experimentaba al contacto de la mano hawkinsita. Era de tacto caliente y seco, y Rose imaginó que el hawkinsita, por su parte, opinaría que la mano humana no pasaba de húmeda y fría.

Mientras transcurría aquel gesto de cortesía entre los dos hombres, Rose había aprovechado para observar la mano alienígena. Su desarrollo morfológico era completamente diferente al de la mano humana, aunque al principio de su evolución tal vez presentara aspectos similares. Poseía cuatro dedos y faltaba el pulgar. Cada dedo presentaba cinco articulaciones diferentes. Como la ausencia de pulgar restaba flexibilidad a la habilidad de la mano, esto se veía recompensado por la elasticidad casi tentacular que poseían los dedos. Lo que sin embargo tenía más interés a los ojos de un biólogo era que los dedos del hawkinsita terminaban en una especie de pezuña pequeñísima que, en algún tiempo remoto, más allá de la evolución, le sirviera tal vez para correr, del mismo modo que las extremidades del hombre habían servido otrora para trepar.

—¿Se encuentra usted a gusto, señor? —dijo Drake con expresión amigable.

—Bastante —respondió el hawkinsita—. Su esposa ha sido muy cuidadosa para con los detalles.

—¿Le apetece tomar un trago?

El hawkinsita no respondió, limitándose a mirar a Rose con una ligera torsión facial que, desgraciadamente, ella no pudo entender.

—En la Tierra —le explicó ella— acostumbramos a beber líquidos enriquecidos con alcohol etílico. Lo encontramos estimulante.

—Oh, claro. Lo agradezco mucho, pero debo rehusar. El alcohol etílico podría alterar desagradablemente mi metabolismo.

—También ocurre lo mismo con los terrestres, aunque comprendo su actitud, doctor Tholan. ¿Le molestaría que yo bebiera?

—Naturalmente que no.

Drake se dirigió al mueble bar pasando junto a Rose y musitando a su lado una sola palabra.

—¡Dios! —dijo, pero tan contenida y susurrantemente que sólo en el tono podía apreciarse que exigía tras sí toda una cadena de

admiraciones.

El hawkinsita estaba en la mesa. Sus dedos eran modelos de destreza mientras discurrían en torno a los cubiertos. Rose procuró no mirarlo mientras comía. Su ancha boca desprovista de labios se arrugaba e hinchaba de manera alarmante al engullir la comida; como complemento, sus pronunciadas mandíbulas se movían desconcertantemente de un lado a otro. Lo que sumaba otra evidencia de su ascendencia ungluada. Rose se sorprendió a sí misma preguntándose si, más tarde, su organismo no vomitaría cuanto había comido, y extendió la suposición al organismo de Drake. Pero Drake, tranquilo y calmo, hablaba con el huésped.

—¿Acierto —preguntaba— al suponer que el cilindro de su costado contiene cianuro?

Rose abrió los ojos con sorpresa. Hasta ahora no lo había advertido. Se trataba de un objeto metálico de forma oval, semejante a una cantimplora, que aparecía aplastado contra la piel de la criatura y medio oculto por sus vestiduras. Claro que Drake tenía ojos de policía.

El hawkinsita ni siquiera hizo el menor gesto.

—Así es. —Y sus dedos mostraron la trayectoria de un delgado y flexible tubo que corría por el costado de su cuerpo desde el tórax hasta un extremo de la ancha boca. Rose se sintió repentinamente molesta ante aquel despliegue de ropas íntimas.

—Ya. ¿Necesita usted el gas para vivir?

Rose estaba sorprendida. Nadie en su sano juicio haría pregunta semejante, a no ser que la indiferencia rayara el protocolo. Era imposible predecir dónde radicaban los puntos susceptibles de la psicología del extraño. Y Drake estaba provocando deliberadamente las hipotéticas consecuencias de semejante interrogatorio, pues, de otro modo, se hubiera contentado con obtener una mayor y mejor información a través de ella misma. ¿O se trataba de que rehusaba preguntarle a ella?

El hawkinsita quedó no obstante imperturbable.

—¿Es usted biólogo, señor Smollett?

—No, doctor Tholan.

—Pero usted tiene una estrecha relación con la doctora Smollett. Drake sonrió levemente.

—Sí, estoy casado con una doctora pero por esa misma razón no soy biólogo; simplemente un gobernante de segunda. Los amigos de mi esposa me llaman policía.

Rose se mordió el carrillo por dentro. En aquel momento el hawkinsita había sido el que había tocado el punto sensible de la psicología de un extraño. En el Planeta Hawkins, la mezcla y pureza de las castas estaba bajo control. Pero Drake no debía saberlo.

El hawkinsita se volvió hacia ella.

—Señora Smollett, ¿me permite que explique a su esposo un poco de nuestra bioquímica? Será aburrido para usted, pues sé que ya tiene un suficiente conocimiento al respecto.

—Hágalo, sin embargo, doctor Tholan.

—Usted sabe, señor Smollett, que su sistema respiratorio y el de todas las criaturas de la Tierra que respiran aire, está controlado por ciertas enzimas que detienen los metales, según me han enseñado. El metal es hierro usualmente, aunque a veces puede tratarse de cobre. De no ser sí, pequeños rastros de cianuro podrían combinarse con esos metales y paralizarían el sistema respiratorio de la célula viviente. Sería desprovista de oxígeno y moriría en pocos minutos.

»La vida en mi planeta no está constituida de ese modo. Lo que respiramos no contiene compuestos de hierro ni de cobre; de ningún metal, en suma. He ahí la razón por la que nuestra sangre no tiene color. Por el contrario, contiene ciertas combinaciones orgánicas que son esenciales para la vida, combinaciones que sólo son mantenidas intactas en presencia de una pequeña concentración de algún ciánido. Indudablemente, este tipo de proteína se ha desarrollado a través de millones de años de evolución en un mundo cuyo porcentaje atmosférico posee varias decenas de partes de ciánido hidrogenado. Esta presencia es mantenida por un ciclo biológico. Varios de nuestros microorganismos liberan el gas.

—Lo ha expuesto usted muy claramente, doctor Tholan, y ha resultado verdaderamente interesante —dijo Drake—. Pero ¿qué ocurriría si usted no lo respirase? ¿Perecería, quizá?

—No. No es lo equivalente a la presencia de los ciánidos en

ustedes. En mi caso, la ausencia de cianuro equivaldría a una lenta estrangulación. A menudo ocurre en mi mundo, sobre todo en habitaciones mal ventiladas, que el cianuro es gradualmente consumido reduciéndose a un mínimo de concentración necesaria. Los resultados son muy dolorosos y difíciles de tratar.

Rose había acabado por confiar en Drake; parecía verdaderamente interesado.

El resto de la velada transcurrió sin incidentes. Casi podría decirse que fue agradable.

Durante toda la tarde Drake siguió interesado; más que eso, absorto. Drake había salvado la situación y ella le estaba infinitamente agradecida por ello. Él había sido el único destacado y justamente con el trabajo de ella, con su especialidad. Lo miró abatida y pensó: *¿Por qué se casó conmigo?*

Drake permanecía sentado, las piernas cruzadas, contemplando al hawkinsita con atención. Éste, frente a él, mantenía su expresión de cuadrúpedo en su peculiar forma pedestre de sentarse.

—Me resulta difícil pensar que es usted doctor —dijo Drake.

—Entiendo lo que quiere decir —replicó el otro, sonriendo con un parpadeo—. Me resulta difícil pensar que es usted policía. En mi mundo, la policía es gente especializada y distinguida.

—¿De veras? —saltó secamente; pero luego, con rapidez, cambió de tema—. Creo que no ha venido en viaje de placer.

—No. Estoy aquí por, asunto de negocios. Intento estudiar este curioso planeta que ustedes llaman la Tierra, pues ninguno de mis coplanetarios lo ha estudiado hasta ahora.

—¿Curioso? —preguntó Drake—. ¿En qué sentido?

El hawkinsita miró a Rose.

—¿Sabe él algo de la Inhibición de la Muerte?

Rose se sintió embarazada.

—Su trabajo es importante —replicó ella—. Temo que mi marido no tenga tiempo que dedicar a los detalles concernientes al mío. —Ella sabía que ésta no era la manera adecuada de explicarlo y de nuevo se sintió receptora de una de las ininteligibles emociones del hawkinsita.

—Siempre me sorprenderá —dijo a Drake— encontrarme con que un terrícola sabe tan poco de sus propias características. Mire, en la Galaxia hay cinco razas inteligentes; se han desarrollado independientemente, aunque se está estudiando las posibilidades de una convergencia universal. Pienso que es algo complicado, pero dejo el problema para los filósofos. No insisto, pues esto debe resultarle familiar a usted.

»Ahora, cuándo las diferencias entre las inteligencias están estudiándose de cerca, se descubre que ustedes, los terrícolas, más que ningunos otros, son los verdaderamente únicos. Por ejemplo, sólo sobre la Tierra depende la vida de las enzimas metálicas necesarias para la respiración. Ustedes son los únicos que encuentran venenoso el ciánido hidrogenado. Los únicos carnívoros. Los únicos que no tienen por ascendente a un cuadrúpedo. Y, lo más interesante de todo, los únicos entre los inteligentes que detienen su crecimiento al alcanzar la madurez.

Drake sonrió bonachonamente. Rose sintió que su corazón se precipitaba. Aquella sonrisa era lo más hermoso que él tenía y la había esbozado con toda naturalidad. No era forzada ni falsa. Estaba adaptada tan sólo a la presencia de aquella criatura extraña. Estaba siendo la mar de amable y sin duda lo hacía por ella. Se afianzó con amor a este último pensamiento y se lo repitió una y otra vez para sus adentros. Lo estaba haciendo por ella; por ella se estaba comportando perfectamente con el hawkinsita.

Drake comenzó a hablar sin perder su sonrisa:

—No parece usted muy alto, doctor Tholan. Yo diría que tiene usted una pulgada más que yo, lo que lo hace seis pies y dos pulgadas de alto. ¿Es usted joven o en su mundo la gente suele ser de baja estatura?

—Ni una cosa ni otra —replicó el hawkinsita—. Crecemos con los años de forma inapreciable; a mi edad me llevaría quince años crecer una pulgada, pero (he aquí lo más importante) nunca nos detenemos jamás en nuestro crecimiento. Y, naturalmente, en consecuencia, jamás morimos del todo.

Drake abrió los ojos y la misma Rose estuvo a punto de saltar de

su asiento. Aquello era algo completamente nuevo. Algo que, según sus conocimientos, las escasas expediciones al Planeta Hawkins no habían reportado. Se sintió excitada y contuvo una exclamación dejando que Drake hablara por ella.

—¿Jamás mueren ustedes del todo? ¿Está intentando decirme, señor, que la gente de Hawkins es inmortal?

—Nadie es verdaderamente inmortal, Si no hubiera ninguna forma de morir, siempre quedaría el accidente como solución, de lo contrario resultaría un aburrimiento. Pocos de nosotros viven más allá de siete siglos, en las medidas de ustedes. Lo que resulta desagradable es pensar que la muerte ha de sobrevenir involuntariamente. Para nosotros es una idea horrible. Me molesta incluso ahora que estoy formulando verbalmente ese pensamiento de que *contra mi voluntad y a despecho de cualquier prevención*, la muerte habrá de venir sin remedio.

—Sin embargo —dijo Drake—, nosotros estamos acostumbrados.

—Los terrícolas viven pensando en ello; pero no nosotros. He ahí por qué nos ha causado tantas perturbaciones la reciente Inhibición de la Muerte.

—No me ha explicado usted nada acerca de la Inhibición de la Muerte. Sin embargo, déjeme aventurar una fórmula: la Inhibición de la Muerte es el cese patológico del crecimiento. ¿Me equivoco?

—Ha acertado.

—Y, ¿cuánto tiempo transcurre entre el cese del crecimiento y la muerte?

—Un año aproximadamente. Es una extenuación progresiva, trágica y totalmente incurable.

—¿A qué se debe su existencia?

El hawkinsita se tomó una larga pausa antes de responder, pero cuando comenzó a hablar pudo advertirse en su tono de voz un no sé qué tirante y molesto.

—Señor Smollett, nada sabemos acerca de las causas de la enfermedad.

Drake asintió pensativamente. Rose seguía la conversación sintiéndose espectadora de un partido de tenis.

—Dígame, ¿por qué ha venido a la Tierra en concreto para estudiar esa enfermedad?

—Porque una vez más los terrícolas son únicos. Sólo ellos, entre todos los seres inteligentes, son inmunes. La Inhibición de la Muerte afecta a todas las otras razas, pero no a ustedes. Y sus biólogos lo saben, ¿no es cierto, señora Smollett?

Se había dirigido a ella repentinamente, de modo que Rose experimentó un leve sobresalto.

—Pues no, no lo saben.

—Tampoco me sorprende. Semejante información corresponde a investigaciones muy recientes. Es fácil diagnosticar la Inhibición de la Muerte de forma incorrecta, aparte que su extensión es mucho menor en los otros planetas. De hecho es algo extraño, algo sobre lo que se podría filosofar: mi mundo, el más cercano a la Tierra, sufre en mayor proporción que el resto la propagación de la Muerte, mientras que los restantes planetas, más alejados, la sufren en menor grado y en sentido progresivo; la estrella Tempora, por ejemplo, el mundo más alejado de la Tierra, es la menos afectada. Mientras que la misma Tierra es paradójicamente inmune. En alguna parte de la bioquímica del terrícola debe encontrarse el secreto de tal inmunidad. Sería muy interesante descubrirlo.

—Bueno, no creo que tenga razón al decir que la Tierra es inmune. Desde mi perspectiva, creo que, por el contrario, la Inhibición impera en un ciento por ciento. Todos los terrícolas dejan de crecer y todos los terrícolas mueren. Todos nosotros sufrimos la Inhibición denominada Muerte.

—No opino lo mismo. Los terrícolas llegan a la edad de setenta años después de detenerse su crecimiento. Eso no es la Muerte tal como *nosotros* la conocemos. La enfermedad equivalente para *ustedes* es una suerte de crecimiento no restringido. Cáncer, lo llaman aquí... Pero creo que se aburre usted.

Rose protestó en el acto. Drake hizo lo propio incluso con mayor energía. Pero el hawkinsita estaba decidido a cambiar el tema. Rose experimentó entonces la primera punzada de una perceptible sospecha, pues Drake comenzó a envolver al hawkinsita con sus palabras, instándole y suplicándole que continuara lo que había comenzado. Con habilidad y buenas maneras, pero Rose lo conocía

y podía jurar lo que él iba a hacer después. ¿Acaso no estaba obedeciendo sino al impulso de su profesión? Justo entonces, mientras pensaba esto en su interior, el hawkinsita habló como si prosiguiera en voz alta lo que los pensamientos de ella habían empezado en silencio.

—¿No dijo usted que era policía?

—Sí —respondió Drake secamente.

—Hay algo que quiero pedirle que haga por mí, Lo he deseado durante toda la tarde desde que he sabido su profesión, pero sólo la vacilación me ha detenido. No quiero resultar impertinente para mi anfitrión y mi anfitriona.

—Haremos lo que podamos.

—Tengo una profunda curiosidad acerca de cómo viven los terrícolas; una curiosidad quizá no compartida por el común de mis paisanos. Y yo me pregunto si usted podría enseñarme de punta a punta uno de los departamentos de policía de su planeta.

—Bueno, yo no pertenezco a un departamento de policía tal y como usted se lo imagina —dijo Drake especificando—: No obstante, soy conocido en el departamento de policía de Nueva York, de manera que puedo arreglarlo sin ningún impedimento. ¿Mañana?

—Perfecto. ¿Podría visitar la Oficina de Personas Desaparecidas?

—¿El qué?

El hawkinsita se afirmó sobre sus cuatro tiesos miembros como si se estuviera poniendo en tensión.

—Es una afición que tengo, un pequeño y extraño resquicio de interés que he mantenido siempre. Tengo entendido que hay un grupo de policías cuya única misión consiste en buscar a los hombres que desaparecen.

—Y mujeres y niños —agregó Drake—. Pero ¿por qué llama eso su atención?

—Porque nuevamente vuelven ustedes a ser únicos. En nuestro planeta no existe nada que pueda ser llamado «persona desaparecida». No puedo explicarle a usted el mecanismo, obviamente, pero entre la gente de los otros mundos hay siempre

una conciencia de la presencia de los demás, especialmente si hay una fuerte ligazón afectiva. Nosotros sabemos siempre dónde se encuentra cualquier persona, sin importar en qué punto del planeta pueda estar.

Rose comenzó a excitarse de nuevo. Las expediciones científicas al Planeta Hawkins habían tenido siempre serias dificultades para penetrar en los mecanismos emocionales internos de los naturales. Sin embargo, aquí había uno que hablaba libremente y podría explicar algo al respecto. Olvidó sus recelos para con Drake y se entrometió en la conversación.

—Esa conciencia, ¿puede sentirla incluso ahora, aquí en la Tierra?

—¿Quiere usted decir a través del espacio? —preguntó Harg Tholan—. No, me temo que no. Pero puede usted comprender la importancia del asunto. Las excepciones de la Tierra deben sin duda estar encadenadas, de forma que compongan alguna condición de mónada conductista. Si la carencia de tal sentimiento puede ser explicada, posiblemente también lo sea la inmunidad a la Inhibición de la Muerte. Además, me pica enormemente la curiosidad que una forma de comunidad de vida inteligente pueda crearse a base de personas que carecen de esa conciencia comunal. Partiendo de ese supuesto, ¿cómo puede decir un terrícola que ha formado un subgrupo congeniante, una familia, por ejemplo? ¿Cómo pueden ustedes dos, verbigracia, saber que existe un verdadero lazo entre ambos?

Rose se dio cuenta que afirmaba involuntariamente. ¡Cuán fuertemente echaba de menos sentimiento tal!

Por el contrario, Drake se limitó a sonreír.

—Tenemos nuestras formas particulares. Tan difícil me es explicarle lo que llamamos «amor» como a usted explicarnos ese sexto sentido de ustedes.

—Supongo que sí. Pero dígame la verdad, señor Smollett: si la señora Smollett se marchara a otra habitación sin que usted la viera, ¿tendría usted constancia del lugar donde se encuentra?

—Creo que no.

—Asombroso —dijo el hawkinsita. Dudó, pero añadió luego—: Disculpen, pero no deben ustedes ofenderse por el hecho de que

encuentre desagradable tal circunstancia.

Después de apagar la luz en el dormitorio, Rose fue por tres veces a la puerta, la abrió y miró al exterior. Podía sentir la mirada de Drake vigilando sus movimientos. Cuando le dirigió la palabra, advirtió un cierto tono de chanza.

—¿Qué pasa?

—Quiero hablar contigo.

—¿Temes que nuestro amigo pueda oírnos?

Rose hablaba con un susurro. Se metió en la cama, recostó la cabeza sobre la almohada y pudo aumentar el tono de su voz.

—¿Por qué insististe para que el doctor Tholan hablara sobre la Inhibición de la Muerte?

—Intento interesarme por tu trabajo, Rose. Siempre quisiste que me interesara.

—Prefiero que abandones el sarcasmo. —Casi se encontraba violenta, tan cerca de la violencia como podía manifestar a través del susurro—. Sé que debe haber algo que despierta tu interés, policíaco, probablemente. ¿Qué es?

—Hablaremos mañana.

—No, ahora.

Drake dobló un brazo y colocó una mano bajo su cabeza. Por un momento demasiado fugaz ella pensó que iba a besarla, besarla de la brusca manera que a veces los maridos hacen, o de la manera que ella creía hacían los maridos. Aunque Drake jamás lo había hecho ni lo hizo ahora tampoco.

Simplemente se mantenía a su lado hablando en voz baja.

—¿Por qué te interesaste tanto?

La presión de la mano de Drake sobre la nuca de ella fue tan repentinamente brutal que Rose se quejó e intentó apartarse. Su voz fue ahora algo más que un cuchicheo.

—Suéltame, Drake.

—No quiero que me hagas más preguntas ni que te metas en esto. Dedícate a tu tarea que yo me dedicaré a la mía.

—La naturaleza de mi trabajo es abierta y sin nada que ocultar.

—La del mío no, por definición —replicó él—. Pese a ello te la

diré. Nuestro exadextro amiguito está en esta casa por alguna concreta razón. ¿Sabías que hace dos días estuvo inquiriendo sobre mí en la Comisión?

—Bromeas.

—De ningún modo. Hay ciertos secretos sobre los que no tienes la más ligera sospecha. Pero se trata de mi trabajo y no los discutiré contigo ni un segundo más. ¿Entiendes?

—No, pero no te preguntaré si no quieres.

—Durmamos, pues.

Se recostó sobre la espalda y dejó pasar los minutos. Luego un cuarto de hora. Rose intentaba atar cabos como quien pretende componer un rompecabezas. Incluso con lo que Drake le había dicho, curvas y colores rehusaban engarzarse. Se preguntó qué diría Drake si supiera lo que ahora estaba recordando de la conversación sostenida con el hawkinsita.

Una imagen estaba grabada firmemente en su cerebro. Se había cernido sobre ella burlonamente. Al final de la larga tarde, el hawkinsita se había vuelto a ella y dicho gravemente:

—Buenas noches, señora Smollett. Es usted una huésped encantadora.

Por un momento había luchado por no estallar en carcajadas. ¿Cómo podía llamarla huésped encantadora? Según su concepción de la belleza, ella debía ser un horror, una monstruosidad con escasez de miembros y cuya cara aparecía excesivamente estrecha.

Sin embargo, en el momento en que el hawkinsita se permitía aquella muestra insignificante de cortesía, Drake se puso pálido. Por un momento, los ojos de Drake reflejaron algo que se parecía al terror.

Que ella supiera, Drake jamás había manifestado el menor terror por nada, y la imagen de aquel instante sobrecargado de pánico quedó impresa en su mente hasta que sus pensamientos fueron adormeciéndose a los embates del sueño.

Hasta el mediodía no pudo Rose acomodarse ante su escritorio. Había esperado deliberadamente a que Drake y el hawkinsita se marcharan, y sólo entonces pudo retirar la pequeña grabadora que

colocara previamente la tarde anterior bajo el brazo del sillón de Drake. No había tenido originariamente la intención de ocultar su presencia a Drake. Pero había regresado a casa tan tarde que no hubo ocasión de comunicárselo con el hawkinsita delante. Más tarde, naturalmente, las cosas cambiaron...

Emplazar la grabadora había sido tan sólo una maniobra rutinaria. Las declaraciones y tonalidades del hawkinsita necesitaban ser preservadas para intensivos estudios en el futuro, a cargo de varios especialistas del Instituto. El porqué de su ocultamiento radicaba en el deseo de evitar las distorsiones que la presencia del aparato podría traer consigo, pero ahora no sería mostrada a los miembros del Instituto. Estaba destinada a una función diferente. Una función más bien desagradable.

Simplemente, intentaba espiar a Drake.

Acarició la pequeña caja con los dedos y se preguntó cómo se las estaría apañando Drake. Los intercambios sociales entre mundos habitados no habían llegado a ser todavía tan frecuentes que la presencia de un hawkinsita en las calles de la ciudad evitara algunos apiñamientos de gente. Pero Drake se las arreglaría, de ello no cabía duda. Drake siempre se las arreglaba.

Rose escuchó otra vez los sonidos acaecidos en la última tarde y repitió los momentos más interesantes. Se encontraba a disgusto con lo que Drake le había dicho. ¿Por qué tenía que haberse interesado el hawkinsita en ellos dos de manera especial? Pero Drake no podía mentir. Ella podía ir muy bien a investigar por su cuenta en la Comisión de Seguridad, aunque sabía que no lo haría. Además, tal pensamiento le hacía sentirse desleal. Definitivamente, Drake no tenía por qué mentir.

Por otra parte, ¿por qué no tenía que haber investigado Harg Tholan? Sin duda había inquirido sobre las familias de todos los biólogos del Instituto. Nada más natural que elegir la casa que reuniera las condiciones más propicias para su bienestar.

Y si así había sido —aun en el caso de que sólo hubiera investigado el entorno de los Smollett—, ¿dónde se encontraba la razón de que Drake cambiara desde la más intensa repulsa al más infrecuente de los intereses? Sin duda, Drake tenía conocimiento de algo que se estaba reservando para sí solo. Sólo el cielo sabía de qué

se trataba.

Sus pensamientos divagaron hacia la posibilidad de una intriga interestelar. Intriga en exceso sutil, pues ninguna señal de hostilidad se había cruzado entre ninguna de las cinco razas conocidas de la Galaxia. Más aún, las distancias entre los mundos eran tan considerables que no resultaba rentable la enemistad. Incluso el más mínimo contacto entre ellas era de todo punto imposible. Ni los intereses políticos ni los económicos aconsejaban romper hostilidades.

Se trataba sólo de una idea suya, aunque ella no era miembro de la Comisión de Seguridad. Si *hubiera* conflicto alguno, si *hubiera* el menor peligro, si *hubiera* la más mínima razón para sospechar que la misión del hawkinsita era otra cosa que pacífica... Drake lo sabría, de ello estaba segura.

Pero ¿ocupaba Drake un cargo lo suficientemente importante en los consejos de la Comisión de Seguridad para saber los peligros implicados en la visita de un físico hawkinsita? Nunca había pensado que su cargo fuera más allá del de un funcionario menor en la Comisión; tampoco él afirmaba lo contrario. Y todavía...

¿Se trataba realmente de lo contrario?

Se refociló en el pensamiento. Era una reminiscencia de las novelas de espionaje y los folletines de los siglos veinte y veintiuno, cuando había cosas tales como secretas bombas atómicas.

Los folletines vencieron. A diferencia de Drake, ella no era un policía auténtico y no sabía cómo se comportaban los policías. Pero sabía, en cambio, cómo se comportaban en los folletines.

Tomó un pedazo de papel y, con un decidido movimiento, trazó una vertical por la mitad, dividiéndolo en dos partes. Una sección la tituló «Harg Tholan», y la otra «Drake». Debajo de «Harg Tholan» escribió: «De buena fe». Pero lo pensó un poco y colocó un par de signos de interrogación encerrando la frase. Después de todo, ¿era un doctor o lo que podía ser descrito como agente interestelar? ¿Qué se sabía de su profesión en el Instituto fuera de sus propias declaraciones? ¿Se encontraba ahí la razón de la insistencia de Drake en torno a la Inhibición de la Muerte? ¿Lo había instado a

proseguir con el fin de coger al hawkinsita en un error?

Por un momento permaneció indecisa; luego, se levantó, dobló el papel, se lo metió en un bolsillo de su corta chaqueta y salió de su despacho. No habló con ninguno de los que se cruzaron con ella en el pasillo y abandonó el Instituto. En la oficina de recepción no dejó noticia de su destino ni tampoco de cuándo regresaría.

Una vez fuera, se dirigió al túnel transbordador y esperó que pasara un compartimento vacío. Los dos minutos que duró su espera le parecieron insólitamente cortos. Justo el tiempo para que el altavoz que había sobre el asiento dijera:

—Academia de Medicina de Nueva York.

Se cerró la puerta del pequeño cubículo y el sonido del aire que fluyó al paso del compartimento se convirtió en un silbido de creciente tono.

La Academia de Medicina de Nueva York había sido ampliada a lo alto y ancho desde dos décadas atrás. La biblioteca sola ocupaba un ala entera de la tercera planta. Claro que, si todos los libros, libelos y periódicos que contenía mantuvieran su forma impresa original en vez de yacer en el celuloide de microfilms, el edificio entero, inmenso como era, no hubiera dado abasto para albergarlos. Como fuera, Rose tenía noción de que cinco o diez años atrás se había hablado de limitar la impresión de obras, como ahora estaba ocurriendo.

Como miembro de la Academia, Rose tenía entrada franca a la biblioteca. Se dirigió hacia las estancias dedicadas a la medicina extraterrestre y se alegró de encontrarlas vacías.

Hubiera sido más inteligente recurrir a la ayuda de un bibliotecario, pero optó por no hacerlo. El menor y más insignificante rastro que tras sí dejara podría ser detectado por Drake.

Así, sin guía ninguno, fue recorriendo los estantes siguiendo los títulos con los dedos. Los libros estaban casi todos en inglés, aunque algunos otros estaban en alemán o ruso. Ninguno, lo que resultaba bastante irónico, exhibía los símbolos extraterrestres. Había una sala en alguna parte destinada a tales originales, pero sólo tenían

acceso a ella los traslatores de oficio.

El recorrido de ojo y dedo se detuvo. Había encontrado lo que buscaba.

Cogió media docena de volúmenes y los transportó a una pequeña y oscura mesa. Encendió la luz adosada y abrió el primer libro. Se titulaba *Estudios sobre la Inhibición*. Lo hojeó y luego buscó en el índice de autores. El nombre de Harg Tholan figuraba allí.

Una a una, observó las referencias indicadas; luego volvió a los estantes y buscó en todos los originales que se citaban.

Empleó más de dos horas en la Academia. Cuando hubo acabado sabía lo siguiente: había un doctor hawkinsita llamado Harg Tholan, experto en Inhibición de la Muerte. Había establecido contacto con la organización investigadora hawkinsita que mantenía correspondencia con el Instituto. Naturalmente, el Harg Tholan que ella conocía debía estar simplemente personificando un doctor real para hacer el papel más verosímil, pero ¿por qué debería esto ser necesario?

Sacó el papel de su bolsillo y, donde había escrito «De buena fe» entre interrogantes, añadió ahora SI en mayúsculas. Se dirigió luego al Instituto y a las cuatro de la tarde estaba de nuevo en su despacho. Llamó a la centralita y dijo que no respondería ninguna llamada telefónica. Luego, cerró su puerta.

En el espacio de la columna encabezada por «Harg Tholan» escribió ahora dos preguntas: «¿Por qué Harg Tholan vino solo a la Tierra?», y, tras dejar un considerable espacio, esta otra: «~ Por qué se interesa en la Oficina de Personas Desaparecidas?»

Ciertamente, la Inhibición de la Muerte era lo que el hawkinsita había dicho que era. Según se desprendía de las lecturas efectuadas en la Academia, se trataba del terreno científico que mayores esfuerzos recibía en el Planeta Hawkins. El miedo a tal fenómeno era allí superior al del cáncer en la Tierra. Si los hawkinsitas suponían que la respuesta se encontraba de algún modo en la Tierra, ¿por qué no habían enviado una auténtica expedición científica en lugar de un hombre solo? ¿O existía algún temor, algún recelo que obligaran a tamaña estrategia?

¿Qué es lo que había dicho Harg Tholan la noche anterior? La extensión del fenómeno Muerte aumentaba en porcentaje en el planeta más cercano a la Tierra, exactamente el Planeta Hawkins, mientras que disminuía hasta la nulidad en el mundo más alejado. Añadiendo las implicaciones contenidas en lo que había dicho el hawkinsita y las consultas que ella misma había llevado a cabo en la Academia, resultaba que la expansión del fenómeno había comenzado desde que tuviera lugar el contacto interestelar con la Tierra...

Poco a poco y con alguna resistencia, llegó a una conclusión. Los habitantes de Hawkins habían sin duda sospechado que, como fuera, los terrícolas habían descubierto la causa de la Inhibición de la Muerte y estaban fomentándola deliberadamente entre los pueblos alienígenas de la Galaxia, con el propósito, tal vez, de obtener la supremacía en el universo.

Rose formuló esta conclusión con lo que casi era pánico. Pero no podía ser; era imposible. En primer lugar, la Tierra *no querría* hacer cosa tan horrible. En segundo, *no podría*.

A tenor de los progresos científicos, estaba claro que los seres de Hawkins estuvieron en iguales condiciones que los terrícolas. La Muerte había imperado durante miles de años y los logros de la medicina devenían rotundo fracaso. Y, por supuesto, la Tierra, a pesar de sus ya extensas investigaciones sobre la bioquímica alienígena, no podía haber obtenido resultados positivos tan rápidamente. De hecho, según ella sabía, no había investigaciones suficientes como para hablar de una patología hawkinsita por parte de los biólogos y médicos terrestres.

Aun así, todas las evidencias apuntaban que Harg Tholan había llegado a la Tierra con sospechas y que había sido recibido con celos. Con sumo cuidado, bajo la pregunta «¿Por qué Harg Tholan vino solo a la Tierra?», escribió:

«Hawkins cree que la Tierra es la causa de la Inhibición de la Muerte».

Pero, entonces, ¿cuál era el interés en torno a la Oficina de Personas Desaparecidas? Como científico, llevaba con completo rigor las teorías que desarrollaba. Todos los datos tenían que casar y no sólo algunos de ellos.

La Oficina de Personas Desaparecidas. ¡He aquí una trampa! Y una trampa tendida para engañar a Drake, tendida de forma grosera después de una hora de discusión en torno a la Inhibición de la Muerte.

¿Había sido tendida como una oportunidad para estudiar a Drake? Y, en ese caso, ¿por qué? El hawkinsita había investigado a Drake antes de instalarse en casa. ¿Se había decidido por su casa porque Drake era un policía con acceso a la Oficina de Personas Desaparecidas?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Lo dejó estar por ahora y se dedicó a la columna que llevaba el epígrafe «Drake».

Y allí, aun sin intervención de pluma y tinta, se formuló una pregunta cuyos caracteres aparecieron en la más visible escritura del pensamiento: *¿Por qué se casó conmigo?* Luego, cubrió sus ojos con las manos como si quisiera ocultarlos de la luz.

Su encuentro había sido accidental y tenido lugar poco más de un año atrás, cuando él se había trasladado a la finca de apartamentos donde ella vivía. Encuentros casuales los había llevado a mantener una cierta forma de amistad, permitiéndoles algunas ocasionales cenas en un restaurante vecino. Fue algo completamente normal: tras la excitación de la nueva experiencia, se enamoró de él.

Cuando le preguntó si quería casarse con él, se sintió complacida... y abrumada. Al tiempo que pensaba esto intentaba explicárselo. Él apreciaba su inteligencia y camaradería. Era una chica guapa. Sería una buena esposa y excelente compañera.

Se formuló todas estas explicaciones y se las fue medio creyendo. Pero no era suficiente con medio creerse las cosas.

No es que no encontrara ella ninguna falta en Drake como marido. Siempre había sido comprensivo, amable y caballeroso. Su vida matrimonial no era una vida llena de pasión, más bien esa calma otoñal que comienza en la treintena. Y ella no tenía diecinueve años. ¿Qué esperaba?

Era eso; no tenía diecinueve años. No era hermosa, ni seductora,

ni elegante. ¿Qué esperaba? ¿Qué otra cosa podía haber esperado? ¿Había esperado acaso a Drake, guapo y vigoroso, cuyos intereses intelectuales eran de nota menor, que ni se interesaba por el trabajo de su mujer ni se ofrecía a discutir del suyo con ella? ¿Por qué, entonces, se había casado Drake?

Pero no había respuesta para semejante pregunta, ninguna solución para lo que Rose estaba intentando hacer ahora. Era materia extraña, se dijo, una distracción infantil que la apartaba de la tarea que se había propuesto. Estaba actuando como una chica de diecinueve años y sin ninguna excusa cronológica para ello.

Se dio cuenta de que la punta de su lápiz se había roto sin saber cómo y tomó otro. En la columna epigrafiada «Drake», escribió: «¿Por qué sospecha de Harg Tholan?» Debajo colocó una flecha que apuntaba a la otra columna.

Lo que llevaba ya escrito era suficientemente explícito. Si la Tierra estaba propagando la inhibición de la Muerte o si al menos sabía que existía algún prejuicio al respecto, entonces, obviamente, estaría preparándose para algún desquite eventual por parte de los alienígenas. De hecho, el escenario estaría ocupándose ahora con las maniobras preliminares para lo que sería la primera guerra interestelar de la historia. Sin duda era una explicación horrible pero adecuada.

Ahora venía la segunda pregunta, para la que no tenía respuesta. Lentamente, escribió: «¿Por qué aquella reacción de Drake ante las palabras de Tholan: “Es usted una huésped encantadora”?»

Intentó reconstruir la escena. El hawkinsita lo había dicho inocuamente, sin importancia, con gentileza, como una cortesía, y Drake había palidecido al oírlo. Una y otra vez escuchó el momento en la cinta magnetofónica. Un terrícola debía haberlo dicho con un tono intrascendente, como fórmula apropiada para una reunión amistosa. En la grabadora no aparecía el rostro de Drake; pero ella lo había memorizado. Los ojos de Drake habíanse abierto con temor y odio, justamente cuando Drake era la persona menos asustadiza del mundo. ¿Qué podía haberlo atemorizado en la frase «Es usted una huésped encantadora»? ¿Celos? Absurdo. ¿Algún sentimiento

de que Tholan había sido sarcástico? Quizás, aunque improbable. Ella estaba segura de que Tholan había sido sincero.

Encerrando la segunda pregunta repitió de nuevo los signos de interrogación para resaltar su importancia. Había dos preguntas ahora, una bajo «Harg Tholan» y otra bajo «Drake». ¿Podía haber alguna relación entre el interés de Tholan por las personas desaparecidas y la reacción de Drake ante la frase galante del otro? No se sentía capaz de responder.

Cruzó los brazos y apoyó en ellos la cabeza. Estaba ya oscureciendo y se sentía cansada. Por un momento vagó sin duda en esa región entre el sueño y la vigilia, los pensamientos y las frases perdieron el control de la conciencia y erraron sin rumbo ni orden, surreales, por todos los puntos del cerebro. Sin embargo, no importa dónde estuvieren, siempre volvían insistentemente formando una proposición: «Es usted una huésped encantadora». Unas veces la escuchaba con la voz inhumana y sin vida de Harg Tholan y otras en la vibrante de Drake. Cuando la enunciaba Drake estaba plena de amor, de un amor que ella nunca había visto en él. Deseó oírsele decir.

Comenzó a reanimarse. La oficina estaba ahora bastante oscura y encendió la luz de la lámpara de su mesa. Parpadeó y se desperezó. Algún otro pensamiento debió haberla rondado durante los caprichosos juegos mentales del presueño. Había sido otra frase que había alterado a Drake. ¿Cuál era? Intentó recordarla con un esfuerzo mental. No había sido pronunciada la última tarde. No aparecía en la conversación registrada, es decir, que debía haber ocurrido antes. No acudió a su memoria y se quedó intranquila.

Miró su reloj y dio un respingo. Eran casi las ocho. Los dos hombres debían estar ya en casa esperándola.

Pero no quería ir a casa. No quería verlos. Cogió el papel en el que había anotado sus pensamientos de la tarde, lo rompió en pequeños pedazos y lo dejó arder en el cenicero de llama atómica que había sobre su mesa. La pequeña llama se mantuvo unos segundos y luego nada quedó del papel.

Si nada había quedado de los pensamientos anotados, sin duda significaba algo.

Ya no tendría que utilizarlos. Ahora podría ir a casa.

A fin de cuentas no la estaban esperando. Los vio llegar en una girocabina justo cuando ella salía de uno de los conductos de transporte sobre el nivel de la calle. Salieron de la girocabina, el aparato mantuvo fijas sus luces un momento y después comenzaron a parpadear rápidamente, alejándose. Por acuerdo mutuo sin palabras, ninguno dijo nada hasta que no estuvieron en la casa.

—Espero que haya tenido un día agradable, doctor Tholan —dijo Rose, con desinterés.

—Mucho. Fascinante y también provechoso.

—¿Ya han comido? —preguntó Rose, que no tenía más que hambre.

—Sí, naturalmente.

—Comimos y cenamos a base de bocadillos —interrumpió Drake. Su voz sonaba cansada.

—Ah, hola, Drake. —Era la primera vez que Rose se había dirigido a él desde que entraran.

Drake se la quedó mirando.

—Hola —dijo.

—Los tomates que tienen ustedes —dijo el hawkinsita— son singularmente vegetales. Nosotros no tenemos nada que pueda compararse a su sabor. Creo que llegué a comerme dos docenas, tanto como podía contenerse en una botella de tomate concentrado.

—Y la visita a la Oficina de Personas Desaparecidas —dijo Rose—, ¿la encontró provechosa, doctor Tholan?

—Sí, podría decirse de esa manera.

Rose se recostó sobre los almohadones del sofá mientras decía:

—¿De qué manera?

—Descubrí que lo más interesante de todo era que la mayoría de personas desaparecidas eran hombres. Esposas que denunciaban la desaparición de sus maridos, mientras que, curiosamente, nunca se daba el caso contrario.

—Oh, eso no tiene nada de curioso ni de misterioso, doctor Tholan —respondió Rose—. Simplemente, no se da usted cuenta de la organización económica que tenemos en la Tierra. En este planeta, el hombre es generalmente el único miembro de la familia que mantiene su unidad económica. Su labor se mide en dinero. Mientras que la función de la esposa suele ser, por lo general, la de

cuidar de la casa y de los niños.

—¡Pero eso no será universal!

—Más o menos —intervino Drake—. Si usted está pensando ahora en mi mujer, debo decirle que es un ejemplo de la minoría de mujeres capaces de seguir su propia ruta en la vida.

Rose lo miró. ¿Estaba siendo sarcástico?

—Lo que usted quiere decir, señora Smollett —prosiguió el hawkinsita—, es que, siendo las mujeres económicamente dependientes del compañero masculino, encuentran más difícil la posibilidad de desaparición. ¿Me equivoco?

—No es una forma como otra de decirlo —comentó Rose—, pero ha acertado.

—¿Y llamaría usted a la Oficina de Personas Desaparecidas de Nueva York muestra y ejemplo de tales casos en todo el planeta?

—Si, más o menos.

—¿Y hay también, en ese caso, una explicación económica para el hecho de que el porcentaje de desapariciones de muchachos haya aumentado desde que fueron desarrollados los viajes interestelares?

Ahora fue Drake quien contestó con naturalidad.

—Buen Dios, pero si eso es incluso menos misterioso que lo otro. En nuestros días, los fugitivos tienen todo el espacio para perderse. Cualquiera que desee escapar a cualesquiera problemas no necesita sino embarcarse en el navío espacial más a mano. Siempre se busca personal para trabajar en ellos, de modo que resulta casi imposible encontrar un fugitivo si éste desea realmente ponerse fuera de circulación.

—Y casi siempre se trata de jóvenes en el primer año de matrimonio.

Rose sonrió sin poder reprimirse.

—Claro —dijo—, ése es, justamente, el período en que los problemas de los hombres parecen ser más agudos.

Si los maridos sobreviven el primer año, no suelen desaparecer después.

Drake, obviamente, no lo encontraba muy gracioso. Rose pensó nuevamente que parecía cansado y desdichado.

—¿Les molestaría que me retirase por un rato? —dijo repentinamente el hawkinsita.

—Claro que no —dijo Rose—. Espero que no haya sido un día demasiado agotador para usted. Desde que vino de un planeta cuya gravedad es mayor que la de la Tierra, temo que nos precipitemos en afirmar que usted debe mostrar una resistencia superior a la nuestra.

—Oh, yo no estoy cansado en un sentido físico. —Por un momento contempló sus miembros y parpadeó rápidamente, indicando complacencia—. Por cierto, he estado observando la manera de sostenerse en pie los terrícolas, y esperado de un momento a otro que se cayeran hacia atrás o hacia adelante, dado el singular apaño de sus miembros. Perdone que lo saque a relucir, pero al hablar acerca de la gravedad me ha venido a la cabeza. En mi mundo, dos miembros inferiores no son suficientes para tenerse en pie. Ésta y otras consideraciones y el cúmulo de datos que he estado observando han bastado para saturarme y desear una pequeña desconexión.

Rose asintió pensativa. Según las expediciones al Planeta Hawkins, los hawkinsitas tenían la facultad de desconectar sus mentes de cualquiera de las funciones corporales e internarse en un proceso de meditación durante períodos de tiempo que iban más allá de lo que en la Tierra llamamos un día. A los hawkinsitas les placía tal proceso, incluso a veces lo encontraban necesario, en tanto ningún terrícola le hubiera encontrado la menor aplicación.

Por otra parte, ningún terrícola hubiera sido capaz de hacer comprender a un hawkinsita el significado de la palabra «sueño», y no sólo a ningún hawkinsita sino tampoco a ningún otro extraterrestre. Lo que un terrícola hubiera significado con los términos «sueño» o «dormir», habría tenido para un hawkinsita un sentido de desintegración mental.

Rose pensó al cabo: *He aquí otra forma en que los terrícolas son únicos.*

El hawkinsita aparecía ahora como recostado, de tal manera que su inclinación obligaba a sus miembros a caer como tentáculos en forma de lluvia sobre el suelo. Las formas corteses de los hawkinsitas nunca dejaban de sorprender. Drake hizo una

inclinación de cabeza mientras el otro desaparecía tras la curva del corredor. Oyeron cómo su puerta se abría, se cerraba, y luego sólo el silencio.

Después de unos minutos dominados por el imperio del silencio, la silla de Drake emitió un leve chirrido provocado por un cambio de postura corporal. Con ligero terror advirtió Rose la palidez del rostro de Drake. Pensó: *Sin duda está en alguna clase de apuro. Debo hablarle. No puedo permitir que se absorba en lo que le aturde.*

—Drake —dijo.

Drake pareció mirarla desde algún lugar muy lejano. Poco a poco, sus ojos fueron enfocándola hasta posar su mirada correctamente sobre ella.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿También tú has acabado tu jornada?

—No, todo lo contrario. Estoy lista para comenzarla. Hoy es el mañana del que hablaste ayer. ¿No tenías que decirme algo?

—¿Perdón?

—La noche pasada dijiste que me hablarías mañana. Hoy es mañana y estoy preparada para escucharte.

Drake arrugó el entrecejo. Sus ojos parecían mirar bajo unas cejas uniformadas por el frunce y Rose sintió que algo de su resolución comenzaba a aflorar a su ánimo.

—Creía que estábamos de acuerdo en que no me preguntarías sobre mi intervención en este asunto —dijo Drake.

—Creo que es demasiado tarde para eso. En este momento sé demasiado sobre tu intervención.

—¿Qué quieres decir? —saltó Drake, poniéndose repentinamente en pie. Lentamente, se aproximó a ella, puso sus manos sobre los hombros de la mujer y repitió en voz baja—: ¿Qué quieres decir?

Rose fijó su mirada sobre sus manos, que descansaban en su regazo. Comenzó a advertir la presión de los dedos sobre su hombro y dijo sin precipitarse:

—El doctor Tholan cree que la Tierra está propagando la

Inhibición de la Muerte a propósito. Es cierto, ¿no?

Rose esperó. Lentamente, el apretón de los dedos fue relajándose hasta desaparecer. Ahora Drake permanecía firme ante ella, los brazos colgando junto a los costados, el rostro cruzado por la frustración y la desdicha.

—¿De dónde has sacado esa idea? —le preguntó.

—Es correcta, ¿me equivoco?

Sin interrumpirse para respirar, replicó Drake:

—Quiero saber con exactitud por qué estás diciendo tales cosas. No intentes jugar conmigo tan alocadamente, Rose. Te lo digo en serio.

—Si te lo digo, ¿querrás contestar una pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Está expandiendo la Tierra deliberadamente la enfermedad?

—¡Por el cielo, Rose! —Drake alzó las manos.

Se postró ante ella. Tomó sus manos entre las suyas y Rose pudo notar cómo temblaban. Cuando habló, forzaba las palabras para que la excitación no alterase su tono.

—Rose querida, te has cogido a un clavo candente y piensas que puedes emplearlo para jugar. No creo preguntar mucho. Sólo quiero que me digas qué razones tienes para decir... para decir exactamente lo que me has dicho.

—Drake parecía terriblemente serio.

—Estuve en la Academia de Medicina de Nueva York esta tarde. Estuve leyendo y haciendo comprobaciones.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso?

—Tú parecías demasiado interesado en la Inhibición de la Muerte. Y el doctor Tholan hizo algunos comentarios sobre el incremento de su expansión desde la inauguración de los viajes espaciales, alcanzando las mayores cifras en el planeta más cercano a la Tierra. —Rose se detuvo.

—¿Estuviste leyendo? ¿Qué leíste?

—Algo sobre él. Seguir su pista. Todo lo que podía hacer era examinar en lo posible la dirección de sus investigaciones en las recientes décadas. Finalmente, me pareció obvio que al menos

algunos hawkinsitas pensarán la posibilidad de que la Inhibición de la Muerte se originara en la Tierra.

—¿Lo dicen así, sin rodeos?

—No. O, si lo han hecho, no he podido verlo. —Se lo quedó mirando. En un asunto de tal importancia era lógico que el gobierno hubiera investigado las pesquisas de los hawkinsitas—. ¿Sabes algo —preguntó luego— sobre la investigación hawkinsita al respecto, Drake? El gobierno...

—Nunca se fijó en eso. —Drake se había separado un tanto de ella pero ahora volvió a acercarse. Sus ojos estaban brillantes. Luego, como si estuviera haciendo un maravilloso descubrimiento, añadió—: ¡Claro! Pero si tú eres una experta en esas cosas.

¿Lo era? ¿Lo había descubierto solamente ahora que necesitaba de ella? Las ventanas de su nariz se hincharon.

—Soy biólogo —dijo Rose.

—Sí, ya lo sé, pero lo que quiero decir es que tu especialidad es el crecimiento, el desarrollo. ¿No me dijiste una vez que habías trabajado sobre el crecimiento?

—Puedes llamarlo así. He publicado una veintena de artículos sobre las relaciones entre la estructura del ácido nucleico y el desarrollo embrionario. Puedes verlos en las publicaciones de la Sociedad para el estudio del cáncer.

—Es cierto. Debí haberlo pensado antes. —Nuevamente parecía sufrir los embates de algún aturdimiento—. Dime, Rose... bueno, mira: siento no haberme comportado demasiado correctamente contigo hace unos momentos. No dudo que seas tan competente como ningún otro para comprender la dirección de sus investigaciones sobre la Inhibición de la Muerte si es que has estudiado sobre el asunto, ¿es así?

—Me considero bastante solvente.

—Entonces dime de qué manera piensan que la enfermedad se está propagando. Quiero decir los detalles.

—Vamos, Drake, preguntar eso es ligeramente excesivo. He estado unas cuantas horas en la Academia, nada más. Necesitaría mucho más tiempo para poder contestar a tu pregunta.

—Una indicación general aunque coherente, al menos. No puedes darte cuenta de cuán importante es esto.

—Bueno —dijo Rose dubitativamente—, los *Estudios sobre la Inhibición* componen el mejor tratado en ese terreno. Podría decirse que compendian todos los logros obtenidos en tales investigaciones.

—¿Sí? ¿Es reciente?

—Se trata de un anuario memorístico. El último volumen apareció el año pasado.

—¿Contiene cualquier dato concerniente a su trabajo?

—Su dedo señaló en la dirección del dormitorio de Harg Tholan.

—Más y mejor que cualquier otro. Es un investigador destacado. Me dediqué especialmente a buscar sus escritos.

—Y, ¿cuáles son sus teorías sobre el origen de la enfermedad? Intenta recordarlo, Rose.

—Juraría que echa la culpa a la Tierra, aunque admite que no se conoce el modo de su propagación. También podría jurar esto.

Drake permanecía en pie, como sosteniéndose en difícil posición. Sus fuertes manos habíanse cerrado formando gruesas mazas y sus palabras fueron ahora algo más que un murmullo:

—Podría tratarse de un asunto de vital importancia. Quién sabe... Intentaré descubrir algo a partir de ahora, Rose —añadió tras cambiar la dirección de sus pensamientos—. Gracias por tu ayuda. - Y se dirigió hacia la puerta del pasillo.

Rose corrió tras él.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo preguntarle unas cuantas cosas. —Comenzó a revolver en un cajón de su escritorio y su mano derecha pareció encontrar algo. Sostenía una pistola-aguja.

—¡No, Drake! —gritó Rose.

La apartó de un movimiento y se internó en el pasillo hacia el dormitorio del hawkinsita.

Drake abrió la puerta y entró. Rose le iba a la zaga, intentando todavía sujetarlo por el brazo. Pero entonces se detuvo y se quedó mirando a Harg Tholan.

El hawkinsita estaba en pie, ausente de emociones, los ojos sin ver nada de cuanto miraban, sus cuatro miembros inferiores extendidos cuan largos eran. Rose se sintió una intrusa mientras

pensaba que estaban violando un rito íntimo. Pero Drake, sin darse por aludido en tales cuestiones, se aproximó a la criatura deteniéndose a pocos centímetros de ella. Estaban cara a cara, y Drake sostenía la pistola-aguja a una altura aproximadamente del centro torácico del hawkinsita.

—Ahora está ausente —dijo Drake—. Pero poco a poco se irá percatando de mi presencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Sal de aquí ahora.

Rose, sin embargo, no hizo movimiento alguno y Drake estaba demasiado absorto en el hawkinsita para prestar atención al no cumplimiento de su orden.

Algunos fragmentos de la piel del rostro alienígena comenzaron a experimentar ligeros movimientos. Era más bien repulsivo y Rose prefirió no mirar.

—Ya es bastante, doctor Tholan —dijo Drake, repentinamente—. No devuelva la conexión a ninguno de sus miembros. Con sus órganos sensitivos y la capacidad de hablar es suficiente.

—¿Por qué invade mi habitación de desconexión? —dijo el hawkinsita con débil voz. Luego, con mayor fuerza—: ¿Y por qué va usted armado?

Su cabeza se bamboleó penosamente sobre un todavía dormido torso. Aparentemente, había seguido la indicación de Drake no conectando sus miembros. Rose se preguntó cómo conocía Drake ese proceso de reconexión gradual y también la posibilidad de mantenerlo parcialmente.

—¿Qué quiere? —habló de nuevo el hawkinsita.

—La respuesta a varias preguntas.

—¿Con una pistola en su mano? Mi ánimo no puede aceptar tal descortesía.

—No tiene por qué aceptarla. Límitese a cuestionar el problema de salvar su propia vida.

—Bajo las circunstancias que usted ya conoce, eso no tendría mucha importancia para mí. Lamento, señor Smollett, que los deberes para con un invitado sean entendidos de manera tan infame en la Tierra.

—Usted no es mi invitado, doctor - Tholan —dijo Drake—.

Usted vino a mi casa con falsos pretextos, y tuvo sin duda alguna razón oculta para hacerlo. De algún modo planeó usted utilizarme para sus propios propósitos. No tengo, pues, el menor cuidado en dar la vuelta a las apariencias sociales.

—Hará bien disparando. Nos ahorrará tiempo.

—¿Tan seguro está de qué no va a responder? Por sí mismo es algo sospechoso. Parece que considera que algunas respuestas son más importantes que su propia vida.

—Considero que los principios de la cortesía son mucho más importantes. Usted, en tanto que terrícola, puede no comprenderlo.

—Tal vez no. Pero, en tanto que terrícola, comprendo una cosa.

—Drake había saltado bruscamente hacia adelante; tan rápido que su movimiento precedió al grito de Rose; tan rápido que el hawkinsita no pudo anticipársele conectando sus miembros. El tubo flexible del cilindro de cianuro de Harg Tholan quedó sujeto en la mano de aquél. En la esquina de la ancha boca del hawkinsita, donde el tubo había permanecido enclavado, una gota de líquido incoloro resbaló lentamente por un resquicio de la escamosa piel, solidificándose poco a poco en una oscura burbuja a modo de óxido.

Drake tiró del tubo y el cilindro se balanceó libremente. Hundió el botón que controlaba la válvula en la parte superior del cilindro y cesó el pequeño silbido.

—Dudo —dijo Drake— que el escape pueda ponernos en peligro. Espero, sin embargo, que usted se dé cuenta de lo que le ocurrirá *ahora* si no responde las preguntas que voy a hacerle..., y respóndalas de manera que yo esté seguro de que usted dice la verdad.

—Devuélvame mi cilindro —dijo lentamente el hawkinsita—. De lo contrario, me veré en la necesidad de atacarle y no tendrá usted más remedio que matarme.

Drake retrocedió unos pasos.

—Atáqueme y dispararé tan sólo sobre sus piernas. Las perderá; y las cuatro, si es necesario. Pero aun así, usted permanecerá vivo. Vivo para morir por ausencia de ciánidos. Será una muerte más desagradable. Tan sólo soy un terrícola y no puedo apreciar su

sentido de la agonía; pero usted sí puede, ¿verdad?

La boca del hawkinsita estaba abierta y algo en su interior, de tonos gualdiverdosos, se agitó. Rose deseó intervenir, deseó gritar: *¡Devuélvele el cilindro, Drake!* Pero no pudo articular palabra. Ni siquiera pudo volver la cabeza.

—Le queda aproximadamente una hora —dijo Drake—, según mis cálculos, antes de que los efectos sean irreversibles. Hable llanamente, doctor Tholan, y tendrá nuevamente el cilindro.

—Y después de eso... —dijo el hawkinsita.

—¿Qué le importa lo que venga después? Incluso si yo lo matara a usted sería una muerte completa y neta. No una carencia de ciánidos.

Algo pareció ser emitido de la boca del hawkinsita. Su voz surgía gutural y sus palabras emulaban el zumbido como si pensara que no disponía de la energía suficiente para pronunciar correctamente el inglés.

—¿Cuáles son sus preguntas? —dijo luego y, mientras hablaba, sus ojos siguieron el cilindro que sujetaba la mano de Drake.

Drake lo balanceó deliberadamente, remedo del suplicio de Tántalo, y los ojos de la criatura lo siguieron en su trayectoria...

—¿Cuáles son sus teorías respecto de la Inhibición de la Muerte? ¿Por qué ha venido usted a la Tierra? ¿Cuál es su interés real en la Oficina de Personas Desaparecidas?

Rose descubrió que estaba esperando con impaciencia, conteniendo la respiración. Se trataba de las preguntas que ella también deseaba ver respondidas. No de esta manera, quizá, pero en el trabajo de Drake la bondad y el sentido humano eran relegados a segundo término por cuestiones de necesidad.

Se repitió esto varias veces, a fin de contrarrestar el hecho de poder censurar a Drake el trato ejercido sobre el doctor Tholan.

—La respuesta correcta nos llevaría más de la hora que usted me ha concedido —dijo el hawkinsita—. Obra usted erróneamente al obligarme a hablar por medios violentos. En mi mundo no hubiera recibido trato similar bajo ninguna circunstancia. Sólo en este alterado planeta he llegado a ser privado de ciánidos.

—Está usted desperdiciando su tiempo, doctor Tholan.

—Tendría que haberle hablado antes de esto, señor Smollett. Necesitaba su ayuda. Por esta razón vine aquí.

—Todavía no ha respondido mis preguntas.

—Las responderé ahora mismo. Durante años, como complemento de mi trabajo científico regular, he venido estudiando privadamente las células de mis pacientes afectados por la Inhibición de la Muerte. Me veía forzado a guardar el mayor secreto y trabajar sin asistencia, pues los métodos que yo aplicaba para estudiar los cuerpos de mis pacientes fueron desaprobados por mis colegas. Entre ustedes hubo un tiempo en que surgieron sentimientos semejantes contra la vivisección humana. Por esta razón, no podía mostrar mis resultados a mis colegas hasta haber verificado mis teorías aquí en la Tierra.

—¿Qué teorías? —preguntó Drake. La emoción había vuelto a sus ojos.

—A medida que incrementaba mis estudios llegó a hacérseme cada vez más obvio que la dirección general de investigaciones de la inhibición de la Muerte estaba equivocada. Físicamente no había ninguna solución para tal misterio. La Inhibición de la Muerte, supuse, era una enfermedad mental.

—Pero con seguridad que no es psicosomático, doctor Tholan —interrumpió Rose.

—Una débil y gris lucecita brilló instantáneamente en los ojos del hawkinsita.

—No, señora Smollett, no es psicosomático. Es realmente una enfermedad mental; una infección mental. Mis pacientes tenían una mente desdoblada. Más allá y por debajo de la que obviamente los sustentaba, existía la evidencia de *otra*... una mente extraña, ajena. Cuantas veces trabajé con pacientes de otras razas, tantas otras se manifestó el mismo fenómeno. En síntesis, no hay sólo cinco razas inteligentes en la Galaxia, sino seis. Y la sexta es parásita.

—Eso es increíble... ¡imposible! Usted *debe* estar equivocado, doctor Tholan —dijo Rose.

—No estoy equivocado. Hasta que vine a la Tierra también pensaba así. Pero mi estancia en el Instituto y mis investigaciones en la Oficina de Personas Desaparecidas me convencieron de lo

contrario. ¿Qué hay de imposible en el concepto de inteligencia parásita? Tales inteligencias no dejan restos fósiles, ni siquiera utensilios... su única función consiste en alimentarse de algún modo de las actividades mentales de otras criaturas. Uno puede imaginarse un parásito así, a través de miles de millones de años, tal vez, perdiendo partes de su ser físico aunque conservando las necesarias, comportándose como el parásito que entre ustedes se conoce como tenia, llegando a perder todas sus funciones excepto la de la reproducción. En el caso de los parásitos de la inteligencia todos los atributos físicos deben perderse eventualmente.

—Se convertiría en nada más que una mente pura, sobreviviendo de alguna manera mental que no somos capaces de concebir, injertada en la mente de las otras especies. Particularmente de las mentes de las criaturas terrícolas.

—¿Por qué particularmente de los terrícolas? —preguntó Rose.

Drake se mantenía aparte en la conversación, pareciendo satisfecho con el solo hecho, de que el hawkinsita hablara.

—¿No supone usted que la sexta inteligencia proceda de la Tierra? Desde los comienzos la humanidad ha vivido con ella, se ha adaptado a ella y no la ha advertido. Ésta es la razón por la cual las más grandes especies de los animales terrícolas, incluyendo al hombre, no prosiguen su crecimiento después de la madurez y, eventualmente, mueren de lo que llaman muerte natural. Es el resultado de esta infestación parasitaria universal. Y es la razón por la que ustedes duermen y sueñan, ya que entonces el parásito sin duda se alimenta y ustedes devienen un poco más conscientes de su existencia. También la razón por la que la mente terrícola es objeto de tantas inestabilidades. ¿Cuáles otras razas galácticas ofrecen una personalidad tan dividida y tantas otras anormales manifestaciones? Más aún, debe haber ocasionales mentes humanas que son visiblemente afectadas por la presencia del parásito.

»Como fuere, estos parásitos mentales pueden atravesar el espacio. No hay límites físicos para ellos. Pueden viajar entre las estrellas en un estado que correspondería a la hibernación. Cómo lo hicieron los primeros y por qué, lo ignoro; probablemente nadie alcanzará nunca a saberlo. Pero una vez esos primeros pioneros descubrieron la presencia de inteligencia en otros planetas de la

Galaxia, hubo sin duda un primero pequeño y luego creciente flujo de inteligencias parásitas a través del espacio. Los de otros mundos hemos debido resultar malas carnadas para ellas, de lo contrario se hubieran aposentado antes entre nosotros.

»Por lo que puede deducirse, los de otros mundos hemos vivido libres de esos parásitos, al contrario que el hombre y sus antecesores. Nuestra estructura no se encuentra adaptada para su presencia. Nuestros organismos podían sobrevivir durante cientos de años. Pero ahora, mientras el terrícola sobrevive a la infección durante décadas, aun a costa de sufrir alteraciones, nosotros morimos en el curso de un año.

»Y yo me pregunto si el incremento de tal propagación ha tenido su comienzo desde la inauguración de los viajes espaciales entre la Tierra y los otros planetas.

»Mi respuesta es que sí. —Hubo una larga y silenciosa pausa, tras la cual el hawkinsita habló con renovada energía—: Devuélvame ahora mi cilindro. Ya he contestado sus preguntas.

Drake hizo caso omiso y preguntó fríamente:

—¿Qué pasa con la Oficina de Personas Desaparecidas?

De nuevo se puso a balancear el cilindro; pero ahora el hawkinsita no seguía sus movimientos. El brillo grisáceo de sus ojos había descendido en intensidad y Rose se preguntó si se trataría de una expresión de debilidad o un ejemplo de las alteraciones provocadas por la ausencia de ciánidos.

—Como no estamos adaptados a la inteligencia que infesta al hombre —dijo el hawkinsita—, tampoco ella se ha adaptado bien a nosotros. Puede vivir con nosotros pero no puede reproducirse. La Inhibición de la Muerte no es directamente contagiosa entre mi gente.

—¿Qué está insinuando, doctor Tholan? —preguntó Rose con una mirada pletórica de horror.

—El terrícola fue el primer anfitrión del parásito. Un terrícola puede infectarnos si permanece entre nosotros. Pero el parásito, una vez localizado en una inteligencia de otros mundos, debe de algún modo retornar a un terrícola, si desea reproducirse. Antes de los viajes interestelares esto era posible sólo volviendo a remontar las distancias espaciales, de manera que la incidencia de la infección,

resultaba infinitesimal. Ahora somos infectados y re-infectados mientras los parásitos regresan a la Tierra y vuelven a nosotros mediante mentes de terrícolas que viajan a través del espacio.

—Y las personas desaparecidas... —dijo Rose.

—Son los anfitriones intermediarios. El exacto proceso por el cual ocurre todo esto nos es, naturalmente, desconocido. La mente del terrícola masculino parece ser el elemento más propicio para los propósitos del parásito. Usted recordará que en el Instituto dije que la fecundidad del macho común comienza tres años después que la de la hembra común. La reproducción, pues, ha cuidado este detalle y el hombre portador de la infección, una vez embarcado en un viaje espacial hacia otros mundos, desaparece poco después.

—Pero eso es imposible —insistió Rose—. Lo que usted afirma implica que la mente parásita puede controlar las acciones de su portador. Eso no puede ser, de lo contrario, hubiéramos notado su presencia.

—El control, señora Smollett, puede ser muy sutil, y sin duda se lleva a cabo sólo durante el período de reproducción activa. Yo simplemente me limito a señalarles la Oficina de Personas Desaparecidas. ¿Por qué desaparecen los jóvenes? Usted me ha procurado explicaciones económicas y psicológicas, pero eso no basta... Lamento encontrarme ahora tan enfermo y en tan difíciles circunstancias para hablar. Sólo puedo decir esto. El parásito mental es un enemigo común para nuestros mundos. Los terrícolas mueren involuntariamente debido a su presencia. Pensé que si me había encontrado incapaz de regresar a mi mundo portando mi información a causa de los métodos heterodoxos utilizados para obtenerla, debía a cambio comunicarla a las autoridades de la Tierra a fin de prevenir las de tal amenaza. Imaginen mi complacencia cuando descubrí que el marido de uno de los biólogos del Instituto era miembro de uno de los cuerpos investigadores más importantes de la Tierra. Naturalmente, hice lo que debía hacer un huésped afincado en su casa, de tal manera que mi plan respecto a informarle resultara ser privado; no era fácil convencerle de una terrible verdad pero debía utilizar su posición para preservarles a ustedes del acoso de los parásitos.

»Ahora esto es imposible. Tampoco les culpo por ello. Como

terrácolas, no tienen por qué comprender la psicología de mi gente. Sin embargo, deben ustedes comprender esto. No puedo llevar adelante mi plan con ninguno de ustedes. Ni siquiera puedo permanecer por más tiempo en la Tierra.

—Entonces —dijo Drake—, sólo usted, de entre todos sus paisanos de planeta, ha llegado a poseer el conocimiento de esta teoría suya.

—Sólo yo.

—Su cianuro, doctor Tholan —dijo Drake, tendiéndole el cilindro.

El hawkinsita lo cogió precipitadamente. Sus dedos manipularon el tubo y la válvula con la mayor delicadeza. En menos de diez segundos se había emplazado el complemento respiratorio y comenzaba a inhalar el gas con profundas aspiraciones. Sus ojos devinieron claros y transparentes.

Drake esperó hasta que la respiración del hawkinsita retornara a la normalidad y luego, sin expresión ninguna en el rostro, alzó la pistola e hizo fuego. Rose chilló. El hawkinsita quedó en pie. Sus cuatro miembros inferiores no se inmutaron, pero su cabeza cayó fláccidamente y de su repentinamente muerta boca cayó el tubo de cianuro, esparciendo el gas por la habitación. De nuevo cerró Drake la válvula y apartó el cilindro, permaneciendo inmóvil y sombrío frente a la muerta criatura. Ninguna señal externa revelaba que había sido asesinada. El proyectil de la pistola-aguja, más delgado que la aguja de la que el arma recibía su calificativo, penetraba inadvertidamente en el cuerpo y explotaba con devastadores efectos sólo al alcanzar la cavidad abdominal.

Rose corrió fuera de la habitación sin dejar de chillar. Drake la persiguió y logró atraparla por un brazo. Sin apenas sentirlos, Rose oyó las sonoras bofetadas que Drake propinaba a sus mejillas, abandonándose luego a una enfermiza mudez.

—Escucha, no ha ocurrido nada, ¿me oyes? —dijo Drake—. ¿Qué ibas a hacer?

—Déjame —dijo Rose—, quiero irme.

—¿Por algo que necesariamente tenía que hacer a causa de mi

trabajo? Ya oíste lo que la criatura dijo. ¿Supones que iba a dejarlo marchar a su mundo para que difundiese allí sus mentiras? Podría ser creído. ¿Qué crees que ocurriría luego? ¿Puedes imaginar lo que ocasionaría una guerra interestelar? Porque no dudes un momento que allí supondrían la guerra como método mejor para detener la enfermedad.

Con un esfuerzo que parecía regresarla al momento presente, Rose se afirmó sobre sus pies. Miró fijamente a Drake a los ojos y dijo:

—El doctor Tholan no dijo ni mentiras ni errores, Drake.

—Vamos, vamos, estás histérica. Necesitas descansar.

—Sé que es cierto cuanto afirmo porque la Comisión de Seguridad conoce esa misma teoría y sabe que es verdadera.

—¿Por qué lo dices ahora, tan a destiempo?

—Porque tú mismo lo evitaste por dos veces.

—Siéntate —ordenó Drake. Rose obedeció y él se quedó en pie, frente a ella, mirándola con infinita curiosidad—. De manera que lo he evitado dos veces, ¿eh? Has tenido un día lleno de habilidades detectivescas, querida. Posees facetas que sin duda has mantenido muy ocultas hasta ahora. —Drake se sentó y cruzó las piernas.

Rose pensó que, en efecto, había tenido un día lleno y atareado. Alcanzó a ver el reloj eléctrico en la pared de la cocina. Eran las dos de la madrugada. Harg Tholan había hecho su entrada en la casa treinta y cinco horas antes y ahora yacía muerto, asesinado, en la habitación sobrante de la vivienda.

—Bien —dijo Drake—, ¿no vas a decirme cuándo metí la pata por dos veces?

—Te pusiste pálido cuando Harg Tholan se dirigió a mí llamándome huésped encantadora. Huésped tiene un doble significado, Drake, como tú mismo sabes. Huésped es tanto el que hospeda como el que es hospedado. «Tener huéspedes» es una frase coloquial que señala la existencia de piojos y otros parásitos.

—Admitámoslo. Número uno. ¿Y el número dos?

—Es algo que hiciste antes de que Harg Tholan viniera a casa. Estuve intentando recordarlo durante horas. ¿Lo recuerdas tú, Drake? Hablaste sobre lo poco placentero que era para un hawkinsita relacionarse con terrícolas, y yo añadí que Harg Tholan

era médico y lo hacía. Te pregunté si pensabas que los médicos humanos se alegraban particularmente de ir a los trópicos o de permanecer rodeados de nubes de mosquitos infecciosos. ¿Recuerdas el malestar que te sobrevino?

—No advertí que fuera tan evidente. Los mosquitos albergan parásitos de la malaria y la fiebre amarilla —dijo Drake, sonriendo. Luego se enderezó—. He hecho mi papel lo mejor que he podido, Rose. He intentado mantener alejado al hawkinsita. Y también he intentado disuadirte a ti. Ahora no puedo hacer sino decirte la verdad. Y debo hacerlo porque sólo la verdad (o la muerte) te devolverá la tranquilidad. Y yo no quiero matarte.

Rose se echó atrás en la silla, los ojos enormemente abiertos.

—La Comisión sabía la verdad —dijo Drake—. No nos hizo ningún bien. Lo único que podíamos hacer era prevenirnos para que ningún otro mundo la descubriera.

—¡Sin embargo, la verdad no puede permanecer oculta para siempre! Harg Tholan la descubrió. Tuviste que matarlo, pero cualquier otro extraterrestre podría repetir el mismo descubrimiento..., una y otra vez, cientos de veces. No puedes matarlos a todos. No podéis.

—También sabemos eso —asintió Drake—. No tenemos opción.

—¿Por qué? —gritó Rose—. Harg Tholan te dio una solución. No hizo la menor alusión a una ruptura de hostilidades entre mundos. Sugirió que con la ayuda de otras inteligencias podría extirparse el parásito. ¡Y podemos hacer eso! Si nosotros, conjuntamente con todos los demás, nos esforzamos por...

—¿Quieres decir que podemos confiar en ellos? ¿Que debemos hablar al gobierno hawkinsita o a los de otras razas?

—¿Podemos acaso aceptar el riesgo contrario?

—No entiendes —dijo Drake. Se inclinó hacia ella y tomó una fría mano entre las suyas. Prosiguió—: Sería estúpido que intentara enseñarte nada propio de tu profesión, pero quiero que me escuches. Harg Tholan estaba en lo cierto. El hombre y sus prehistóricos antepasados han estado viviendo con esa inteligencia parásita durante incontables eras; muchas más que las que nos costó llegar a lo que conocemos como *Homo sapiens*. En todo ese tiempo no sólo nos hemos adaptado a ella sino que nos hemos convertido

en seres dependientes de su influjo. No es sólo un caso de parasitismo: es un caso de cooperación mutua. Los biólogos tenéis una denominación precisa.

—¿Te... te refieres a la simbiosis? —dijo Rose apartando su mano.

—Exactamente. Nosotros tenemos una enfermedad exclusiva, recuérdalo. Una enfermedad reversible: lo contrario de restringir el crecimiento. Lo hemos mencionado ya en contraste con la Inhibición propia de la Muerte. Bien, ¿y cuál es la causa del cáncer? ¿Durante cuánto tiempo han estado trabajando para descubrirlo los biólogos, los psicólogos, los bioquímicos y tantos otros? ¿Con cuántos éxitos? ¿Y por qué? ¿No puedes responderme ahora a eso?

—No, no puedo. ¿Qué intentas decirme?

—Queda muy bien decir que si hubiéramos extirpado el parásito gozaríamos ahora de un crecimiento y desarrollo eternos y que viviríamos lo que nos apeteciese; al menos, hasta que nos cansáramos de ser tan grandes y tan duraderos que ya no supiéramos qué hacer con nosotros mismos. Pero ¿cuántos millones de años han transcurrido hasta que el ser humano alcanzó esa posibilidad? ¿Puede la química de nuestro cuerpo adaptarse a un cambio semejante? ¿Hay algún galimatías que lo designe?

—Enzimas —dijo Rose, suspirando.

—Sí, enzimas. Es imposible para nosotros. Si por alguna razón la inteligencia parásita, como la llama Harg Tholan, abandonara el cuerpo humano, o si sus relaciones con la mente humana se convirtieran en otra cosa distinta, el crecimiento y el desarrollo se impondrían, pero no de una forma ordenada. Ese crecimiento recibe el nombre de cáncer. Aquí lo tienes. No hay manera de desembarazarse del parásito. Lo tendremos junto a nosotros por toda la eternidad. Para desembarazarse de la Inhibición de la Muerte, los extraterrestres deben primero arrasar toda la vida vertebrada sobre la Tierra. No hay otra solución para ellos, de manera que debemos preservar el conocimiento de sus manos. ¿Comprendes?

La boca de Rose estaba seca y tuvo dificultades para hablar.

—Entiendo, Drake. —Advirtió que la frente de Drake estaba húmeda y que una película de transpiración permanecía adosada a

cada una de sus mejillas—. Ahora tendrás que sacarlo de la casa.

—Es noche cerrada y no creo que haya dificultades. Pero no sé cuándo estaré de vuelta.

—Entiendo, Drake —repitió Rose.

Harg Tholan era pesado. Drake se vio obligado a arrastrarlo por toda la casa. Rose corrió a un rincón a vomitar. Se cubrió los ojos hasta escuchar cómo la puerta se cerraba. Susurró para sí misma: Entiendo, Drake.

Eran las tres de la madrugada. Una hora aproximadamente había pasado desde que Rose oyera cerrar la puerta a espaldas de Drake y su carga. No sabía dónde había ido ni lo que intentaba hacer... Permanecía sentada, entumecida. No tenía el menor deseo de dormir; no tenía el menor deseo de moverse. Mantuvo su mente dando vueltas, evitando alcanzar las cosas que sabía y las que no deseaba saber.

¡Mentes parásitas! ¿Era sólo una coincidencia o algún curioso fruto de la memoria racial, tenue pero sustancioso retazo de la tradición transmitida a través de los milenios, fuera de toda comprobación oral o visual, engarzado o añadido al curso de los más antiguos mitos de los comienzos de la humanidad? Pensó que, en los comienzos, había dos inteligencias sobre la Tierra. Había seres humanos en el Jardín del Edén y también la serpiente, «la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Dios». La serpiente influyó sobre el hombre y, de resultas, perdió sus miembros. Sus atributos físicos no le iban a ser ya necesarios. Y a causa de aquella influencia el hombre fue conducido fuera del Paraíso. La Muerte hizo su aparición en el mundo.

No obstante, a despecho de sus esfuerzos, el círculo de sus pensamientos retornó y envolvió a Drake. Luchó por alejarlo pero regresó de nuevo; se puso a contar, a recitar los nombres de los objetos que atrapaba su campo de visión, y gritaba: ¡No, no, no!, pero inútilmente, puesto que siempre regresaba.

Drake le había mentido a ella. Había sido una historia plausible. Hubiera podido pasar por buena bajo cualesquiera otras circunstancias; pero Drake no era biólogo. El cáncer no podía ser,

como Drake había asegurado, una enfermedad que fuera expresión de una perdida habilidad para el desarrollo normal. El cáncer atacaba a niños todavía en período de crecimiento; podía incluso atacar los tejidos del embrión. Atacaba peces, los que, a semejanza de los extraterrestres, nunca dejaban de crecer mientras vivían, muriendo sólo por enfermedad o accidente. Atacaba las plantas, que no poseían inteligencia y que, por ende, no podían albergar parásitos. El cáncer no tenía ninguna relación con la presencia o la ausencia de un desarrollo normal; era la enfermedad general de la vida, para la que *ningún* tejido de *ningún* organismo policelular era completamente inmune.

No debió molestarse Drake con tales mentiras. No debería haberse permitido que semejante debilidad emocional lo persuadiera para matarla de aquella forma particular. Ella lo diría en el Instituto. El parásito *podía* ser combatido. Su ausencia *no* causaría el cáncer. Aunque, ¿quién la creería?

Llevó sus manos a sus ojos. Los jóvenes que desaparecían se encontraban preferentemente en el primer año de matrimonio. El proceso de reproducción de las inteligencias parásitas debía necesitar una asociación con otro parásito: el tipo de proximidad y asociación continua que sólo debía ser posible cuando sus respectivos huéspedes mantenían una igualmente estrecha relación. Y era el caso de las jóvenes parejas recién casadas.

Pudo sentir sus pensamientos desconectarse lentamente. Querían cernerse sobre ella. Sin duda estarían diciendo: «¿Dónde está Harg Tholan?» Y ella podría responder: «Con mi marido». Y de nuevo ellos: «¿Dónde está tu marido?», porque también se había marchado. No la necesitaba por más tiempo. Evidentemente no regresaría jamás. Nadie podría dar con él porque sin duda se adentraría en las infinitudes del espacio. Ella, entonces, iría a la Oficina de Personas Desaparecidas e informaría: Drake Smollett y Harg Tholan.

Esperó que las lágrimas brotaran, pero no ocurrió así; sus ojos estaban secos y semejante circunstancia era dolorosa.

Comenzó a reírse histéricamente sin poder parar. Realmente era divertido. Había estado buscando respuestas para algunas preguntas y por fin las había encontrado todas. Incluso había encontrado la

respuesta a la pregunta que ella pensaba no alcanzar a experimentar jamás en su propia existencia.

Pues había comprendido finalmente por qué Drake se había casado con ella.

ALTERNATIVAS

PRESENTACIÓN

La pregunta que con mayor frecuencia suele hacerse a un autor de relatos de ciencia-ficción es: «¿De dónde saca usted sus ideas?»

Estoy seguro que quien hace tales preguntas imagina algún sortilegio inspirador que sólo puede ser provocado mediante extraños y posiblemente ilícitos medios, o que el escritor invoca poco menos que al diablo con esotéricos y espantosos ritos.

Sin embargo, la respuesta es sencilla: «Uno puede obtener cualquier idea de cualquier cosa si voluntariamente cavila con tenacidad y perseverancia».

Lo de tenacidad-y-perseverancia parece desilusionar a la gente. Su admiración por uno decae precipitadamente y se tiene la sensación de que uno se ha desnudado como si se tratara de una impostura. Pues a fin de cuentas, si la tenacidad-y-perseverancia es lo que vale, nadie puede hacerlo.

Extraño entonces que unos cuantos puedan.

Como fuere, en una ocasión, mi esposa, aun sabiendo mi reluctancia a contestar tal pregunta, vino y me la formuló. Nos habíamos trasladado a Boston en 1949, cuando acepté un puesto en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston, y periódicamente cogíamos el tren rumbo a Nueva York para visitar a nuestras respectivas familias.

Una vez, en el curso de uno de estos viajes en tren, tal vez por matar el rato, ella me formuló la pregunta. Respondí: «De cualquier cosa. Si lo intentara, posiblemente consiguiera una sobre un viaje en tren».

«Adelante», dijo ella con naturalidad.

De modo que me puse a cavilar con tenacidad y le conté por encima la historia de un viaje en tren; de vuelta a casa la escribí en su forma

definitiva y la llamé Alternativas.

De alguna manera resulta el relato desacostumbrado en mí. No soy inclinado a introducir romances en mis historias. Por qué, debo dejarlo para la consulta psicoanalítica. Meramente constato el hecho.

A veces introduzco mujeres en ellas. En raras ocasiones, como en Huésped, la mujer es incluso él protagonista. Pero hasta en ese caso el romance es un factor secundario, si es que llega a aparecer.

En Alternativas, sin embargo, la historia es totalmente un romance. Cuantas veces pienso en ello, el hecho no deja de sorprenderme. Creo que es la única de mis muchas historias que ofrece un romance completamente en serio (por oposición a completamente grosero). ¡Que me aspen si lo entiendo!

Tomar un tren es algo que puede hacerse con una demora capaz de conciliarse con su retraso, por lo que puede decirse que Norman y Livvy llegaron tarde pero a tiempo, ocupando el único compartimento libre en todo el vagón. Se sentaron de cara a la dirección del tren, sin otra cosa delante que el asiento contrario. Mientras Norman colocaba sus bultos en el portaequipajes, Livvy se dio cuenta de que estaba un tanto irritada.

Si una pareja tomaba el asiento situado ante ellos, se verían obligados a soportar las caras ajenas todo el tiempo que tardase el tren en llegar a Nueva York; aunque, para evitar tamaño contratiempo, podrían recurrir al viejo truco de levantar sintéticas barreras de periódicos. Era una de las razones por las que odiaba tomar asiento en compartimentos de plazas enfrentadas.

Norman no parecía haberse dado cuenta, cosa que molestaba grandemente a Livvy. Por lo común, solían entenderse a la perfección aun en los peores momentos. Y en este sencillo detalle encontraba Norman su seguridad de haberse casado con la chica ideal.

—Nos ajustamos el uno al otro, Livvy —solía decir Norman—, he ahí la clave del éxito. Como cuando uno intenta componer un rompecabezas y encuentra que una pieza encaja perfectamente en la otra, ni más ni menos. No hay otra posibilidad, es la pieza ineludible, es decir, la chica insustituible.

Ella reiría y contestaría:

—Si no hubieras cogido el tranvía aquel día, posiblemente no habrías tropezado conmigo jamás. ¿Qué hubieras hecho entonces?

—Obtener una licenciatura. Claro. Además, te hubiera encontrado otro día a través de Georgette.

—No hubiera sido lo mismo.

—No dudes que sí.

—Insisto en que no. Georgette nunca me hubiera hecho aparecer. Ella estaba interesada en ti y es la clase de chica que sabe dónde puede encontrarse una rival.

—Absurdo.

Luego, Livvy echaría mano de su pregunta favorita:

—Norman, ¿y si hubieras llegado un minuto más tarde y te hubieras visto obligado a coger el tranvía siguiente? ¿Qué crees que hubiera ocurrido?

—¿Y si los peces volaran y se lanzaran en bandadas a la cúspide de las montañas? ¿Qué crees que comeríamos los viernes entonces?

El caso era que ambos *habían* coincidido en el mismo tranvía y que los peces *no* volaban, de manera que se habían casado cinco años atrás y comían pescado los viernes. Y justamente a causa de aquel matrimonio iban ahora a pasar una semana en Nueva York y celebrar su aniversario.

Recordó entonces el problema presente:

—Norman, me gustaría que tomáramos otro asiento, si te parece.

—A mí también. Pero todavía no compartimos éste con nadie, de modo que, al menos hasta Providence, estaremos más o menos solos.

Aquello no acabó de consolar a Livvy, que se sintió justificada cuando vio caminar por el pasillo central del vagón un pequeño y rollizo personaje. Bien, ¿de dónde venía aquel hombre? El tren se encontraba a mitad de camino entre Boston y Providence, y si el fulano había tenido un asiento, ¿por qué no lo había conservado? Como fuere, su vanidad tomó parte en el juego de las hipótesis: estaba segura de que si ignoraba al hombrecillo él pasaría de largo. De manera que comenzó a preocuparse de su cabello que, en virtud del traqueteo del tren, había se desarreglado un poco; y luego se concentró en sus ojos azules, y en su escasa boca de gordezuelos labios, de los que Norman solía decir que eran la imagen perfecta de un beso permanente.

No era para tanto, pensó ella.

Luego alzó la mirada y vio al hombrecillo sentado en el asiento opuesto. El fulano captó la mirada y sonrió ampliamente. Una

agrupación de arrugas coronaron los bordes de la sonrisa. Se quitó precipitadamente el sombrero y lo colocó sobre la pequeña maleta negra que había traído consigo. Un mechón de blancos cabellos se desparramó en torno a la calvicie circular que asimilaba el centro de su cráneo a un desierto.

Livvy correspondió con apenas la insinuación de una leve sonrisa y luego desvió la mirada posándola de nuevo sobre la maleta negra. Entonces su sonrisa se apagó. Dio un codazo a Norman.

Norman alzó la mirada por encima del periódico. Encogió las cejas, casi encontrándose sobre el puente de la nariz, con aquel gesto que por lo común le otorgaba una imponente presencia. Pero tanto ellas como los oscuros ojos que brillaban debajo se dirigieron a Livvy con el usual aspecto de complacencia y diversión que solían explayar.

—¿Qué pasa? —dijo. Sin duda no se había fijado en el rollizo hombrecito situado frente a ellos.

Livvy iba a indicarle con una mirada y un gesto de la mano lo que de chocante había encontrado, cuando se dio cuenta que el hombrecillo la estaba contemplando abiertamente. Livvy se sintió confusa. Norman le dirigía apenas una vaga mirada.

Finalmente resolvió acercarse a él y susurrarle excitadísima:

—¿Has visto lo que hay escrito sobre su maleta?

Mientras se lo decía miró de nuevo y comprobó que no se había equivocado. Las letras no eran muy grandes pero resaltaban por su blancura contrastando con el fondo negro. En trazos redondos podía leerse: «Alternativa».

El hombrecillo estaba sonriendo otra vez. Asintió repetidas veces con la cabeza y señaló alternativamente las palabras escritas sobre la maleta y a sí mismo.

—Debe ser su nombre —dijo Norman en un aparte teatral.

—Vamos, hombre —replicó Livvy—, ¿cómo puede ser eso el nombre de nadie?

Norman apartó el periódico.

—Ahora lo verás —dijo, y se inclinó hacia delante—. ¿Señor Alternativa?

El hombrecillo lo miró, solícito.

—¿Tiene usted hora, señor Alternativa?

El hombrecillo sacó un gran reloj del bolsillo de su chaleco y lo puso ante Norman.

—Gracias, señor Alternativa —dijo Norman. Luego añadió en un susurro—: ¿Te das cuenta, mujer?

Sin duda habría vuelto a centrarse en su periódico si el hombrecillo, que había comenzado a abrir su maleta, no hubiera llamado la atención de los otros dos con los movimientos que imprimía a uno de sus dedos extendidos. Lo que estaba sacando era una plancha de cristal mate, de aproximadamente nueve pulgadas de ancho y alto y una pulgada de grueso. Tenía los bordes cortados en bisel, los ángulos redondeados y no mostraba el menor distintivo de nada que lo destacara. Luego sacó un pequeño alambre que adosó a la plancha de cristal, colocó el conjunto sobre sus rodillas y se quedó mirando a la pareja con orgullosa satisfacción.

—Por el cielo, Norman —dijo Livvy, repentinamente sobresaltada—, es una especie de dibujo...

Norman se acercó un poco más. Luego miró abiertamente al hombrecillo.

—¿Qué es eso? —preguntó— ¿Una nueva clase de televisión?

El hombrecillo negó con la cabeza. Livvy respondió por él.

—No, Norman, somos *nosotros*.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo ves? Es el tranvía donde nos encontramos tú y yo. Mírate en el asiento de atrás, con aquel sombrero de fieltro que tiré por inservible hace tres años. Mira: ahora subimos Georgette y yo. Aquella mujer gorda en la plataforma... ¡Norman! ¿No lo estás viendo?

—Debe ser alguna clase de ilusión —murmuró Norman.

—Pero también lo estás viendo, ¿no? Por eso él lo llama «Alternativa». El cristal podría mostrarnos otra alternativa. Lo que hubiera ocurrido de no haber sufrido aquel viraje el tranvía.

Livvy estaba segura de ello. Se encontraba sumamente excitada y completamente segura de lo que pensaba. Mientras contemplaba y se sumergía en las imágenes de la plancha de cristal, el descendente sol de la tarde y el vagón de tren en que se encontraban comenzaron a desvanecerse.

Podía recordar aquel día. Norman conocía a Geortte y ya estaba a punto de cederle el asiento cuando el tranvía sufrió una sacudida que arrojó a Livvy contra rodillas del hombre. Era ridículo verse sentada en el regazo de Norman, pero así había ocurrido. Se sintió tan avergonzada que Norman tuvo que recurrir primero a su galantería y luego a su conversación. Ni siquiera fue necesaria una presentación por parte de Georgette. Cuando bajaron del tranvía, él ya sabía dónde trabajaba Livvy.

Todavía podía recordar la sonrisa forzada que Georgette le lanzó cuando ambas se separaron.

—Parece que le gustas a Norman —le había dicho su amiga.

—Oh, no seas tonta —había replicado Livvy—. Simplemente ha estado cortés. Aunque es un chico guapo, ¿verdad?

Tan sólo seis meses después contraían matrimonio.

Y hete aquí que de nuevo veía ahora el mismo tranvía, con Norman, Livvy y Georgette. Y mientras pensaba en ello, el tren desaparecía, el monótono traqueteo se desvanecía por completo, ocupando su lugar los confines del tranvía. Acababa de detenerse y subieron Georgette y ella.

Situadas en la plataforma, sufrieron los embates del monótono y ridículo ritmo del vehículo. Entonces se dirigió a su amiga.

—Hay alguien que te mira, Georgette. ¿Lo conoces?

—¿Yo? —Georgette ensayó una mirada deliberadamente casual por encima de su hombro. Luego añadió—: Sí, lo conozco un poco. ¿Qué crees tú que querrá?

—Averigüémoslo —dijo Livvy. Se sentía complacida en su picardía.

Georgette era conocida por su coqueteo con los hombres y sería divertido comprobar si no pasaba todo de mera fanfarronada. Además, éste parecía bastante... interesante.

Se dirigió hacia la parte de los asientos y Georgette la siguió sin demasiado entusiasmo. Justo cuando Livvy alcanzaba el asiento situado frente al que ocupaba el joven, el tranvía tomó bruscamente una curva haciéndole perder el equilibrio. Livvy intentó desesperadamente atrapar una de las agarraderas de cuero que pendían de la barra superior. La atrapó con la punta de los dedos y pudo sostenerse. Por alguna razón, sin embargo, momentos antes le

había parecido que no había ninguna correa lo bastante cercana como para poder sujetarse a ella. Como quiera que fuese, sintió que según las leyes naturales ella debía haber caído. Algo había sido rectificado.

El joven no la miraba. Estaba sonriendo a Georgette y levantándose de su asiento. Tenía unas impresionantes cejas que le conferían un aspecto de competencia y autodomínio. Livvy decidió que le gustaba.

Georgette estaba diciendo:

—Oh, no, no te molestes. Vamos a bajar dentro de dos paradas.

—Pensé que íbamos a ir a Sach —dijo Livvy.

—Iremos. Pero acabo de recordar que tenía que hacer algo allí. No me llevará más de un minuto.

—¡Próxima parada, Providence! —anunciaron los altavoces. El tren reducía velocidad y el mundo pasado volvió a sumergirse una vez más en la plancha de cristal. El hombrecillo les estaba sonriendo.

Livvy se dirigió a Norman. Se sentía un tanto alterada.

—¿También tú estabas pensando en todo aquello?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no podemos estar tan cerca de Providence? —Miró su reloj—. Creo que sí. —Luego, a Livvy—: No te caíste esa vez.

—Luego lo viste, ¿verdad? —Arrugó el entrecejo—. Claro, ha salido a gusto de Georgette. Estoy segura de que inventó su excusa sólo para evitar mi encuentro contigo. ¿Cuánto hacía que conocías a Georgette, Norman?

—No mucho. Lo bastante para reconocerla nada más verla y creer que debía ofrecerle mi asiento.

Livvy alargó el labio inferior.

—No tienes por qué estar celosa de lo que podía haber sido criatura. Además, ¿qué diferencia habría habido? Hubiera sido suficiente con que nos cruzáramos al salir de tu trabajo.

—No me hubieras mirado.

—Difícilmente.

—Entonces, ¿cómo te hubieras encontrado conmigo?

—De cualquier manera. No sé. Pero reconocerás que estamos discutiendo por algo más bien estúpido.

Providence comenzaba a quedar atrás. Livvy se sintió turbada. El hombrecillo había estado siguiendo su conversación sostenida en susurros, y con la desaparición de su sonrisa mostraba que había comprendido. Livvy se dirigió a él:

—¿Puede mostrarnos algo más?

—Aguarda, Livvy —interrumpió Norman—. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero ver el día de nuestra boda. Qué habría pasado ese día si yo hubiera cogido la agarradera de cuero.

—No coincidí contigo. Creo que no nos hubiéramos casado el mismo día.

—Señor Alternativa —insistió Livvy pese a todo—, ¿puede mostrármelo? —El hombrecillo asintió con la cabeza.

La plancha de vidrio comenzó a animarse de nuevo. Al principio un tanto borrosamente. Luego, la luz se fue concentrando y condensándose en figuras concretas. Una débil música de órgano resonó en los oídos de Livvy...

Norman saltó incisivamente.

—¿Lo ves? Mira, ahí estoy yo. Es el día de nuestra boda. ¿Estás satisfecha?

Los ruidos del tren comenzaron a desaparecer de nuevo y lo último que oyó Livvy fue su propia voz que decía:

—Sí, ahí estás tú. Pero ¿dónde estoy yo?

Livvy estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia. No había esperado atender la invitación. En los últimos meses se había sentido más y más alejada de Georgette, sin saber exactamente por qué. Se había enterado de su compromiso matrimonial por medio de un amigo común, compromiso entre ella y, naturalmente, Norman. Recordaba muy claramente aquel día, seis meses atrás, cuando lo vio por vez primera en el tranvía. Era la ocasión en que Georgette pareció desear apartarla tan rápidamente de la mirada de aquel hombre. Se había encontrado con Norman otras veces, pero siempre estaba Georgette con él.

Bien, no tenía por qué estar resentida; sin duda no era el hombre que le reservaba el destino. Pensó que Georgette parecía más hermosa de lo que realmente era. En cambio, él era muy guapo.

Se sintió triste y un tanto vacía, como si advirtiera que algo no funcionaba como debiera, algo que de alguna manera ella no podía ordenar en su mente. Georgette había pasado junto a ella, caminando a lo largo de la nave central, sin aparentar verla; en cambio se había fijado en los ojos de Norman y acabó por sonreírle. Livvy pensó que Norman le había devuelto la sonrisa.

Escuchó las distantes palabras mientras la iban alejando de allí:

—Yo os declaro...

El ajetreo del tren se impuso de nuevo... Una mujer caminaba por el pasillo central conduciendo a un niño de la mano. De vez en cuando llegaban las entrecortadas risas de algunas adolescentes sin duda situadas algunos compartimentos más allá. Un empleado de ferrocarriles pasó rápidamente portando algún misterioso mensaje. Livvy lo advertía todo pasivamente.

Permanecía allí sentada, la mirada tendida al exterior, contemplando el relampagueante paso de árboles y postes telefónicos.

—Te casaste con ella —dijo.

La miró durante un momento y luego torció levemente un lado de su boca.

—No en la realidad, Livvy. Mi mujer eres tú. Piénsalo con calma unos cuantos minutos y verás cómo te convences.

—Sí —dijo Livvy—, te casaste conmigo... porque me caí en tus rodillas. De lo contrario, te hubieras casado con Georgette. Si ella no te hubiera querido, te habrías casado con alguna otra. Te habrías casado con cualquiera. Demasiadas para las piezas de tu rompecabezas.

—Muy bien —dijo Norman con excesiva lentitud—, y que yo sea maldito. —Se llevó las manos a la cabeza y luego las dejó resbalar hasta cubrirse con ellas los oídos como si no quisiera oír nada más—. Escucha, Livvy, escucha: estás sacando estúpidas conclusiones de lo que no es sino un juego de magia. No puedes culparme por algo que no he hecho.

—Podías haberlo hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo lo has visto.

—Sólo he asistido a una ridícula sesión de... hipnotismo, supongo. —Su voz se alzó ahora con repentina iracundia. Se dirigió al hombrecillo sentado frente a ellos—: Lárguese, señor Alternativa o comoquiera que se llame. Váyase de aquí. No queremos nada de usted. Salga antes que coja su juego de manos y lo tire por la ventana y a usted detrás.

Livvy lo sujetó.

—¡Detente, detente! Estás en un tren lleno de gente.

El hombrecillo se arrinconó cuanto pudo en su asiento y ocultó su pequeño equipaje tras su diminuto cuerpo. Norman lo miró, luego miró a Livvy, y luego miró a la anciana dama que a través del pasillo contemplaba la escena con evidente desaprobación.

Su rostro cambió varias veces de color y optó por quedarse inmóvil. Se mantuvieron en helado silencio mientras atravesaban New London.

Pasaron quince minutos después de atravesar New London. Norman llamó a Livvy.

Livvy no respondió. Miraba por la ventana sin ver otra cosa que el vidrio.

—¡Livvy, Livvy! ¡Respóndeme! —insistió Norman.

—¿Qué quieres?

—Mira, todo esto es absurdo. Ignoro cómo lo hace el tipo este pero mientras no acredite su legitimidad no tienes por qué ponerte así. Además, ¿por qué te detuviste en aquel momento? Suponiendo que yo me hubiera casado con Georgette, ¿crees que tú habrías estado sola? Deduzco que ya debías estar casada cuando tuvo lugar mi hipotética boda. Quizá por eso me casé con Georgette.

—Yo no estaba casada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo juraría. Sé cuáles eran mis pensamientos entonces.

—Bueno, te habrías casado al año siguiente.

Livvy sintió que la cólera crecía dentro de ella.

—Y si lo hubiera hecho, seguramente no te habría importado.

—Por supuesto que no. Lo que nos viene a confirmar que en el mundo real no tenemos por qué ser responsables de las opciones y alternativas que se presentaren.

Las ventanas de la nariz de Livvy se hincharon. Pero nada dijo.

—Mira —dijo Norman—. ¿Recuerdas la fiesta del penúltimo Año Nuevo?

—Y cómo no. Me derramaste encima todo un cubo de alcohol.

—No me refería a eso. Aparte, no era más que un frasco de ponche y pudo haber sido peor. Lo que quiero decir es que la dueña de la casa, Winnie, era quizá la mejor amiga que tenías desde antes de nuestro matrimonio.

—¿Y?

—Georgette también era una buena amiga suya, ¿no es así?

—Sí.

—Perfecto. Tú y Georgette hubierais ido a la reunión sin mirar con cuál de las dos yo estaba casado. Dejemos que nos muestre aquella reunión como si yo hubiera estado casado con Georgette y apostaré que tú estabas allí o con tu novio o con tu marido.

Livvy dudó. Se sintió atemorizada, ante aquella posibilidad.

—¿Tienes miedo de probar fortuna?

Fue esto lo que, naturalmente, la decidió. Se volvió hacia él con violencia.

—¡No, no tengo miedo! Y espero estar casada en la hipótesis. No había razón para estar apenada por ti. Es más, me gustará ver qué ocurre cuando derramas la coctelera sobre Georgette. Te pondrá verde en público. La conozco. Quizá veas entonces alguna diferencia entre las piezas del rompecabezas. —Hizo un gesto enérgico con la cabeza y cruzó los brazos duramente sobre el pecho.

Norman dirigió una mirada al hombrecillo, pero no había necesidad de palabras. La plancha de vidrio yacía nuevamente sobre su regazo.

—¿Lista? —dijo Norman, conteniendo la tensión. Livvy movió la cabeza asintiendo, dejando que el ruido del tren volviera a desvanecerse.

Livvy, todavía resentida del frío exterior, se encontraba en el vestíbulo. Acababa de quitarse el abrigo salpicado de nieve y se frotaba los brazos aún no acostumbrados a la caricia del aire libre.

Los saludos de «Feliz año nuevo» se mezclaban con las chillonas notas de alguna radio encendida. El agudo chillido de Georgette fue

casi lo primero que oyó desde su entrada. Se dirigió hacia ella. No había visto a Georgette o a Norman desde hacía semanas.

Georgette alzó una ceja, amaneramiento cultivado por ella en sus últimos tiempos, y dijo:

—¿No viene nadie contigo, Livvy? —La mirada de Georgette recorrió el entorno de su amiga como para descubrir la presencia de alguien y luego regresaron a Livvy.

—Creo que Dick se dejará caer por aquí más tarde —dijo Livvy con indiferencia—. Tenía que hacer antes un par de cosas. —Mientras lo decía se sintió cada vez más indiferente.

—Bueno —dijo Georgette, sonriendo—, Norman está aquí. Eso te protegerá de tu soledad, querida.

Mientras decía esto, Norman apareció procedente de la cocina. Portaba una coctelera en las manos y a medida que caminaba el recipiente de los cubitos de hielo prestaba una nota musical a sus palabras.

—Compongamos, oh alborotadores, un combinado capaz de aplacar vuestros desordenados ánimos... ¡Eh, Livvy!

Caminó hacia ella mientras le dedicaba una cordial bienvenida.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Me parece no haberte visto en lo menos veinte años. ¿Qué pasa? ¿Acaso Dick no quiere que nadie más te vea?

—Llena mi vaso, Norman —dijo Georgette vivamente.

—En seguida —dijo Norman sin mirarla—. ¿Quieres tú también, Livvy? Te conseguiré un vaso. —Se giró y todo sucedió precipitadamente.

Livvy gritó: «¡Cuidado!». Lo había visto venir, incluso tenía el vago sentimiento de que todo aquello ya había ocurrido antes, pero lo dejó estar como se abandonan los sucesos en manos del destino. El pie de Norman tropezó en el borde de la alfombra; vaciló, luchó por mantener el equilibrio, y la coctelera saltó por los aires cayendo sobre Livvy toda una catarata de helado licor que la dejó calada desde la cabeza hasta los pies.

Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Los murmullos se detuvieron a su alrededor y durante unos escasos e intolerables momentos gesticuló inútilmente, en tanto Norman repetía «¡Condenación!» en voz alta.

—Ha sido tristísimo, Livvy —dijo Georgette, con frialdad—. Un accidente como otro cualquiera. Espero que el vestido no te haya costado mucho.

Livvy optó por echar a correr. Se introdujo en una habitación vacía y relativamente en calma. A la luz de la lámpara situada junto al armario ropero, buscó entre los abrigos que había encima de la cama intentando encontrar el suyo.

Norman había ido tras ella.

—Livvy, no hagas caso de lo que ha dicho. Lo siento muy de veras. Haré...

—No te preocupes. No te echo la culpa. —Parpadeó rápidamente sin mirarlo—. Iré a mi casa y me cambiaré.

—¿Vas a volver?

—No lo sé. No sé lo que haré.

—Escucha, Livvy... —Los cálidos dedos de Norman estaban sobre sus hombros...

Livvy sintió una curiosa sensación muy dentro de ella, mientras pensaba que algo semejante a telas de araña iba desgarrándose y...

... y los ruidos del tren regresaron.

Algo no había funcionado acorde con el tiempo mientras ella estaba allí..., en el cristal. Fuera del tren sólo se veía el espacio inundado por los tonos del crepúsculo. Las luces del tren fueron encendidas. Pero esto no importaba. Pareció recuperarse del esguince acontecido en sus entrañas.

Norman se frotaba los ojos con el índice y el pulgar.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ya ha pasado.

Norman miró su reloj.

—Pronto estaremos en New Haven.

—Lo derramaste sobre mí —dijo Livvy como maravillándose.

—Bueno, así fue en la vida real.

—Pero en la vida real yo era tu mujer. En esta ocasión debías haberlo derramado sobre Georgette. ¿No resulta curioso? —Pero ella pensaba en el hecho de que Norman la persiguiera; sus manos sobre sus hombros...

Lo miró y dijo con cálida satisfacción:

—No estaba casada.

—No, ciertamente. Pero ¿era con ese Dick Réinhardt con el que estabas saliendo?

—Sí.

—¿No estabas planeando casarte con él, Livvy?

—¿Celoso, Norman?

—¿De qué? —Norman parecía confuso—. ¿De una plancha de vidrio? Claro que no.

—No creo que me hubiera casado con él.

—¿Sabes? La escena terminó justo cuando menos lo deseaba yo. Había algo que estaba a punto de ocurrir, lo sé. —Se detuvo, y luego añadió lentamente—: Era mientras pensaba que hubiera preferido hacérselo a cualquier otro en la sala. ¿A Georgette incluso?

—Ni me hubiera molestado en pensar en ella entonces. Supongo que no me crees.

—Quizá sí. —Lo miró—. He sido una tonta, Norman. Vivamos... vivamos nuestra vida real. No juguemos con cuantas cosas que pudieron haber sido y no fueron.

Sin embargo, Norman insistió y cogiéndole las manos dijo:

—No, Livvy. Una última ocasión. Veamos lo que hubiéramos hecho en aquel momento, Livvy. Ese minuto decisivo... si yo hubiera estado casado con Georgette.

Livvy estaba un poco asustada.

—No, por favor, Norman. —Pensaba en los ojos de Norman, sonriéndole ampliamente mientras, al lado de una Georgette a la que no había dedicado una sola mirada, sostenía la fatídica coctelera. No quería saber lo que ocurrió después. No quería aquella vida potencial, sino esta presente.

New Rayen vino y pasó de largo.

—Quiero intentarlo, Livvy —insistió Norman.

—Como tú quieras, Norman —dijo ella. Se esforzó en asegurarse que no tenía importancia. Que nada tenía importancia. Cruzó las manos frente a su pecho y se apretó los brazos. Mientras hacía esto, pensó:

—Ninguna fantasía proyectada podrá separarlo de mí.

Norman se dirigió de nuevo al hombrecillo.

—Por favor...

Bajo la amarillenta luz del vagón el proceso pareció tomar más tiempo. La superficie del cristal fue aclarándose paulatinamente, como si un puñado de nubes fuera disperso por el soplo de algún tranquilo viento.

—Hay algo que no funciona —dijo Norman—. Somos nosotros, pero tal y como nos encontramos ahora.

Era cierto. Las dos figuras aparecían en un tren, sentadas en un departamento de asientos enfrentados. El campo de visión aumentaba ahora. La voz de Norman sonaba en la distancia y se desvanecía.

—Es el mismo tren —decía—. La ventana trasera está agrietada como...

Livvy era enormemente feliz. Dijo:

—Ojalá estemos en Nueva York.

—No será antes de una hora, querida —dijo Norman. Luego añadió—: Voy a besarte. —Hizo un movimiento como si fuera a hacerlo.

—¡Aquí no! Oh, Norman, la gente nos mira. Norman se echó atrás.

—Deberíamos haber tomado un taxi —dijo.

—¿De Boston a Nueva York?

—Claro. Allí no te hubieras negado. —Livvy se echó a reír.

—Te pones la mar de divertido cuando intentas actuar ardientemente.

—No es una actuación. —Su voz se tornó repentinamente sombría—. Ni tampoco una hora lo que nos queda. Siento como si hubiera estado esperando cinco años.

—Yo también.

—¿Por qué no pude encontrarte primero? ¡Cuánto tiempo perdido!

—Pobre Georgette —gimió Livvy.

—No lo sientas por ella, Livvy —dijo Norman con impaciencia—. Nunca tuvimos éxito en nuestro matrimonio. Estará contenta de

verse libre de mí.

—Sabía eso. Por eso dije «Pobre Georgette». Estoy apenada por ella por no haber sido capaz de apreciar lo que tenía.

—Bueno, aprécialo ahora que lo tienes tú —dijo él—. Aprécialo, ya que sabes darte cuenta tan inmensa e infinitamente... o, más que eso, aprécialo al menos la mitad de lo que yo aprecio lo que he conseguido.

—¿Te divorciarás también de mí, si no?

—Antes pasarás por encima de mi cadáver —dijo Norman.

—Es todo tan extraño... —dijo Livvy—. A menudo pienso: ¿Qué hubiera ocurrido si no hubieras derramado sobre mí aquella coctelera? No hubieras venido tras de mí; no me hubieras dicho lo que me dijiste; yo no hubiera sabido jamás lo que supe. Hubiera sido tan diferente... todo.

—Absurdo. Habría sido exactamente lo mismo. Hubiera ocurrido en cualquier otra ocasión.

—Me gustaría saberlo —dijo Livvy suavemente.

Las luces de la ciudad estallaron en el exterior y la atmósfera de Nueva York los envolvió. El pasillo del vagón se llenó de viajeros preparados para descender con sus equipajes.

Livvy se sintió como una isla en el tumulto hasta que Norman la cogió del brazo.

—Las piezas del rompecabezas encajan, después de todo —dijo mirándolo.

—Naturalmente —dijo él.

Puso una mano sobre la de Norman.

—Estaba equivocada. Yo pensaba que puesto que nos teníamos el uno al otro, también poseíamos todos los posibles del uno y del otro. Pero no todas las posibilidades nos afectan. Con lo real tenemos suficiente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Norman afirmó con la cabeza.

—Hay millones de *alternativas*. No quiero saber qué ocurriría con cualquiera de ellas. Nunca más diré «qué hubiera pasado si...?» nuevamente.

—Tranquilízate, querida —dijo Norman—. Toma tu abrigo. —Lo

buscó en su valija.

—¿Dónde está el señor Alternativa? —preguntó Livvy de súbito.

Norman se volvió lentamente y contempló el asiento vacío frente a ellos. Juntos se pusieron a mirar el resto del vagón que la gente apiñada les permitía observar.

—Quizá —dijo Norman— se haya ido a otro vagón.

—¿Por qué? Además, no se hubiera olvidado su sombrero. —Y fue a recogerlo.

—¿Qué sombrero? —dijo Norman.

Livvy se detuvo y sus dedos se cerraron en torno al vacío.

—Estaba ahí... Estaba casi tocándolo y... —Lo miró sorprendida y añadió—: Oh, Norman, ¿qué hubiera pasado si...?

Norman puso un dedo sobre los labios de Livvy.

—Querida... —dijo.

—Lo siento. Bueno, ayúdame con el equipaje.

El tren penetró en el túnel bajo Park Avenue y el ruido de las ruedas se convirtió en un estrepitoso fragor.

MOSCAS

PRESENTACIÓN

Por el año 1949 una nueva revista apareció en el horizonte de las publicaciones: The Magazine of Fantasy. En el segundo número había ampliado su nombre The Magazine of Fantasy and Science Fiction, y hoy es universalmente conocida por las iniciales F & SF.

Al principio aquello de F & SF me asustó. Exigía estilo, me pareció, o al menos lo que yo entendía por estilo, y lo exigía mucho más si cabe que buenas ideas. El caso es que yo no me sentía muy capaz de desenvolverme a gusto con eso del estilo. Por ejemplo, hace unos cuantos meses, una periodista, al reseñar uno de mis libros dijo refiriéndose a mí: «No es un estilista». Le escribí preguntándole qué era un estilista, pero la buena mujer nunca me contestó. Yo parecía condenado a no descubrirlo jamás.

Mientras esto tenía lugar, Anthony Boucher, co-editor de la revista, me escribió una carta tras la aparición de Huésped. En este relato yo había hablado de ciertas emociones que se agitan después de los treinta años y Tony me dirigió una amable protesta alegando que él acababa de cumplir los cuarenta. (Yo acababa de cumplir los treinta). Me dijo que yo tenía una exquisita sorpresa ante mis narices, puesto que él se encontraba perfectamente bien.

Esto inició una agradable correspondencia y yo perdí algo del miedo que sentía hacia F & SF. Pensé que podría intentar una historia que tuviera algún estilo, aunque dado mi desconocimiento (tanto entonces como ahora) de qué cosa pudiera ser el estilo y cómo obtenerlo, ignoro si lo he venido logrando o no. Supongo que al menos tuve mi pequeño éxito porque fue Moscas lo que escribí y Mr. Boucher aceptó y la publicó.

No había otra forma de decirlo, pero este comienzo se convirtió en la más afortunada de todas mis asociaciones con revistas de ciencia-ficción. No tengo la menor queja de Astounding, Galaxy o cualquier otra, bien lo sabe el cielo, pero F & SF llegó a convertirse en algo especial para mí y al decirlo soy únicamente sincero.

A propósito, si alguien piensa que soy tan arrogante que no acepto nunca la menor corrección editorial, se equivoca en tres cuartas partes de su perversa idea. No me agradan las correcciones editoriales (a ningún escritor le gustan), pero las acepto bastante a menudo. (Esto va dirigido principalmente a mi hermano, editor de un periódico, e inclinado a creer que todos los escritores forman una cofradía antieditor dotada de malévol estupidéz).

Como fuere, he aquí una muestra de cuán dulcemente amable y complaciente puedo ser. Cuando escribí Moscas, el título originario era King Lear, IV, i, 36-37^[1]. Mr. Boucher me escribió manifestándome una cierta propensión al horror y me preguntó si yo estaba empeñado en conservar título semejante, porque según él nadie que lo viese comprendería su significado.

Me lo pensé mejor y creyendo que estaba en lo cierto retitulé la historia Moscas. Después que usted la haya leído podrá justipreciar y descubrir el hilo conductor que de principio a fin dio origen a esta particular historia.

—¡Moscas! —exclamó Kendell Casey con cansancio. Agitó un brazo. La mosca evolucionó, regresó y acabó posándose en el cuello de la camisa de Casey.

De algún lugar vino el zumbido de una segunda mosca.

El doctor John Polen ocultó el inquietante movimiento de su mandíbula removiendo el cigarrillo entre sus labios.

—No esperaba encontrarlo a usted, Casey —dijo—. Ni a usted tampoco, Winthrop. ¿O debo llamarlo reverendo Winthrop?

—¿Debo llamarlo a usted por mi parte profesor Polen? —dijo Winthrop, devolviéndole el mismo tono de camaradería.

Los tres intentaban recoger las amarras que el barco de cada cual había soltado hacía veinte años. Esforzándose y encallando, sin lograr el justo rumbo.

Maldición, pensó Polen, ¿por qué la gente tiene que acudir a las reuniones universitarias?

Los azules ojos de Casey estaban todavía henchidos de aquella rebeldía sin causa propia de los estudiantes de segundo año de facultad que descubren a un tiempo el intelecto, la frustración y los retales de la filosofía cínica.

¡Casey! ¡Amargado personaje del campus!

Aún no había dejado de serlo. Veinte años habían pasado y allí estaba Casey, ¡amargado ex personaje del campus! Polen podía verlo en la forma en que la punta de sus dedos se movían sin motivo y en las maneras de su enjuto cuerpo.

¿Y Winthrop? Veinte años más viejo, más fofo, más gordo. La piel rosácea, los ojos mansos. Aún alejado de la calma certeza que nunca encontraría. Todo se resumía en aquella blanda sonrisa suya que jamás abandonaba del todo, como si temiera que nada pudiera tomar su lugar, como si su ausencia hubiera de trocar su rostro en

un pedazo de carne informe y sin facciones.

Polen estaba cansado de interpretar los inadvertidos deslices de músculos tensos y contenidos; cansado de usurpar el puesto de sus subalternos; cansado de cuanto pudieran decirle.

¿Podían ellos interpretar su pasiva máscara mientras él interpretaba la de ellos? ¿Era posible que la minúscula intranquilidad reflejada en sus ojos emitiera el disgusto que lentamente había crecido en su interior?

¡Condenación!, pensó Polen, ¿por qué no estaré lejos de aquí?

Pero se encontraban allí, los tres juntos, esperando que uno dijera cualquier cosa, introdujera su mano en la sima de los recuerdos y trajera uno de tantos a la región del presente.

Polen intentó hacerlo.

—¿Continúa usted con la química, Casey? —dijo.

—Según yo lo entiendo, sí, aunque mis prácticas científicas no correspondan con las concepciones que usted tiene. Estoy haciendo investigaciones en el campo de los insecticidas para E. J. Link, en Chatman.

—¿De veras? Claro, ¿no lo recuerda usted, Polen? Una vez dijo que se dedicaría a los insecticidas, aunque, a fin de cuentas, las moscas siguen desafiándolo.

—No consigo acabar con ellas —dijo Casey—. Soy él comprobador más meticuloso de los laboratorios. No hay compuesto que hayamos fabricado que pueda mantenerlas alejadas una vez entro yo en escena. Las atraigo. Alguien dijo en cierta ocasión que poseía yo un olor especial.

Polen recordó quién lo había dicho.

—O bien... —comenzó Winthrop.

Polen lo vio venir. Su ánimo aumentó de tensión.

—O bien se trata de una maldición —completó Winthrop. Su sonrisa excesiva mostraba que no iba más allá de una burla, que había olvidado rencillas pretéritas.

¡Maldición!, pensó Polen, ni siquiera han variado los términos. Y el pasado se cernió sobre ellos.

—Moscas —dijo Casey, agitando un brazo—. ¿Habrás visto

cosa igual? ¿Por qué no os dan la lata a vosotros?

Johnny Polen se echó a reír en sus barbas. A menudo solía hacerlo.

—Es el tufillo de tu cuerpo, Casey. Podrías ser una bendición para la ciencia. Descubre la naturaleza química de tu hedor, concéntralo, mézclalo con DDT y obtendrás el mejor matamoscas del mundo.

—Gracioso como tu padre. ¿Sabes lo que parecería con tanto perfume? Algo así como una damisela mosca en celo. Es una vergüenza. La condenación eterna consiste en un océano de estiércol y yo lo estoy recibiendo por anticipado.

Winthrop unificó sus cejas y exclamó con tono que homenajeara la retórica:

—Casey, la belleza no es el único espectáculo para el ojo que contempla.

Casey no respondió directamente. Comenzó por dirigirse a Polen:

—¿Sabes lo que Winthrop me dijo ayer? Que esas moscas malparidas fueron la maldición de Belcebú.

—Estaba bromeando —dijo Winthrop.

—¿Belcebú? —preguntó Polen.

—Es un retruécano religioso —dijo Winthrop—. Los antiguos hebreos lo usaron como uno de sus muchos términos de burla con los que calificaban los dioses ajenos. Se deriva de *Ba'al*, es decir, *señor*, y *zevuv*, que significa *mosca*. El señor de las moscas.

—Vamos, Winthrop —dijo Casey—, no me dirás que crees en Belcebú, ¿eh?

—Creo en la existencia del mal —dijo Winthrop con dificultad.

—Me refiero a Belcebú. Vivo. Cornúpeta. Capruno. Deidad competente.

—Por supuesto que no. —Winthrop siguió con su torpeza—. El mal, empero, es una cuestión de terminología. Al final debe perder...

Polen cambió el objeto de la conversación con un despropósito:

—Por cierto, me graduaré trabajando para Venner. Estuve hablando con él anteayer y aceptó contratarme.

—¡No me digas! ¡Eso es maravilloso! —Winthrop pareció

aceptar el cambio de conversación instantáneamente. Extendió una mano y palmeó la de Polen. Era tipo que solía regocijarse con la fortuna de los demás. Casey lo advertía a menudo.

—¿Cibernética? Bien, supongo que si tú puedes aguantarlo, a él, él puede aguantarte a ti.

—¿Qué opina de tu idea? —dijo Winthrop—. ¿Se lo has dicho?

—¿Qué idea es ésta? —requirió Casey.

Polen había evitado decirle nada a Casey con excesiva anticipación. Pero ahora que Venner lo había considerado y había sobreseído su plan con un frío «¡interesante!», ¿cómo sentirse ofendido ante cualquier eventual carcajada de Casey?

—Poca cosa —dijo Polen—. Esencialmente, consiste en la consideración de las emociones como el lazo común de la vida, en lugar de la razón o el intelecto. Supongo que en la práctica es una perogrullada. Uno no puede decir lo que una criatura piensa, ni siquiera si es capaz de pensar, pero es evidente que sufre ataques de ira, de miedo y que contiene sus emociones, aunque no tenga sino una semana de edad.

»Lo mismo ocurre con los animales. Uno puede decir en menos de un segundo si un perro se siente a gusto o si un gato está atemorizado. La cuestión es si sus emociones son las mismas que las que sentiríamos nosotros bajo idénticas circunstancias.

—¿Lo son? —dijo Casey—. ¿Cómo lo supiste?

—Todavía no lo sé. Por lo pronto, todo cuanto puedo decir es que las emociones son universales. Supongo que podríamos analizar todas las acciones del hombre y de algunos animales familiares y confrontarlas con la emoción visible. Deberíamos establecer una estrecha relación. La emoción A aparece siempre con el movimiento B, por ejemplo. Luego, podríamos aplicar estas sencillas ecuaciones a aquellos animales cuyas emociones no podemos conjeturar dependientes del sentido común tan sólo. Por ejemplo, las serpientes o las langostas.

—O las moscas —dijo Casey, mientras en su rostro se reflejaba la chocarrería de un grotesco triunfo—. Sigue adelante, Johnny. Duro con ello. Yo te proporcionaré moscas y tú las estudiarás. Fundaremos la ciencia de la moscología y trabajaremos para hacerlas felices liberándolas de sus neurosis. A fin de cuentas,

deseamos el mayor de los bienes para la mayoría, ¿no es cierto? Y no me negaréis que hay más moscas que hombres.

—Por favor, Casey —dijo Polen.

—Dígame, Polen —dijo Casey—, ¿siguió usted trabajando con aquella extraña idea suya? Es decir, todos sabemos que usted es hoy una lumbrera en cibernética, aunque no he tenido oportunidad de leer sus artículos. En todo este tiempo, ¿ha tenido usted oportunidad de...?

—¿A qué extraña idea se refiere usted? —interrumpió Polen.

—Vamos. Debe usted recordarla. Las emociones de los animales y todas aquellas cosas tan raras. ¡Aquéllos sí que eran buenos tiempos! Por entonces sólo me topaba con locos. Hoy me resigno a estar rodeado únicamente de idiotas.

—Es cierto, Polen —dijo Winthrop—. Lo recuerdo muy bien. Durante su primer año en la Facultad usted estaba trabajando con perros y conejos. Incluso llegué a creer que iba a dedicarse a las moscas de Casey.

—Todo quedó en agua de borrajas —dijo Polen—. Aunque, en puridad, dio origen a nuevos principios de ordenación, de manera que no perdí el tiempo del todo.

¿Por qué se habrían puesto a hablar sobre aquello?

¡Emociones! ¿Qué derecho tenía nadie a entremeterse con las emociones? Las palabras fueron inventadas para ocultar las emociones. El adormecimiento de las emociones desnudas era lo que había hecho del lenguaje una necesidad básica.

Polen lo sabía. Sus máquinas habían sobrepasado el terreno de la verbalización y se acercaban lentamente a la inconsciencia clara como la luz solar. El chico y la chica, el hijo y la madre: Para la cuestión, el gato y el ratón o la serpiente y el pájaro. Los datos tableteaban juntos en su universalidad y conjuntamente se vertían en el interior y a través de Polen hasta que ya no fuera capaz de soportar el espeluznante zarpazo de la vida.

En los últimos años había escolastizado sus pensamientos en otra dirección. Pero hete aquí que vienen estos dos y se ponen a remover cieno pasado.

Casey removió la punta de su nariz como quien intenta espantar una mosca.

—No está mal —dijo—. Yo pensaba que iban a sacar algo fascinante de algo así como ratas. Bueno, tal vez no del todo fascinante, pero no al menos tan aburrido como las chorradas que sacarías de nuestros seres casi humanos. Pensaba...

Polen recordó lo que pensaba.

—¡Mierda de DDT! Las moscas parecen engordar con él. ¿Sabes? Cuando me gradúe en química me pondré a trabajar de lleno con los insecticidas. —Casey parecía hablar en serio a veces—. Por lo menos que me socorran en mi vida diaria. Personalmente, yo solito, obtendré algo que *pueda* matar los bichos.

Se encontraban en la habitación de Casey, inundada por el olor a keroseno del recientemente aplicado insecticida.

—Con un periódico doblado podrás matarlos cuando quieras —dijo Polen con un gruñido.

Casey advirtió una befa inexistente y replicó al momento:

—¿Cómo sumarizarías el trabajo de tu primer año, Polen? Quiero decir aparte del verdadero sumario que ningún científico plantearía aunque se le retara, o sea, me refiero a: Nada.

—Nada —dijo Polen—. ¿Es ése tu sumario?

—Vamos —dijo Casey—, gastas más perros que los psicólogos y apuesto a que los perros piensan que los experimentos psicológicos son más caritativos.

—Déjalo estar —dijo Winthrop—. Suena como un piano con 87 teclas fuera de sitio. ¡Qué pesado es el tío!

Pero uno no podía decir tal cosa a Casey.

Con repentina vivacidad se encaró con Winthrop.

—Te diré lo que tú encontrarás probablemente en los animales si te acercas lo bastante a ellos. Religión.

—¡Qué demontre! —exclamó Winthrop—. ¡Eso es una estupidez!

—¡Ah, ah, Winthrop! —sonrió Casey—. *Demontre* es un eufemismo de *diablo* y tú no querrás lanzar juramentos a estas alturas, ¿eh?

—Deja en paz esas cosas. Y no seas blasfemo.

—¿Qué blasfemia hay en ello? ¿Por qué razón una pulga no debería considerar que el perro es algo merecedor de culto?

Constituye la fuente de su calor, su alimento, y todo esto es bueno para la pulga.

—No quiero discutir sobre esto.

—¿Por qué no? Creo que te beneficiaría. Llegarías a reconocer que para una hormiga un comedor de hormigas pertenece a un orden más elevado en la creación. Sería demasiado grande para que ellas lo comprendieran, demasiado poderoso para soñar oponérsele. Se desplazaría entre ellas de manera invisible, inexplicablemente arrasador, llevando consigo la destrucción y la muerte. Pero eso no destruiría la concepción del mundo de las hormigas. Ellas razonarían y encontrarían que tamaña destrucción no es sino justo castigo por el mal. Y el comedor de hormigas ni siquiera llegaría a saber su condición divina. Ni le preocuparía.

Winthrop se había puesto pálido.

—Sé que dices eso sólo para fastidiarme pero me entristece ver que arriesgas tu alma por un momento de diversión. Déjame decirte algo —su voz tembló ligeramente—, y te lo diré muy en serio. Las moscas que te atormentan son tu castigo en esta vida. Belcebú, como todas las fuerzas del mal, puede creer que él mismo constituye el mal, aun cuando a fin de cuentas se trate sólo de una forma ínfima del bien. La maldición de Belcebú está sobre ti por tu bien. Quizá tenga por fin que cambies de vida antes de que sea demasiado tarde.

Y salió corriendo de la habitación.

Casey contempló su partida. Luego, riéndose, dijo:

—Diría que Winthrop cree en Belcebú. Es divertido comprobar los respetables nombres que uno puede dar a la superstición. —Su risa fue decreciendo.

Había dos moscas en la habitación, zumbando hacia él a través de los vapores reinantes.

Polen se levantó sintiéndose deprimido. Un año le había enseñado poco, aunque podía considerarse demasiado, y la risa de Casey se había convertido en algo extraño. Sus máquinas sólo podían analizar propiamente las emociones de los animales, pero por lo que respecta a Polen se sentía lo bastante preparado como para aventurarse en la interpretación de las emociones de los hombres.

No le gustaba presenciar salvajes anhelos de muerte allí donde otros verían solamente unas cuantas palabras cruzadas en una discusión intrascendente.

—Díganos, caramba —dijo Casey repentinamente—, ¿intentó algo con mis moscas?

—¿Cómo? —murmuró Polen—. Hace veinte años... apenas lo recuerdo.

—Debe usted recordarlo —dijo Winthrop—. Estábamos en su laboratorio y usted se quejó de que las moscas de Casey lo siguieran incluso hasta allí. Casey sugirió que usted las analizara y usted se prestó a ello. Registró sus movimientos y zumbidos y las exudaciones de sus alas por lo menos durante media hora o más. ¿Recuerda que empleó una docena de moscas?

Polen gruñó.

—Oh, sí —dijo Casey—. Pero no importa. Lo bueno era verlo a usted, tan afanado en lo que estaba haciendo.

El sincero apretón de manos, la sonrisa indulgente, el golpecito en el hombro... Todo aquello, prodigado por Casey al despedirse, se tradujo en Polen en un nauseabundo disgusto, pues confirmaba que a fin de cuentas estaba en lo cierto.

Ya en la puerta, dijo Polen:

—Me gustaría saber de ustedes de vez en cuando.

Las palabras sonaron como golpes amortiguados. Por sí solas nada significaban. Casey lo sabía. Polen lo sabía. Cada uno lo sabía a su manera. Pues las palabras conllevaban toda una carga emocional y cuando fallaban las leyes de la humanidad mantenían las apariencias.

El apretón de manos de Winthrop fue cordial. Dijo:

—Este lugar respira el aire de otros tiempos, Polen... Si pasa alguna vez por Cincinnati, ¿por qué no se deja caer por el templo? Siempre será bien recibido.

Para Polen, cuya depresión era evidente, aquello había resumido el sentido de la caridad humana. La ciencia no parecía ser la respuesta y la inseguridad básica de Winthrop le había proporcionado una compañía satisfactoria.

—Lo haré —dijo Polen. Era la forma usual de no aceptar una cortés invitación.

Observó cómo se iban integrando en otros grupos.

Winthrop nunca lo sabría. Polen estaba seguro de ello. Y se preguntó si Casey sabría la verdad alguna vez. Porque sería la befa de los dioses que Casey no lo supiera.

Había analizado las moscas de Casey, naturalmente, y no una sola vez sino muchas. ¡Siempre la misma respuesta! ¡Siempre la misma indecible respuesta!

Con un helado escalofrío que no pudo contener, Polen advirtió repentinamente la presencia de una mosca perdida en la habitación, desconcertada un momento, lanzándose luego veloz y reverentemente en la dirección que Casey había tomado instantes atrás.

¿Podía *no* saberlo Casey? ¿Podía consistir la esencia de su castigo en no saber jamás que él era Belcebú?

¡Casey! ¡Señor de las Moscas!

ÉRASE UN HERMOSO DÍA

PRESENTACIÓN

El que más y el que menos tiene sus pequeñas manías y yo no escapo a la regla.

Por ejemplo, no puedo soportar los días bonitos. Dadme un día con temperatura agradable, ni frío ni calor, con la límpida luz de junio o la placentera música de las hojas que caen en septiembre; un día en que la dulzura y la suavidad sean la tónica del paisaje, en que el aire ofrezca la tranquilidad de un prado y la paz general se extienda sobre el mundo, y yo os mostraré un individuo insatisfecho e infeliz: yo.

Tengo mis razones, vaya que sí. (Usted no pensará que soy un tipo irracional, ¿verdad?). Como ya dije en un prefacio, soy un escritor compulsivo. Esto quiere decir que mi idea de un tiempo bueno consiste en subir a mi ático, sentarme ante mi máquina de escribir (tal y como ahora estoy) y lanzarme a contemplar cómo las palabras van tomando forma mágicamente delante de mis ojos. Para evitar distracciones, cierro las ventanas y me pongo a trabajar exclusivamente con luz eléctrica.

Nadie tendrá nada que oponer en tanto tengamos la cellisca de un típico atardecer de Nueva Inglaterra, o el viento ensordecedor de un típico día de la temprana primavera de Nueva Inglaterra, o la plomiza visita del aire del Golfo que se cierne sobre Nueva Inglaterra durante el verano, o los danzantes copos que llegan a sumar tres pies de nieve en los inviernos de Nueva Inglaterra. Por el contrario, todo el mundo dirá: «Chico, qué suerte no tener que salir con este tiempo».

Y yo estaré completamente de acuerdo.

Pero de pronto viene un excelente día de mayo-junio, o bien de septiembre-octubre, y todo quisque me dice: «¿Qué haces encerrado con un tiempo tan espléndido, so marmota?» A menudo, presos de súbita

indignación, me cogen y me arrastran hasta la ventana para que compruebe lo maravilloso del día.

La ventaja de ser escritor consiste, naturalmente, en que uno puede echar mano de sus frustraciones y disgustos y volcarlos sobre el papel. Esto les evita llegar a extremos peligrosos y explica por qué los escritores son gente tan amable y normal y divierten tanto a quienquiera que los conozca.

Por ejemplo, en 1953 escribí una novela en la que plasmaba un mundo donde todos vivían en ciudades subterráneas, totalmente aisladas del aire libre.

La gente dirá: «¿Cómo puede usted imaginar semejante situación de pesadilla?»

A lo que yo, atónito, responderé: «¿Qué situación de pesadilla?»

Pues en mí todo se transforma en una recusación y un desafío. Habiendo dado un voto al enclaustramiento me pregunté si podía darle la vuelta a la tortilla.

Así escribí Érase un hermoso día. Y, para convencerme, fue una buena jornada, una de esas que tienen lugar a menudo, una o dos veces por semana, cuando me siento satisfecho de mi trabajo. En esos días, suelo salir al atardecer y me doy un paseo por el vecindario.

En cuanto si el tiempo era bueno o malo, lo ignoro. Me refiero a eso que ustedes tienen allá arriba, en el cielo. Debe ser insufrible quedárselo mirando.

El 12 de abril del año 2117, la válvula-freno del modulador de campo de la Puerta de las pertenencias de la señora de Richard Hanshaw, se despolarizó por razones desconocidas. Consecuencia de ello, la jornada de la señora Hanshaw quedó trastornada y su hijo, Richard, Jr., comenzó a desarrollar su extraña neurosis.

No era el tipo de afección que uno calificaría de neurótica a tenor de los dogmáticos libros al respecto, y de echo el joven Richard se comportó, en muchos aspectos, como debía normalmente comportarse un joven brillante doce años.

Pero a partir del 12 de abril, sólo con pesar podía Richard Hanshaw, Jr., persuadirse a sí mismo de cruzar una puerta.

La señora Hanshaw, en cambio, no tuvo la menor premonición de tales circunstancias en las horas que acompañaron aquella fecha. La mañana del 12 de abril se despertó como en cualquier otra mañana. El mecano penetró la habitación con una taza de café sobre una pequeña bandeja. Tenía pensado ir a Nueva York aquella tarde, aunque había que hacer una o dos cosas antes que no podían ser confiadas al mecano; de modo que, tras unos cuantos sorbos al café, decidió salir de la cama.

El mecano retrocedió, moviéndose silenciosamente a lo largo del campo diamagnético que mantenía su oblongo cuerpo a media pulgada del suelo, y se dirigió a la cocina, donde, funcionando según un sencillo computador, podía dedicarse a la tarea de preparar un apropiado desayuno.

La señora Hanshaw, tras dirigir la acostumbrada mirada sentimental a la cubografía que le mostraba la imagen de su difunto esposo, se preparó para las diversas etapas rituales de la mañana

con un cierto alborozo. Alcanzó a oír a su hijo ocupado con sus primeras diligencias en el vestíbulo. Sabía que no tenía por qué interferir en asuntos tan delicados. El mecano estaba adiestrado para ello y no había por qué suplir sus funciones específicas, como ayudar a cambiarse de ropa o disponer un nutritivo desayuno. La tergo-ducha que había instalado el año anterior hacía que la mañana se convirtiera en algo tan limpio y complaciente y de forma tan perfecta que consideró que Dickie podía lavarse siempre en lo sucesivo sin supervisión.

Aquella mañana tan poco fuera de lo corriente y con tantas cosas que hacer, lo único que los acercaría sería el rápido beso que ella deslizaría en la mejilla de su hijo poco antes de irse. Escuchó la blanda voz del mecano anunciando que se aproximaba la hora de ir a clase y bajó al piso inferior mediante los flotadores (aunque su diseño para el peinado de aquel día no estaba todavía acabado), a fin de cumplir con aquel inexcusable deber de madre.

Encontró a Richard ante la puerta. De su hombro, colgando sobre el costado, pendía la cinta que sujetaba sus textos y el proyector de bolsillo, pero en su rostro se dibujaba un frunce.

—Oye, mamá —dijo alzando la mirada hacia ella—. He marcado las coordenadas escolares pero nada ocurre.

—No digas tonterías, Dickie —replicó casi automáticamente—. Nunca oí que ocurriera tal cosa.

—Bueno, inténtalo tú.

La señora Hanshaw lo intentó varias veces. Y era extraño, pues la puerta para la salida escolar estaba siempre dispuesta para una respuesta pronta. Intentó otras coordenadas. Si las puertas secundarias no respondían, al menos habría alguna indicación del desperfecto en la Puerta general.

Pero tampoco ocurrió nada. La Puerta permaneció como una inactiva barrera gris a pesar de todas sus manipulaciones. Era obvio que la Puerta estaba fuera de control... y sólo cinco meses después de la revisión anual de la compañía.

Comenzó a irritarse.

Tenía que ocurrir justamente en un día tan atareado. Pensó con ironía que un mes atrás había rehusado la oportunidad de instalar una Puerta subsidiaria, considerándolo un gasto inútil. ¿Cómo iba a

saber que hasta las Puertas resultaban una engañaifa?

—Sal al camino y usa la Puerta de los Williamson.

—Venga, mamá. Me ensuciaré si lo hago. ¿No puedo quedarme en casa hasta que la Puerta se arregle? —Había un tono de ironía tras la excusa de Dickie.

Con la misma ironía, la señora Hanshaw replicó:

—No te mancharás si te pones chanclos sobre los zapatos. Y no olvides limpiarlos antes de entrar en su casa.

—Pero, mamá...

—No me repliques, Dickie. Tienes que ir a clase. Y quiero ver que sales de aquí. Y date prisa o llegarás tarde.

El mecano, un modelo avanzado y de rápida respuesta, estaba ya frente a Richard con los chanclos.

Richard enfundó sus zapatos con aquella protección de plástico transparente y caminó hacia el panel de controles electrónicos.

—No sé cómo se hace, mamá.

—Aprieta el botón rojo. El que dice: «Úsese como emergencia». Y no haraganees. ¿Quieres que te acompañe el mecano?

—No, caramba —dijo con suficiencia—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una criatura en pañales? ¡Vaya por Dios! —Su murmullo fue cortado por un zumbido.

De nuevo en su habitación, la señora Hanshaw pensó en lo que iba a soltarle a la compañía, mientras marcaba un número telefónico.

Joe Bloorn, un joven competente, graduado en tecnología y adentrado en el estudio de los campos mecánicos, estuvo en la residencia de los Hanshaw en menos de media hora. Quizá sea un muchacho de valía, pensó la señora Hanshaw, que observaba su juventud con profunda sospecha.

Abrió uno de los muros corredizos de la casa cuando llegó. Pudo verlo entonces, de pie ante la abertura, limpiándose vigorosamente el polvo del aire libre. Se quitó los chanclos y los dejó a su lado. Penetró y la señora Hanshaw cerró el muro, aplastando el rayo de sol que había penetrado por el resquicio. Deseó irracionalmente que el haber tenido que caminar desde la Puerta pública le hubiera

agotado. O que también la Puerta pública misma estuviera estropeada y que el joven se hubiera visto obligado a arrastrar sus herramientas tontamente a lo largo de doscientas yardas. Deseaba que la Compañía, o su delegación al menos, sufriera un poco. Eso les enseñaría lo que significaba un fallo de la Puerta.

Pero el muchacho parecía alegre e imperturbable mientras decía:

—Buenos días, señora. Vengo a ver qué le pasa a su Puerta.

—Me alegro que haya venido —dijo ella—. Aunque ya me ha fastidiado casi todo el día.

—Lo siento, señora. ¿En qué falla?

—En todo. No funciona. No ocurrió nada cuando ajusté las coordenadas. Y no hay la menor señal de que algo no funcione excepto que no obedece los mandos. Tuve que enviar a mi hijo que saliera por la casa del vecino a través de esa... esa raja.

Señaló la entrada por la que había penetrado el mecánico.

Éste sonrió y, consciente de su conocimiento sobre la materia en que era especialista, explicó:

—También es una puerta, señora. No tiene por qué utilizar las mayúsculas cuando escribe acerca de ella, pero es también una puerta. Una puerta manual. En un tiempo fue la única clase de puerta que se usaba.

—Bueno, pero al menos funciona. Mi hijo tuvo que salir por ahí, en medio de la suciedad y los gérmenes.

—No es tan malo estar en el exterior, señora —dijo el otro con la pedantería del degustador a quien la profesión le forzaba saborear el aire libre diariamente—. A veces es realmente desagradable. Pero, en fin, creo que lo que usted quiere es que arregle su Puerta, de modo que vamos al grano.

Se sentó en el suelo, abrió la gran caja de herramientas que había traído consigo y en medio minuto, mediante un desmagnetizador, tenía abiertas las tripas del panel de controles.

Murmuró para sí mismo mientras aplicaba los finos electrodos del comprobador de campo sobre numerosos puntos, estudiando las conexiones con los diales de mando. La señora Hanshaw lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Aquí parece haber algo —dijo luego, y de un tirón desconectó

la válvula de freno. Le dio unos golpecitos con la uña y dijo—: Esta válvula de freno está despolarizada, señora. Ése es todo su terrible problema. —Recorrió con el dedo un compartimento de su caja de herramientas y extrajo un duplicado del objeto que había quitado del mecanismo de la puerta—. Estas cosas fallan cuando, uno menos se lo espera.

Volvió a montar lo desmontado y se puso en pie.

—Ahora funcionará, señora.

Marcó una combinación de referencia, pulsó y volvió a pulsar otra vez. Cuantas veces lo hizo, el gris apagado de la Puerta se convertía en un oscuro violeta.

—¿Quiere firmar aquí, señora? Por favor, ponga también su número de cargo. Gracias, señora.

Marcó una nueva combinación, la de su taller, y con resuelto gesto caminó a través de la Puerta. Mientras su cuerpo penetraba en las tinieblas, todavía se recortaba. Luego, poco a poco, fue haciéndose cada vez menos visible hasta que, por último, sólo pudo distinguirse el reflejo de su caja de herramientas. Un segundo después de haberla atravesado por completo, la Puerta volvió a convertirse en una mancha cenicienta.

Media hora después, cuando la señora Hanshaw había terminado con sus preparativos interrumpidos y estaba intentando reparar los infortunios de aquella mañana, eh teléfono sonó anunciándole que sus verdaderos, problemas estaban por comenzar.

Miss Elizabeth Robbins estaba afligida. El pequeño Dick Hanshaw había sido siempre un buen alumno. Odiaba por ello mismo llamarle la atención. Pero, se decía a sí misma, su comportamiento estaba siendo verdaderamente curioso. De modo que decidió llamar a su madre y contárselo.

Dejó un estudiante a cargo de la clase durante la hora de estudio que tenían por la mañana y se dirigió al teléfono. Estableció el contacto y contempló la hermosa y de algún modo formidable cabeza de la señora Hanshaw dibujada en la pantalla.

Miss Robbins vaciló, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

—Señora Hanshaw, soy la señorita Robbins. —Terminó la frase con una nota cantarina.

La señora Hanshaw pareció no entender. Luego dijo:

—¿La profesora de Richard? —Como réplica, también finalizó con una nota elevada.

—Exacto. La llamo, señora Hanshaw —prosiguió enderezando la trascendencia de sus palabras—, para decirle que Dick ha llegado bastante tarde esta mañana.

—¿Que llegó tarde? Pero eso es imposible. Yo misma lo vi salir.

La señorita Robbins pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que usted lo vio usar la Puerta?

—Bueno, no exactamente. Nuestra Puerta se estropeó de madrugada, de modo que lo envié a que se sirviera de la Puerta de un vecino.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a mentir?

—No, no, señora Hanshaw, no quiero decir eso: Me refiero a que si usted está segura de que se dirigió a casa de su vecino. Porque pudo haberse perdido y no encontrar el camino correcto.

—Ridículo. Disponemos de mapas y estoy completamente segura de que Richard conoce el emplazamiento de cada casa en el Distrito A-3. —Luego, con el sereno orgullo de quien conoce sus privilegios, añadió—: Por supuesto que no necesita conocerlo. Las coordenadas están siempre dispuestas.

Miss Robbins, que procedía de una familia que había siempre economizado al máximo el uso de sus Puertas (el precio de la energía gastada era la causa) y que hacía sus trayectos generalmente a pie a una avanzada edad, se resintió en su amor propio.

—Pues me temo, señora Hanshaw, que Dick no usó la Puerta de los vecinos. Llegó retrasado en una hora y las condiciones de sus chanclos indicaban que había caminado campo a través. Estaban llenos de barro.

—¿Barro? —La señora Hanshaw repitió con grandilocuencia la palabra—. ¿Qué dijo él? ¿Qué excusa puso?

Miss Robbins lamentó no poder suministrarle la consoladora información que pedía, pero se regocijó en su interior por la

alteración que había sufrido la otra mujer.

—No dijo nada al respecto. Francamente, señora Hanshaw, parecía estar enfermo. Por eso la he llamado. Tal vez desee usted que lo atienda un médico.

—¿Tiene fiebre? —La voz de la madre pareció surgir de una seca garganta.

—Oh, no. No me he referido a una enfermedad física. Se trata de su conducta y de la forma que tiene de mirar. —Se detuvo dudando, y luego añadió con delicadeza—: Pienso que un chequeo de rutina dentro de la competencia psíquica...

No pudo continuar. La señora Hanshaw, con el tono más elevado que el aparato intercomunicador le permitía, chilló:

—¿Está sugiriendo que Richard está neurótico?

—Claro que no, señora Hanshaw, sino...

—¡Pues parecía insinuarlo así! ¡Qué ocurrencia! Richard ha sido siempre un muchacho perfectamente sano. Ya me cuidaré de él cuando regrese a casa. Estoy segura de que debe haber una explicación normal que no dudará en darme a mi.

La conexión se interrumpió bruscamente y la señorita Robbins se sintió herida y desacostumbradamente violenta. Al fin y al cabo sólo había intentado ser útil, cumplir con lo, que ella consideraba una obligación para con sus estudiantes.

Regresó al aula y lanzó una metálica mirada al reloj de pared. La hora de estudio estaba llegando a su fin. La siguiente versaría sobre composición de inglés.

Pero su cabeza estaba en otra parte. Automáticamente, fue llamando a los estudiantes que tenían que leer algunas selecciones de sus creaciones literarias. Y de vez en cuando grabó algún que otro fragmento que luego repasó con lenta vocalización para mostrar a los estudiantes cómo debía ser leído el inglés.

La mecánica voz del vocalizador, como siempre, acusaba perfección, pero, también como siempre, evidenciaba falta de carácter. A menudo se preguntaba si era correcto enseñar a los estudiantes un habla disociada de la individualidad, preocupada sólo por el acento y la entonación.

Ese día, en cambio, no pensaba en tal cosa. Sólo tenía ojos para Richard Hanshaw. Éste permanecía tranquilo en su asiento,

evidenciando quizás excesiva indiferencia por cuanto le rodeaba. Estaba como sumido en sí mismo y no parecía ser el chico de siempre. Resultaba obvio para la Robbins que el muchacho había sufrido alguna inusual experiencia aquella mañana, y que, realmente, había acertado en avisar a la madre, aunque no debiera haber mencionado lo del chequeo. Tampoco era una exageración a aquella altura de los tiempos. Todo tipo de personas pasaba por él. No era ninguna desgracia someterse a una prueba. O no debería serlo, vaya.

Al fin se decidió a llamar a Richard. Lo llamó dos veces antes de que respondiera y se pusiera en pie.

La pregunta general solía ser: «Si quieres efectuar un viaje y debes escoger algún viejo vehículo, cuál elegirías y por qué». La Robbins intentaba usar el tópico cada semestre. Le parecía adecuado porque contenía un sentido histórico. Obligaba a los jóvenes cerebros a pensar sobre el *modus vivendi* mantenido en los pasados tiempos.

Se aprestó a escuchar cuando Richard comenzó a leer en voz baja.

—Si tuviera que elegir entre algún viejo «véhículo» —comenzó, acentuando la e de vehículo en lugar de la i—, yo elegiría un globo aerostático. Viaja menos que los demás «véhículos», pero es limpio. Como llega hasta la estratosfera, debe estar todo purificado para que uno no pueda coger enfermedades. Y se pueden ver las estrellas si es de noche tan bien como desde un observatorio. Si se mira abajo se puede ver la Tierra como un mapa o quizá se vean las nubes... —Y así prosiguió durante algunas páginas más.

—Richard —señaló la Robbins una vez hubo terminado el chico su lectura—, se dice ve-hí-cu-los y no véhi-cu-los. La h divide las dos vocales y debes acentuar la segunda, no la primera. Y no se dice «viaja menos» sino «corre menos». ¿Qué os parece a los demás?

Un pequeño coro de voces confluyó en una única respuesta de aprobación. Miss Robbins prosiguió.

—Muy bien, muy bien. Ahora, decidme: ¿qué diferencia hay entre un adjetivo y un adverbio? ¿Quién sabría decírmela?

Y así sucesivamente. La hora de la comida llegó; algunos alumnos se quedaron a comer en el comedor del colegio; otros

marcharon a casa. Richard figuraba entre los que se quedaron. La señorita Robbins lo advirtió, percatándose de que aquello no era lo normal.

Llegó la tarde y, finalmente, sonó la campana de fin de jornada. Veinticinco chicos y chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron formando una fila.

Miss Robbins batía palmas.

—Aprisa, niños, aprisa. Vamos, Zelda, ocupa tu puesto.

—Me había olvidado mi grabadora, señorita Robbins —se excusó la niña.

—Pues cógela, cógela ya. Ahora, niños, apurad.

Pulsó el botón que corría una sección de pared y revelaba la tiniebla gris de una ancha Puerta. No era la Puerta usual que los estudiantes utilizaban para ir a casa a comer, sino un avanzado modelo que constituía el orgullo de cualquier colegio privado que se preciara.

En adición a su doble anchura, poseía un mecanismo accesorio dotado con un «manipulador serial automático», capaz de ajustar la puerta a un diverso número de diferentes coordenadas a intervalos automáticos.

A comienzos de semestre, la señorita Robbins empleaba siempre toda una tarde con el mecanismo, ajustando la maquinaria a las coordenadas de las distintas casas de los nuevos alumnos. Pero luego, gracias a Dios, raramente prestaba atención a las particularidades de un tan perfecto funcionamiento serial.

La clase se alineaba por orden alfabético, primero las chicas, luego los chicos. La Puerta se convirtió en violeta oscuro y Hester Adams agitó su mano mientras penetraba en su área.

—¡Adioooooo...!

El «adiós» se partía por la mitad, como siempre solía ocurrir.

La puerta se volvió gris, luego violeta nuevamente y Theresa Cantrocchi desapareció por ella. Gris, violeta, Zelda Charlowicz. Gris, violeta, Patricia Coombs. Gris, violeta, Sara Mary Evans.

La fila se reducía a medida que la Puerta los transportaba uno tras otro a sus respectivas casas. Naturalmente, podía ocurrir que una madre olvidara la Puerta de su casa abierta para la recepción en la ocasión oportuna, en cuyo caso la Puerta del colegio

permanecía siempre gris. El violeta era señal de paso franco. Automáticamente, después de un minuto de espera, la Puerta entraba en su siguiente combinación mecánica comunicando con la casa del próximo niño de turno, mientras que el muchacho olvidado tenía que aguardar. Un oportuno telefonazo a los negligentes padres devolvía el mundo a su normal funcionamiento. No era conveniente que ocurrieran semejantes cosas, teniendo en cuenta la especial sensibilidad de los niños que veían así lo poco que sus padres se preocupaban por ellos. Miss Robbins, siempre que visitaba a los padres, procuraba ponerlo de relieve, aunque de vez en vez solía ocurrir.

Las chicas se agotaron y comenzó el turno de los niños. Primero John Abramowitz y luego Edwin Byrne...

Naturalmente, otro problema más frecuente era que algún chico entrara antes de turno. Lo hacían a pesar de la vigilancia del profesor que, reloj en mano, computaba los envíos. Claro que esto solía ocurrir principalmente a comienzos, de temporada, cuando el orden de la fila todavía no les era del todo familiar.

Cuando tal cosa ocurría, los niños eran enviados a casas ajenas y luego regresaban. Tomaba algunos minutos rectificar el error y los padres se disgustaban.

Miss Robbins advirtió repentinamente que la línea se había detenido. Se dirigió al chico que estaba en cabeza.

—Camina, Samuel. ¿A qué estás esperando?

—No es mi combinación, señorita Robbins.

—Bien, ¿de quién es, entonces?

Contempló la fila con impaciencia. Alguien estaba en un lugar que no le correspondía.

—De Dick Hanshaw, señorita Robbins.

—¿Dónde está?

Ahora contestó otro muchacho, con el más bien repelente tono de aquéllos que, conscientes de su cumplimiento del deber, reprueban automáticamente cualquier desviación de sus compañeros y no dudan en denunciarla a los encargados de mantener la autoridad.

—Salió por la puerta de incendios, señorita Robbins.

—¿Qué?

La Puerta pasó a otra combinación y Samuel Jones penetró por ella. Uno tras otro, los chicos fueron despachados.

Miss Robbins quedó sola en el aula. Se dirigió a la puerta de incendios. Era pequeña, abierta manualmente, y oculta tras un recodo de la pared para que no rompiera la estética del paisaje.

La abrió de un tirón. Estaba allí como medio de fuga en caso de incendio, un artilugio que había perdurado anacrónicamente a pesar de los modernos extintores que todos los edificios públicos usaban. No había nada en el exterior, excepto lo exterior mismo... La luz del sol era mortecina y soplaban un viento polvoriento.

Miss Robbins cerró la puerta. Se alegraba de haber llamado a la señora Hanshaw. Había cumplido con su deber. Más aún, era obvio que algo le ocurría a Richard. De nuevo sintió deseos de llamar por teléfono.

La señora Hanshaw había decidido finalmente no ir a Nueva York. Se había quedado en casa con una mezcla de ansiedad y rabia irracional, la última dirigida contra la descarada señorita Robbins.

Quince minutos antes del final de las clases su ansiedad comenzó a dirigirse hacia la Puerta. Un año atrás la había equipado con un mecanismo automático que la activaba según las coordenadas de la escuela, manteniéndola hasta la llegada de Richard.

Sus ojos permanecían fijos en el gris de la Puerta (¿por qué la inactividad del campo de fuerza no tenía otro color más vivo y alegre?) mientras esperaba. Sus manos sintieron frío y se buscaron inconscientemente.

La Puerta varió al violeta justo al preciso segundo pero nada ocurrió. Los minutos pasaron y Richard se demoraba. Luego comenzó a retardarse. Finalmente se hizo demasiado tarde.

Estuvo esperando durante un cuarto de hora. En circunstancias normales hubiera llamado a la escuela, pero ahora no podía hacerlo, no podía. No después que la profesora la había imbuido deliberadamente en aquella historia del estado mental de Richard. ¿Cómo iba a hacerlo?

La señora Hanshaw se removió intranquila en su asiento, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y expulsó el humo. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Podía Richard haberse quedado en la

escuela por alguna razón? Se lo hubiera dicho anticipadamente. Se le ocurrió pensar que... él sabía que ella planeaba ir a Nueva York y que no estaría de vuelta hasta bien entrada la noche... No, se lo hubiera dicho. ¿Por qué se preocupaba entonces?

Su orgullo comenzó a resquebrajarse. Tendría que llamar a la escuela o si no (cerró los ojos al evocar la posibilidad) a la policía.

Cuando abrió los ojos, Richard estaba ante ella, la mirada fija en el suelo.

—Hola, mamá.

La ansiedad de la señora Hanshaw se transformó, por arte de magia, en repentina ira, argucia que sólo las madres conocen.

—¿Dónde has estado, Richard?

Pero entonces, antes de ponerse a despotricar contra los hijos desnaturalizados que parten el corazón a las desconsoladas madres que tanto tienen que sufrir, se dio cuenta del aspecto de Richard y exclamó con horror:

—¡Has estado al aire libre!

Su hijo se miró los polvorientos zapatos que sobresalían por los bordes de los chanclos y luego se fijó en las marcas de barro de sus piernas y en la mancha que lucía su camisa.

—Bueno, mamá, mira, yo pensé que... —Y se cortó.

—¿Algo no marchaba en la Puerta de la escuela?

—No, mamá.

—¿Te das cuenta de que he estado a punto de enfermar por tu culpa? —Vanamente esperó respuesta—. De acuerdo. Hablaré contigo más tarde, jovencito. Primero tomarás un buen baño... Luego, cada milímetro de tu ropa será desinfectado. ¡Mecano!

Pero el mecano había comenzado a reaccionar nada más oír la frase «tomarás un baño» y esperaba ya en el cuarto de aseo.

—Quítate en seguida esos zapatos. Luego, ve con el mecano.

Richard lo hizo mientras ella lo decía con una resignación que lo colocaba pasivamente más allá de toda inútil protesta.

La señora Hanshaw cogió los manchados zapatos entre el índice y el pulgar y los llevó hasta el conducto de eliminación que zumbó desmayadamente al recibir aquella inesperada carga.

No cenó con Richard pero permitió que éste comiera en la compañía solitaria del mecano. Esto, pensó ella, sería un evidente

signo de su disgusto y serviría mejor que cualquier castigo para que él se diera cuenta de que había obrado mal. Richard, se decía frecuentemente a sí misma, era un chico sensible.

Aun así, subió para acompañarlo mientras se metía en cama.

Le sonrió y le habló suavemente. Pensó que sería lo mejor. A fin de cuentas ya había sido bastante castigado.

—¿Qué te ha ocurrido hoy, muchachito, pequeñito Dickie?

No lo había llamado así desde que dejara de ser una criatura y sólo al oírlo se sintió presa de ternura tal que tuvo al borde de las lágrimas. Sin embargo, él se limitó mirarla y responderle fríamente.

—Sólo que no me gustó pasar por esas malditas Puertas, mamá.

—Pero ¿por qué no?

Colocó sus manos al borde de la sábana (pura, limpia, fresca, antiséptica y, cómo no, eliminada después de usada).

—No me gustan —dijo.

—¿Cómo esperas, pues, ir a la escuela, Dickie?

—Me levantaré más temprano —murmuró.

—Entonces, ¿nada malo les ocurre a las Puertas?

—No me gustan, eso es todo. —Ahora ya no la miraba.

—Bueno, bueno —dijo ella haciendo aspavientos—, que tengas felices sueños. Mañana te encontrarás mejor. Lo besó y abandonó la habitación, pasando su mano automáticamente frente a la fotocélula que disminuía la intensidad de las luces de los cuartos.

Pero ella misma tuvo también agitados sueños aquella noche. ¿Por qué no le gustaban las Puertas a Dickie? Nunca le habían molestado hasta ahora. Podría desarticular la Puerta por la mañana, pero eso haría que Richard se fijase más en ellas.

Dickie se estaba comportando irracionalmente. ¿Irrracionalmente? Eso le recordó a la Robbins y su diagnóstico y su mandíbula crujió en la oscuridad de su dormitorio. ¡Absurdo! El chico se encontraba mal y una noche de descanso era toda la terapia que necesitaba.

Pero a la mañana siguiente, al levantarse, comprobó que su hijo ya no estaba en casa. El mecano no podía hablar pero podía responder con gestos que equivalían a un sí o un no, y no le llevó más de medio minuto a la señora Hanshaw el enterarse de que su hijo se había levantado treinta minutos antes de lo acostumbrado,

recogido sus cosas y salido de la casa.

Pero no por la Puerta.

Sino por la puerta, con p minúscula.

El visófono de la señora Hanshaw sonó a las tres y diez de la tarde de aquel día. Calculó quién podía ser y al activar el receptor comprobó que no se había equivocado. Se miró rápidamente en el espejo para dotarse de una tranquila apariencia después de un día de serena preocupación y se introdujo en la sintonía visual.

—Sí, señorita Robbins —dijo fríamente.

La profesora de Richard estaba un tanto alterada.

—Señora Hanshaw —dijo—, Richard ha salido, adrede por la puerta de incendios aunque yo le había dicho que utilizara la Puerta usual. No sé dónde ha ido.

—Sin duda viene a su casa.

—¿Que va a su casa? ¿Aprueba usted lo que está haciendo? —La Robbins parecía no dar crédito a lo que oía.

Palideciendo, la señora Hanshaw creyó conveniente poner a la profesora donde le correspondía.

—No creo que sea usted quién para censurarme. Si mi hijo no utiliza la Puerta, es un asunto que nos concierne a mi hijo y a mí. No creo que ninguna ley escolar pueda obligarlo a usar la Puerta, ¿no le parece?

Miss Robbins tuvo tiempo de decir algo antes de que el contacto fuera roto.

—Le he hecho una prueba. Realmente tenía que...

La señora Hanshaw se quedó mirando la blanca pantalla de cuarcina sin verla realmente. Su sentido familiar la puso por unos momentos de parte de Richard. ¿Por qué tenía que servirse de la Puerta si no le gustaba? Luego se sentó a esperar y su orgullo materno comenzó a batirse con la dominante ansiedad de que, a fin de cuentas, algo iba mal en el comportamiento de Richard.

El muchacho llegó a casa con una expresión de desafío en el rostro, pero su madre, echando mano de su auto-control, lo recibió como si nada anormal ocurriera.

Durante semanas siguió ella esta política. No es nada, se decía a

sí misma. Es algo pasajero. Ya se le quitará la manía.

Aquello quedó como un estado de cosas definitivo. Sin embargo, a veces, quizá durante tres días seguidos, ella bajaba a desayunar y encontraba a Richard esperando taciturno ante la Puerta, para usarla luego que llegaba la hora de ir al colegio. No obstante, ella se guardaba de hacer comentarios.

Siempre que hacía esto y especialmente cuando llegaba a casa a través de la Puerta, su corazón materno se reconciliaba con sus ulteriores preocupaciones y pensaba:

«Bueno, ya se ha recuperado». Pero al transcurrir un día, dos, tres, el muchacho regresaba como un adicto a la droga y salía silenciosamente por la puerta —con p minúscula— antes que ella se levantara.

Y cada vez que pensaba en chequeos o en psiquiatras, la triunfante visión de la Robbins la detenía, aunque estaba segura de tener motivo suficiente para recurrir a tales soluciones.

Mientras tanto, lo iba sobrellevando lo mejor que podía. El mecano había sido instruido para esperar en la puerta —p minúscula— con un equipo Tergo y una muda. Richard se aseaba y cambiaba de ropa sin resistencia. Su calzado era colocado en una caja y la señora Hanshaw contemplaba sin la menor queja el gasto que representaba la diaria eliminación de camisas. Con los pantalones, sin embargo, se observaba una política de limpieza y sólo al cabo de una semana eran eliminados.

Un día le sugirió que la acompañara a Nueva York. Era más un vago deseo de tenerlo con ella que un plan premeditado. Richard no puso ninguna objeción. Se mostró incluso feliz. Caminó sin vacilar hacía la Puerta y no se detuvo ante ella. Es más, no aparecía en él en aquellos momentos aquella huella de resentimiento que se grabara en su expresión cuantas veces la utilizara últimamente para ir al colegio.

La señora Hanshaw se reunió con él. Esto podía ser una forma de llevarlo de nuevo al uso cotidiano de la Puerta, de modo que recurrió a una fingida ingenuidad para posibilitar que la acompañara el mayor número de veces en sus viajes. Más todavía, estimuló el ánimo de la mujer y se pretextó numerosos viajes innecesarios, como uno emprendido hasta Cantón para presenciar

una fiesta china.

Esto había sido un sábado. A la mañana siguiente, Richard marchó directamente hacia la abertura del muro que siempre usaba. La señora Hanshaw, que se había levantado más temprano, fue testigo de ello. Por una vez, venciendo en resistencia, lo llamó.

—¿Por qué no por la Puerta, Dickie?

—Está bien para ir a Cantón —dijo, y salió de la casa.

De manera que el plan acabó en fracaso. Luego, otro día, Richard volvió a casa completamente empapado. El mecano se movía a su alrededor sin atinar qué hacer, y la madre, que acababa de regresar de una visita de cuatro horas sostenida con su hermana en Iowa, gritó:

—¡Richard Hanshaw!

—Se puso a llover —dijo con alicaída expresión perruna—. Todo de golpe, se puso a llover.

Por un momento no pareció reconocer la palabra. Sus días escolares y sus estudios de geografía estaban veinte años más atrás. Y entonces recordó la imagen del agua cayendo fuertemente y sin fin desde el cielo: una loca cascada de agua sin ningún interruptor que la accionase, sin ningún botón que la controlara, sin ningún contacto que la detuviese.

—¿Y has estado fuera en esa lluvia?

—Bueno, mira, mamá, he venido todo lo rápido que he podido. No sabía que iba a llover.

La señora Hanshaw no sabía qué decir. Se sentía descentrada, con la sensación de encontrarse demasiado mojada para colocar las palabras en su sitio.

Dos días más tarde, Richard cogió un resfriado y de su garganta surgía una seca, bronca tos. La señora Hanshaw tenía que admitir que por fin los virus enfermizos se habían colado en su casa, como si fuera ésta una miserable choza de la Edad de Hierro.

De manera que todas estas cosas acumuladas acabaron por romper el caparazón de su orgullo y la llevaron a admitir que, pese a todo, Richard necesitaba el auxilio de un psiquiatra.

La elección de psiquiatra fue llevada a cabo con sumo cuidado.

Su primer impulso fue encontrar uno lo más alejado posible. Durante un rato consideró la posibilidad de dirigirse directamente al Centro Médico de San Francisco y escoger uno al azar.

Pero luego se le ocurrió que al hacer eso se convertiría en consultante anónimo. No obtendría mejor trato que si proviniera de los barrios bajos. Ahora bien, si se quedaba en su propia comunidad, su palabra tendría peso...

Consultó el mapa del distrito. Era uno de las excelentes series preparadas por Puertas, Pórticos y Soporles, Sociedad Anónima y distribuidas gratuitamente entre sus clientes. La señora Hanshaw no podía reprimir aquella autodeferencia mientras desplegaba el mapa. No era tan sólo un mero catálogo de las coordenadas de Puertas. Era un mapa puesto al día, con cada edificio cuidadosamente localizado.

¿Y por qué no? El Distrito A-3 era un nombre que hoy día sonaba gratamente en el mundo, un barrio aristócrata. La primera comunidad del planeta que había sido establecida con un completo sistema de Puertas. La primera, la más grande, la más rica, la mejor conocida. No necesitaba fábricas ni almacenes. Ni siquiera necesitaba carreteras. Cada mansión era como un pequeño castillo aislado, cuya Puerta tenía acceso a cualquier lugar del mundo donde hubiera otra Puerta.

Cuidadosamente, repasó la lista de las cinco mil familias del Distrito A-3. Sabía que incluía varios psiquiatras. La profesión estaba bien representada en A-3.

El doctor Hamilton Sloane fue el segundo nombre con el que tropezó y su dedo lo localizó en el mapa. Su oficina estaba apenas a dos millas de la residencia Hanshaw. Le gustaba su nombre. El hecho de que viviera en A-3 era una garantía y evidencia de mérito. Y era un vecino, prácticamente un vecino. Él entendería que se trataba de algo urgente... y confidencial.

Con firmeza, llamó a su oficina para concertar una cita.

El doctor Hamilton Sloane, de no más de cuarenta años, era comparativamente joven. Venía de buena familia y había oído hablar de la señora Hanshaw.

La escuchó con amabilidad y luego dijo:

—Y todo comenzó con la ruptura de la Puerta.

—Exacto, doctor...

—¿Muestra algún miedo hacia las Puertas?

—Claro que no. Qué ocurrencia. —Lo miró sorprendida.

—Es posible, señora Hanshaw, es posible. A fin de cuentas, cuando uno se pone a pensar en cómo funciona una Puerta, es para asustarse realmente. Usted pasa por una Puerta y por un instante sus átomos son convertidos en energía, transmitidos a otro lugar del espacio y devueltos a su forma cotidiana. Por un instante uno deja de estar vivo.

—Estoy segura de que nadie piensa en esas cosas.

—Tal vez su hijo lo haga. Él presenció cómo la Puerta se estropeaba; pudo haberse dicho a sí mismo: ¿Qué ocurriría si la Puerta se estropease justo cuando yo estoy a mitad de camino?

—Pero eso es absurdo... Él todavía usa la Puerta. Ha ido incluso hasta Cantón conmigo; Cantón, en China. Es más, como le he dicho, la ha utilizado una o dos veces por semana para ir al colegio.

—¿Libremente? ¿Con alegría?

—Bueno... —titubeó la señora Hanshaw con resistencia—, no del todo. De veras, doctor, ¿no estamos abusando con tanto especular al respecto? Si usted le hiciera una breve prueba vería dónde está el problema. Claro, eso sería todo. Estoy segura de que se trata de una cosa menor.

El doctor Sloane suspiró. Detestaba la palabra «prueba» y posiblemente no había otra palabra que evitara más.

—Señora Hanshaw —dijo pacientemente—, nada hay que pueda llamarse breve prueba. No ignoro que la sección de pasatiempos de los periódicos y revistas están llenos de tests y cosas como vea-usted-si-es-más-inteligente-que-su-esposa, pero todo eso no son sino paparruchadas.

—¿Lo dice en serio?

—Naturalmente. Las pruebas son muy complicadas y la teoría afirma que traza circuitos mentales. Las células del cerebro se encuentran interconectadas de una gran variedad de maneras. Algunas de las encrucijadas resultantes de esas interconexiones son más usadas que otras. Ellas representan núcleos de pensamiento,

tanto consiente como inconsciente. La teoría dice que esas encrucijadas en un sendero dado pueden ser utilizadas para diagnosticar las enfermedades mentales con facilidad y certeza.

—¿Entonces?

—Someterse a una prueba es algo que siempre inquieta, especialmente a un niño. Es una experiencia traumatizante. Lleva al menos una hora. Incluso en ese caso, los resultados deben ser enviados a la Oficina Central Psicoanalítica para su análisis, lo que tarda algunas semanas. Y lo más importante de todo, señora Hanshaw, hay muchos psiquiatras que piensan que la teoría contiene muchos errores.

—Quiere usted decir —dijo la señora Hanshaw apretando los labios— que nada puede hacerse.

—De ningún modo —sonrió el doctor Sloane—. Los psiquiatras han existido siglos antes de inventarse las pruebas. Yo le sugiero que me deje hablar con el chico.

—¿Hablar con él? ¿Eso nada más?

—Acudiré a usted para pedirle información cuando me sea necesaria, pero lo esencial, lo más importante, es hablar con el chico.

—Realmente, doctor Sloane, dudo que él desee hablar de esto con usted. Ni siquiera quiere discutirlo conmigo que soy su madre.

—Eso suele ocurrir a menudo —le aseguró el psiquiatra—. Un niño prefiere hablar antes con un extraño algunas veces. Como fuere, no puedo aceptar el caso de otra manera.

—La señora Hanshaw se levantó, no del todo satisfecha.

—¿Cuándo podrá venir, doctor?

—¿Qué le parece el próximo sábado? El chico no tendrá que ir al colegio. ¿Tenían que hacer algo?

—Estaremos a punto.

Hizo una salida llena de dignidad. El doctor Sloane la acompañó a través de la sala de recepción hasta la Puerta de su oficina y esperó mientras pulsaba las coordenadas de la casa de la mujer. La observó mientras ella cruzaba la Puerta. Se convirtió en la mitad de una mujer, luego en un cuarto, un codo y un pie aislados, después nada.

Era aterrador.

Una Puerta que se estropease durante la transmutación, ¿dejaría medio cuerpo aquí y el otro medio allá? Nunca había oído que tal cosa ocurriera, pero nadie podía asegurar que era imposible.

Volvió a su despacho y consultó la hora de su siguiente cita. Era obvio para él que la señora Hanshaw no había quedado muy conforme con la entrevista previa al no haber conseguido la oportunidad de ver usada la prueba psíquica.

¿Por qué, por el amor del cielo, por qué? ¿Por qué algo como la prueba psíquica, pieza de museo y fraude en su opinión, despertaba tanto entusiasmo, tanta confianza entre la gente? Sin duda se debía a la tendencia general hacia las máquinas, el fetichismo maquinista. Sin embargo, nada de cuanto el hombre pudiera hacer lo haría mejor ninguna máquina. ¡Máquinas! ¡Más máquinas! ¡Máquinas para todo! *O tempora! O mores!*

¡Oh, infierno y condenación!

El odio que sentía hacia la prueba comenzaba a molestarle. Era un miedo al empleo tecnológico, una inseguridad básica de su posición, una mecanofobia, si podía decirse así...

Tomó nota mental de este asunto para discutirlo con su analista.

Las dificultades eran obvias. El chico no era un paciente que hubiera acudido hasta él, más o menos ansioso, para hablar o solicitar ayuda.

Bajo las circunstancias presentes, hubiera sido mejor concertar el primer encuentro con Richard de una manera comprometida. Habría sido suficiente con presentarse ante él como algo menos que un extraño. Así, en la ocasión siguiente, su presencia sería ya algo familiar al chico. Y luego pasaría a convertirse en un conocido. Y después en un amigo de la familia.

Desgraciadamente, a la señora Hanshaw no le gustaban los procesos largos y meticulosos. Buscaba tan sólo una prueba psíquica y la tenía que encontrar.

Aunque perjudicara al chico. Porque le perjudicaría. De eso estaba completamente seguro.

Por esta razón creyó que debía sacrificar un poco de su cautela y arriesgar una pequeña crisis.

Pasaron diez minutos exentos de confortabilidad antes de decidir que debía intentarlo. La señora Hanshaw mantenía una sonrisa rígida y... lo contemplaba con suspicacia mientras sin duda esperaba alguna mágica palabra. Richard se removía en su asiento, mudo ante los comentarios tanteadores del doctor Sloane, aburrido e incapaz de ocultar su aburrimiento.

—Richard —dijo el doctor~ Sloane, como quien no quería la cosa—, ¿te gustaría dar un paseo conmigo?

Los ojos del chico se agrandaron y cesó de moverse. Miró directamente al hombre.

—¿Un paseo, señor?

—Sí, dar una vuelta por el exterior.

—¿Sale usted al... exterior?

—A veces. Cuando siento que me hace falta.

Richard se había puesto en pío y contenía un evidente deseo.

—No creía que lo hiciera nadie.

—Pues yo lo hago. Y me gusta hacerlo acompañado.

El chico volvió a sentarse, sin saber qué hacer.

—¿Mamá?

La señora Hanshaw se mantenía rígida en su asiento, con los labios apretados como evitando que se abrieran con horror. Pero se limitó a decir:

—¿Por qué no, Dickie? Pero cuídate. —Y dirigió una rápida y acerada mirada al doctor Sloane.

En cierto sentido el doctor Sloane había mentido. Él no salía al exterior «algunas veces». No había estado al aire libre desde sus días escolares. En realidad, había en él una inclinación deportiva a hacerlo, pero por aquel tiempo comenzaron a proliferar las habitaciones cerradas condicionadas con rayos ultravioleta para jugar al tenis o construir piscinas de natación. Pese a su costo eran mucho más satisfactorias que sus equivalentes externas, dado que éstas estaban expuestas a los elementos y a cuantos gérmenes pudieran contener. No había, pues, ocasión de salir al exterior.

Experimentó una caótica sensación en su piel cuando el viento la acarició, al igual que al pisar la hierba con sus zapatos protegidos por chanclos.

—Eh, mire eso. —Richard se comportaba ahora de modo

diferente: se reía y no mantenía reservas.

El doctor Sloane apenas tuvo tiempo de captar un retazo de azul a través de las copas de los árboles. Las ramas se agitaron y lo perdió.

—¿Qué era?

—Un pájaro azul —dijo Richard.

El doctor Sloane miró a su alrededor impresionado. La residencia de los Hanshaw se erguía sobre un promontorio rodeado de zona bosqueña, y entre viveros de árboles la hierba brillaba bajo los rayos del sol.

Los colores dominantes variaban del verde oscuro al ojo y al amarillo de las flores. En el curso de su vida, a través de libros y películas antiguas, tuvo ocasión de conocer las flores lo suficiente para que ahora le resultaran un tanto familiares.

Pero la hierba estaba perfectamente cuidada y las flores ordenadas. Se percató de que había esperado algo más salvaje, menos cultivado.

—¿Quién cuida de todo esto?

—Yo no —dijo Richard suspirando—. Quizá los mecanos.

—¿Los mecanos?

—Hay montones de ellos por aquí. A menudo se les ve con una especie de cuchillo atómico que mantienen cerca de tierra. Cortan la hierba. Y también se les ve junto a las flores. Ahora hay uno allí.

A media milla de distancia era un objeto más bien pequeño. Su metálica piel relampagueaba mientras se movía lentamente por el prado, ocupado en una actividad que el doctor Sloane no fue capaz de identificar.

El doctor Sloane estaba impresionado. Había allí un algo de perversidad estética, una especie de consunción conspicua...

—¿Qué es aquello? —preguntó repentinamente.

Richard miró.

—Es una casa. Pertenece a los Froehhichs. Coordenadas A-3, 23, 461. Lo que se destaca como prolongación es la Puerta pública.

El doctor Sloane estaba contemplando la casa. ¿Era aquello lo que parecía desde fuera? Sin saber por qué la había imaginado más cúbica, más alta.

—Sigamos —dijo Richard poniéndose a caminar.

El doctor Sloane lo siguió pausadamente.

—¿Conoces todas las casas de los alrededores?

—Más o menos casi todas.

—¿Dónde está A-23, 26, 475? —Se trataba, obviamente, de su propia casa.

—A ver... —Richard oteó los alrededores—. Oh, claro que sé dónde está... ¿Ve aquel agua de allí?

—¿Agua? —El doctor Sloane alcanzó a ver una línea de plata que corría en forma de arco a través del verde.

—Por supuesto. Agua auténtica. Agua que corre por entre las rocas. Que corre todo el tiempo. Uno puede pasar a través de ella si se apoya sobre las piedras. Se le llama río.

Más bien un arroyo, pensó el doctor Sloane. Evidentemente había estudiado geografía, pero los principales terrenos de esta ciencia se habían sintetizado en geografía económica y geografía cultural. La geografía física era una rama a medio extinguir salvo entre los especialistas. Aun así, sabía lo que era un río y un arroyo, aunque sólo de forma teórica.

—Pues bien: pasando el río —estaba diciendo Richard—, se sube hasta aquella colina llena de árboles en la cima y luego se desciende un poco por la otra parte: de esa manera se llega hasta A-23, 26, 475. Es una bonita casa verde con techo blanco.

—¿De veras? —El doctor Sloane estaba realmente asombrado. No sabía que su casa fuera verde. Algún pequeño animal removía la hierba en su ansiedad por evitar ser aplastado. Richard lo miró y exclamó:

—Déjeme a mí, usted no podrá atraparlo.

Una mariposa se agitaba despidiendo ondulaciones amarillas. Los ojos del doctor Sloane la siguieron.

Un ligero murmullo se apreciaba sobre los campos, dispersándose e interrumpiéndose a veces con dureza, volviendo a surgir, creciendo, difundiéndose por doquiera, creciendo cada vez más hasta luego cesar. Mientras su oído se adaptaba a sus modulaciones para escuchar, llegó a percibir mil entonaciones diversas, ninguna de las cuales estaba producida por los hombres.

Una sombra hizo aparición, avanzó hacia él y lo cubrió. Sintió un súbito fresco y alzó la vista.

—Es sólo una nube —dijo Richard—. Se marchará en un minuto... Mire esas flores. Todas huelen de distinta manera.

Se encontraban ya a varios centenares de yardas de la residencia de los Hanshaw. La nube pasó y el sol volvió a brillar de nuevo. El doctor Sloane se volvió y calculó el trecho que habían recorrido. Si caminaran de suerte que la mansión se perdiera de vista y si Richard echara correr, ¿sería capaz él de encontrar el camino de regreso?

Desechó el pensamiento con impaciencia y escrutó la línea de agua (más cerca ahora), sobrepasándola con la mirada hacia donde su casa debía estar. Pensó maravillado: ¿Verde?

—Debes ser un buen explorador —dijo.

—Cada vez que voy y vengo de la escuela —dijo Richard con orgullo— tomo una ruta distinta y veo cosas nuevas.

—Pero no siempre saldrás, digo yo. A veces utilizarás también la Puerta, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Por qué, Richard? —De algún modo sintió el doctor Sloane que allí estaba la clave del enigma.

Pero Richard invalidó su hipótesis. Con las cejas alzadas y aspecto asombrado, dijo:

—Bueno, mire, algunas mañanas llueve y tengo que usar la Puerta. Odio que eso ocurra, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Hace unas semanas me pescó la lluvia y... —Lo miró automáticamente y su voz se convirtió en un susurro— ...tuve frío; aunque a mamá no le ocurrió nada.

El doctor Sloane suspiró.

—¿Regresamos?

Hubo un relámpago de desagrado en el rostro de Richard.

—¿Para qué?

—Recuerda que tu madre debe estar esperándonos.

—Imagino que sí. —El muchacho se dio la vuelta con resistencia.

Caminaron lentamente.

—Una vez, en el colegio —decía Richard—, escribí una composición sobre lo que haría si tuviera que ir en un viejo vehículo (su pronunciación exageró el acento de la i). Yo iría en un

globo aerostático y miraría las estrellas y las nubes y todas las cosas. Vaya, sin duda estaba chiflado entonces.

—¿Irá ahora en algo más?

—Claro. Iría en automóvil. Entonces vería todo cuanto hay.

La señora Hanshaw parecía agitada, desconcertada.

—¿No cree, entonces, que es algo anormal, doctor?

—Desacostumbrado, quizá, pero no anormal. Le gusta el exterior.

—Pero ¿cómo puede gustarle? Es tan desagradable y sucio...

—Eso es cuestión de gusto individual. Hace cien años, nuestros antepasados se pasaban fuera la mayor parte el tiempo. Incluso hoy día, me atrevo a decir que hay un millón de africanos que jamás han visto una Puerta.

—Pero Richard se ha comportado siempre como un decente miembro del Distrito A-3, digno de su clase —exclamó con brío la señora Hanshaw—, y no como un africano o... o como un antepasado.

—Eso forma parte del problema, señora Hanshaw. Él siente la necesidad de salir y cree que está cometiendo una falta. Se niega a hablar de ello con usted o con su profesora. Se ve forzado al silencio, cosa que podría ser peligrosa.

—Entonces, ¿cómo podemos persuadirle para que cese de hacerlo?

—Ni lo intente. Estimúlelo más bien. El día en que su Puerta se estropeó, no tuvo más remedio que salir, encontrando que le gustaba el exterior. El viaje de ida y vuelta al colegio no es sino una excusa para repetir emocionante primera experiencia. Supongamos ahora que usted le permite salir de casa un par de horas los sábados y domingos. Supongamos que el chico se da cuenta de que no tiene que justificar sus salidas para permanecer en el exterior. ¿No cree usted que llegará a usar la Puerta para ir y venir del colegio? ¿Y no cree que cesarán sus problemas con su profesora e incluso con sus propios compañeros de estudios?

—Entonces, ¿todo quedará así? ¿Nunca volverá a ser normal otra vez?

—Señora Hanshaw —dijo el doctor Sloane mientras se ponía en pie—, él es normal en la medida en que necesita serlo. Ahora bien,

lo que está haciendo es probar lo prohibido. Si usted coopera con él, si no desaprueba su conducta, lo que hasta entonces fuera prohibido perderá su atractivo. Luego, a medida que crezca, se inclinará cada vez más hacia los intereses de la sociedad en que vive. A fin de cuentas, en todos nosotros hay un poco de rebeldía que acaba por morir a medida que nos hacemos viejos y nos sentimos más cansados. Por lo tanto, no lo fuerce ni se apresure en su trato. Todo es cuestión de tiempo y Richard se pondrá bien.

Caminó hacia la Puerta.

—Doctor, ¿no cree usted que la prueba pueda ser necesaria?

Se volvió y exclamó vehementemente:

—¡No, ño, y no! ¡Definitivamente, no! Nada hay en el chico que la haga necesaria. ¿Entendido? Eso es todo.

Sus dedos vacilaron ligeramente al marcar la combinación para la transmutación de materia y su expresión tornóse sombría.

—¿Qué le ocurre, doctor Sloane? —preguntó la señora Hanshaw.

Pero el doctor Sloane no la escuchaba. Estaba pensando en la Puerta, en la prueba psíquica y en toda la chatarra mecánica que rodeaba la vida humana. En todos nosotros hay un poco de rebeldía pensó.

Su voz se hizo amable, su mano no acabó de marcar la combinación y comenzó a alejarse de la Puerta.

—¿Sabe usted, señora? Hace un día tan hermoso que creo que volveré andando a mi casa.

INSERTAR LA PIEZA A EN EL ESPACIO B

PRESENTACIÓN

De algún modo, esta historia es la más extraña de cuantas he escrito, si miramos sus motivaciones. También es la más corta de todas las surgidas de mi pluma: sólo 350 palabras. Ambas circunstancias caminan juntas.

Sucedió como sigue. El 21 de agosto de 1957 participé en un simposio sobre la ciencia y los medios de comunicación en la WGBH, cadena educativa de la TV bostoniana. Conmigo estaban John Hansen, escritor técnico sobre los modos de usar las maquinarias, y David O. Woodbury, el conocido escritor científico.

Deploramos la insuficiencia de muchos escritores científicos y técnicos y alguien se puso a comentar mi propia fecundidad. Con la modestia que me caracteriza, atribuí mi éxito enteramente a una anormal afluencia de ideas y a una deslumbrante facilidad para escribir. Declaré imprudentemente que podía escribir un relato en cualquier parte, tiempo y cualesquiera otras condiciones. Fui rápidamente desafiado a escribir uno en aquél mismo momento, con las cámaras de televisión enfocándose.

Acepté el reto y me puse a escribir, tomando por tema el objeto de la discusión. Los otros dos no me concedieron demasiadas facilidades. Deliberadamente me interrumpían obligándome a participar en alguna que otra discusión, quebrando el orden de mis pensamientos.

Antes que terminara el programa, que duraba media hora, ya había yo acabado y leído la historia (razón por la que es la más corta de cuantas hice), que no es otra que la que usted lee bajo el título Insertar la pieza A en el espacio B. Cuando apareció F & SF, Mr. Boucher, en su propia introducción al relato, decía que se imprimía tal como había

sido escrito (le había enviado inmediatamente el manuscrito, quedándome luego con una copia mecanografiada), «conservando incluso un error gramatical». Conservo en esta edición el mismo error. Es cosa de ustedes el descubrirlo^[2].

No obstante, debo declarar mi fraude (¿Cómo mentirles a ustedes?) Antes de comenzar el programa, mientras los tres charlábamos y nos preparábamos para aparecer ante las cámaras, propuse que me desafiaran a escribir un relato en pleno programa. No fue más que una sugerencia, de ningún modo un acuerdo. Así, por si acaso me lo proponían, empleé algunos minutos pensando qué podría escribir.

En consecuencia, cuando el reto fue lanzado, ya tenía algo que me rondaba la cabeza. Todo cuanto tenía que hacer era perfeccionar los detalles, plasmarlo todo en el papel y leerlo a continuación. A fin de cuentas, señores, disponía apenas de veinte minutos.

Dave Woodbury y John Hansen, grotescos en sus trajes espaciales, verificaban con ansiedad que la gran jaula flotaba lentamente alejándose de la espacionave mercante y acercándose a la cámara de aire. Con casi un año de permanencia en la Estación Espacial A5 tras ellos, estaban comprensiblemente cansados de las unidades de filtración que resonaban secamente, de los tubos de hidrocultivo que goteaban, de los generadores de aire que constantemente zumbaban y ocasionalmente se detenían.

—Nada funciona correctamente —solía decir Woodbury—, porque todo ha sido montado a mano por nosotros mismos.

—Siguiendo instrucciones —solía añadir Hansen— compuestas por un idiota.

Indudablemente había motivos para quejarse. Lo más costoso de una nave espacial era la cámara destinada a la mercancía, pues todos los avíos tenían que ser enviados a través del espacio desmontados y conjugados. Todo tenía que ser montado en la Estación con las manos desnudas, inadecuadas herramientas y confusas y ambiguas instrucciones escritas por todo guía.

Woodbury se había esmerado en escribir algunas quejas a las que Hansen añadió los adjetivos apropiados, y formales peticiones que auxiliaran la situación habían sido cursadas a la Tierra.

Y la Tierra había respondido. Un robot especial había sido diseñado con un cerebro positrónico que había empollado el conocimiento necesario para conjuntar propiamente cualquier máquina en existencia que estuviera desmontada.

El robot estaba en la jaula que ahora se descargaba, y Woodbury se estremeció mientras la cámara de aire se cerraba tras el objeto.

—Primero —dijo—, esto rehabilita a la Junta para la Alimentación y, segundo, rehabilitará nuestra tostadora para que

vayamos olvidando el sabor de la carne quemada.

Entraron en la estación y atacaron la jaula con suaves toques de desmoleculizador, de manera que ningún precioso átomo metálico de su especial robot solventador de jeroglíficos fuera dañado.

Finalmente, la jaula fue abierta.

Dentro no había sino quinientas piezas separadas y una lista escrita con confusas y ambiguas instrucciones para ensamblarlas.

SEGREGACIONISMO

PRESENTACIÓN

En la primavera de 1967 recibí una interesante propuesta.

Se trataba de un periódico llamado Abbottempo, financiado por la respetable firma farmacéutica Abbott Laboratories. Se imprime en papel brillante con ingenioso diseño, y suele publicar excelentes artículos sobre materias médicas y asuntos que de alguna manera pueden rozar el terreno de la medicina. Se imprime en Holanda y se distribuye gratuitamente en Gran Bretaña y algunos países europeos. La distribución no llega a los Estados Unidos.

El editor de Abbottempo me escribió pidiéndome que escribiera un relato de ciencia-ficción de unas dos mil palabras, que estuviera basado en algo concerniente a la medicina y que los devotos de Hipócrates encontraran interesante, sorprendente y provocador.

Por entonces, como ahora, tenía mi tiempo ocupado por cantidad de trabajo, de manera que puse papel en la máquina de escribir, dispuesto a formular alguna excusa diplomática.

Por desgracia o por fortuna, me tomó algún tiempo coger el papel apropiado, el correspondiente a la copia y el de carbón que debía colocarse entre ambos; y no sólo esto, sino, además, introducir el bocado en el carrete de la máquina, dar algunas vueltas, centrar diversos papeles, comenzar a escribir la fecha, la dirección y la presentación de cortesía al uso.

El caso es que, mientras todos estos menesteres habían tenido lugar, me encontré con que estaba fraguando una historia que me arrastraba irremisiblemente. De manera que, una vez escribí el inicial «Estimado señor», me sorprendí a mí mismo formulando una diplomática aceptación.

Escribí Segregacionismo en abril de 1967, sobre un tema que de cabo a rabo se incluía en la ciencia-ficción. Apareció en diciembre de ese mismo año, justamente la época en que título tal podía no sentar muy bien en cierto sentido.

Por cierto que lo mejor de todo fue que Abbottempo publicó el relato en cada una de sus ocho ediciones. De modo que cuando recibí el número donde aparecía, lo vi impreso en inglés, francés, español, alemán, italiano, japonés, griego y turco. Ninguno de cuantos relatos llevo escritos hasta ahora había sido traducido al griego ni al turco, de manera que pasó a ser una de las más sugestivas rarezas de mi biblioteca personal en Asimovlandia.

—¿Está listo? —preguntó el cirujano sin la menor inflexión de voz.

—Listo es un término muy relativo —dijo el ingeniero médico—. Nosotros sí estamos listos. Por lo demás, él está inquieto.

—Todos lo están... Claro, es una operación seria...

—Sería o no, el hombre debería estar agradecido. Ha sido elegido entre un elevado número de candidatas. Y, francamente, no creo...

—No diga eso —replicó el cirujano—. La decisión no la tomamos nosotros.

—Pero la aceptamos. ¿No íbamos a estar de acuerdo, acaso?

—Por supuesto que sí —dijo el cirujano con no excesivo convencimiento—. Estamos complejamente de acuerdo. Con todo el alma y pese a los riesgos que pueda haber. La operación es demasiado dificultosa para andarse con reservas de ningún tipo. Además, ese hombre ha probado su valor de muchas maneras y su salud es necesaria al Comité de Mortalidad.

—Exactamente —dijo el otro.

—Lo verá aquí mismo —dijo el cirujano—. Hay aquí un aire de intimidad que hace las cosas más llevaderas.

—No sé si le ayudará este escenario. Es un hombre nervioso que aún está haciéndose a la idea.

—Pero ¿está decidido?

—Sí. Quiere metal; como todo el mundo.

La cara del cirujano no alteró su expresión. Se miró las manos.

—A veces puede disuadirse a la gente.

—¿Con qué objeto? —replicó el ingeniero médico con indiferencia—. Si quiere metal, déle metal.

—¿No le preocupa a usted?

—¿Por qué debería preocuparme? —replicó el otro casi con rudeza—. Se trata de un problema de ingeniería médica y yo soy un ingeniero médico. Es decir, que puedo hacerme cargo de la operación. ¿Por qué tenemos que prolongar tanto esto?

—Para mí —dijo el cirujano—, se trata de algo que compete a la aptitud de los elementos implicados.

—¡Aptitud! No puede utilizar eso como argumento. ¿A qué santo le va a importar al paciente la aptitud de los elementos implicados?

—A mí me importa.

—Pero usted constituye una minoría. El curso natural de los acontecimientos está en su contra. No tiene opción.

—Pues debo intentarlo.

El cirujano hizo guardar silencio al ingeniero médico con un leve gesto de la mano, que no implicaba impaciencia aunque sí premura. Acababa de avisar a la enfermera y advirtió su rápida presencia. Apretó un pequeño botón y la doble puerta se abrió suavemente. El paciente, instalado en su silla motorizada, penetró en la estancia. La enfermera caminaba tras él.

—Puede usted irse —dijo el cirujano a la enfermera—, pero aguarde en el pasillo. Quiero hablar con usted.

Hizo luego un gesto al ingeniero médico, que salió con la mujer. La puerta se cerró tras ellos.

Mientras desaparecían, el hombre de la silla los miró por encima del hombro. Su cuello era delgado y podían verse algunas arrugas en torno a sus ojos. Estaba recién afeitado y los dedos de las manos, mientras permanecían sobre los brazos de la silla, evidenciaban el paso de la manicura por las uñas. Era un paciente que gozaba de alta prioridad y lógicamente se había preocupado de... Sin embargo, una expresión de displicencia se reflejaba en su rostro.

—¿Podremos empezar hoy? —preguntó.

—Esta tarde, senador —dijo el cirujano.

—Creo saber que durará semanas.

—No en lo que concierne a la operación misma, senador. Pero hay una buena cantidad de puntos secundarios que deben ser tenidos en cuenta. Renovación circulatoria, ajustes hormonales... Cosas delicadas, aunque de segundo orden.

—¿Cosas peligrosas... —y, en seguida, cuando ya parecía que se

había establecido una suerte de relación amistosa, añadió—: ... doctor?

—Todo es peligroso —respondió el cirujano, sin prestar atención a los matices verbales—. Nos tomaremos el tiempo necesario hasta que el peligro desaparezca. El tiempo, la habilidad de muchas personas que trabajan en equipo, los utensilios, todo hace que operaciones de este estilo puedan ser eficientes.

—Lo sé, lo sé —dijo el paciente con inquietud—. No quiero que se me considere culpable de intervenir en eso ¿O van a implicar ustedes alguna medida de urgencia?

—De ninguna manera, senador. La decisión del Comité nunca ha sido cuestionada. Le menciono la dificultad y lo intrincado de la operación sólo para expresarle mi deseo de que todo resulte de la mejor manera posible.

—Muy bien, que así sea. También ése es mi deseo.

—Entonces, debo preguntarle si quiere cambiar de decisión. Si es posible que usted apele al otro de los dos tipos de cibercorazones; usted ha elegido el metal, pero puede recurrir también al...

—¡Plástico! —exclamó el paciente con irritación—. ¿Acaso me está proponiendo realmente que me pase al plástico? ¡Plástico barato! Ni pensarlo. Ya he elegido. Quiero metal.

—Pero...

—Escuche. Que yo sepa, quien elige al respecto soy yo. ¿Es así o no?

—Si las dos alternativas tienen el mismo valor para el punto de vista médico, le concedo que quien elige es el paciente. En el presente caso, la elección ha sido confiada al paciente aun cuando, como ocurre en este caso, las alternativas no tienen el mismo valor.

El paciente entornó los ojos.

—¿Intenta decirme que el corazón de plástico es superior?

—Depende del tipo de paciente. En mi opinión, considerando las particularidades de su caso, creo que el plástico es efectivamente superior. Por otra parte, preferimos no usar el término plástico. Se trata en realidad de un cibercorazón fibroso.

—En lo que a mí respecta es y seguirá siendo plástico.

—Senador —dijo el cirujano con infinita paciencia—, el material no es plástico en el sentido ordinario de la palabra. Es, ciertamente,

un material polimérico, pero su estructura es mucho más compleja que la del plástico vulgar. Se trata de una fibra protoide que imita lo mejor posible la estructura natural del corazón humano que usted tiene todavía en el pecho.

—Oh, maravilloso, porque el corazón humano que todavía tengo en el pecho está tan estropeado que con él no cumpliría los sesenta. No quiero otro igual, gracias. Lo que quiero es uno mejor.

—Todos queremos uno mejor para usted, senador. Y el cibercorazón fibroso será indudablemente mejor. Con él tendrá usted un potencial de vida que abarca siglos. Está insensibilizado contra la alergia a...

—¿No ocurre acaso lo mismo con el corazón metálico?

—Sí, claro —replicó el cirujano—. El cibercorazón metálico es una aleación de titanio que...

—¿Y no se gasta menos? ¿No es más fuerte que el plástico? O fibra, o lo que narices sea.

—En sentido físico el metal es mucho más fuerte, sí, pero la fuerza mecánica no es un punto determinante. Su fuerza mecánica no le concederá una salubridad particular si el corazón está bien protegido. Cualquier cosa que lo alcanzara acabaría con usted, al igual que ocurre con el corazón humano.

—Si me rompo una costilla, también me la pondré de titanio. Reemplazar huesos es fácil. Y yo seré tan metálico como quiera, doctor.

—Está usted en su derecho, ya que es usted quien escoge. Sin embargo, permítame decirle que mientras hasta ahora ningún cibercorazón metálico se ha estropeado mecánicamente, algunos otros sí lo han hecho electrónicamente.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente que todo cibercorazón está dotado de un marcapasos que forma parte de su estructura. En la variedad metálica, se trata de un mecanismo electrónico que conserva el ritmo. Y también que toda una batería de artefactos en miniatura deben ser incluidos para alterar el ritmo del corazón en los estados físicos y emocionales del individuo. Se han dado casos de mecanismos imperfectos, en los que la gente ha muerto antes de que la imperfección llegara a ser subsanada.

—Jamás oí tal cosa.

—Pues le aseguro que es verdad.

—¿Intenta decirme que ocurre a menudo?

—Por supuesto que no. Ocurre muy raramente.

—Pues muy bien, correré el riesgo. ¿Y qué hay con el corazón de plástico? ¿No está provisto de marca-pasos?

—Claro que lo está, senador. Pero la estructura química de un cibercorazón fibroso se asemeja enormemente a la del tejido humano. Puede responder perfectamente a los controles iónicos y hormonales del cuerpo mismo. El complejo total que necesita ser insertado es mucho más simple que el del corazón metálico.

—Pero ¿no ocurría que el corazón de plástico escapaba al control hormonal?

—A nadie le ha ocurrido tal cosa.

—Sin duda porque han sido olvidados, ¿me equivoco?

—Es cierto que los corazones fibrosos —dijo el cirujano tras una duda— no han sido últimamente tan usados como los metálicos.

—Ahí quería verlo yo. ¿Qué le ocurre, doctor? ¿Teme que me convierta en una especie de robot... en un Golem metálico, en un Metallo, como se les llama desde que les fue concedida la ciudadanía?

—En un Metallo, en tanto que Metallo, nada hay que no funcione correctamente. Y, fíjese, son ciudadanos. Pero usted no es un Metallo. Usted es un ser humano. ¿Por qué no quiere seguir siéndolo?

—Porque quiero lo mejor y lo mejor es un corazón de metal.

—Muy bien —dijo el cirujano cabeceando—. Cuando llegue el momento, se le pedirá su consentimiento escrito y pasará a tener un corazón metálico.

—¿Será usted el cirujano encargado? Me han dicho que es usted el mejor.

—Haré lo que pueda hacer para que el cambio sea un acierto.

La puerta se abrió y la silla condujo al paciente hasta donde la enfermera esperaba.

Entró el ingeniero médico, y se quedó mirando al paciente

mientras éste iba desapareciendo por entre la ranura de las puertas que se cerraban.

—Bien —dijo al cirujano—, no puedo saber lo que ha ocurrido con sólo mirarle a la cara. Dígamelo, ande. ¿Cuál ha sido su decisión?

El cirujano se sentó tras el escritorio, finalizando los últimos apartados para el archivo.

—Lo que usted predijo. Insiste en tener un corazón metálico.

—Después de todo, son los mejores.

—No exactamente. Han sido mucho más usados, lo reconozco, pero ahí acaba todo. Pero es la manía que comenzó a obsesionar a los humanos desde el reconocimiento civil de los Métalos. Los hombres están dominados por la extravagancia de convertirse en Métalos. Anhelan poseer la fuerza física y la resistencia que se les atribuye.

—No me extraña. Usted no trabaja con Métalos, pero yo sí; así que sé cómo son. Los dos últimos que vinieron a ser reparados pidieron elementos fibrosos.

—¿Pudieron?

—En uno se trataba de suplir unos tendones; no hay mucha diferencia entre tendones fibrosos y tendones metálicos. Pero el otro quería un sistema de circulación sanguínea, o algo semejante. Le dije que no podía; no sin una completa reconstrucción de la estructura de su cuerpo a base de materia fibrosa... Algún día llegará. Métalos que no son realmente Métalos del todo, sino una especie de carne y sangre.

—¿De verdad piensa eso?

—¿Y por qué no? También habrá seres humanos metálicos. Ahora tenemos dos clases de inteligencia en la Tierra y no vamos a incomodarnos con ninguna de ellas. Dejemos que la una se acerque tanto a la otra que no haya la menor diferencia entre las dos. ¿Por qué tendríamos que oponerlas? Hemos conseguido el mejor de los mundos: las ventajas del hombre en combinación con las del robot.

—Lo que se ha conseguido es un híbrido —dijo el cirujano, con algo que se aproximaba a la violencia—. No se han conseguido dos, sino ninguna. ¿No es ilógico suponer que un individuo, orgulloso de su estructura e identidad, desee diluirlas en algo extraño? ¿Que

desea el mestizaje?

—Eso son palabras de racista.

—Pues que lo sean —replicó el cirujano con insistencia—. Yo creo en seres que son uno. Por ninguna razón cambiaría yo ni el menor pedazo de mi estructura. Y si algo de la misma exigiera ser reemplazado, buscaría lo más aproximado a la forma original. Yo soy yo; satisfecho de ser yo mismo; y de no ser ninguna otra cosa.

En cuanto hubo acabado comenzó a prepararse para la operación. Introdujo sus fuertes manos en el horno caliente, dejándolas allí hasta que el resplandor mate del rojo vivo indicara que habían sido esterilizadas por completo. En el curso de su charla no había alzado la voz y ni siquiera sobre su rostro de metal bruñido se había advertido (lo que jamás ocurriera) el menor signo de alteración.



ISAAC ASIMOV (Petrovichi, Bielorrusia, 2 de enero de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992). Nació en Petrovichi, en la entonces República Socialista Soviética de Bielorrusia. Sus padres emigraron a Estados Unidos cuando él apenas tenía tres años. El propio Isaac consiguió la ciudadanía americana a la edad de ocho.

Criado en Nueva York, concretamente en Brooklyn, se educó en sus escuelas públicas, completando sus estudios superiores en la Universidad de Columbia, en la especialidad de Bioquímica, hasta conseguir el doctorado por la Universidad de Boston, siendo el mismo Catedrático de Bioquímica.

Mucho antes, a los nueve años, descubrió la ciencia-ficción en los pulp que su padre vendía en la pequeña tienda de golosinas que regenteaba en Brooklyn. Cuenta el propio Asimov que aquéllas eran lecturas prohibidas, puesto que su padre consideraba aquellas publicaciones de una calidad ínfima.

A los once años empezó a escribir sus propias historias, y a los dieciocho, hecho un manojo de nervios, se decidió a presentar su primer relato a J. W. Campbell. Fue rechazado. Pero sólo cuatro meses después consiguió vender su primera historia, y así continuó

hasta el día de su muerte.

En 1941, escribió el relato, ya clásico, *Anochecer*. Poco antes había empezado a publicar sus *Historias de robots*, en las que introdujo las famosas tres leyes de la robótica, y, poco después, siguiendo la pauta de *Decadencia y caída del Imperio Romano*, comenzó su serie de la Fundación.

El espectro literario de Asimov no se limita a la ciencia-ficción, es quizá uno de los divulgadores científicos más amenos que se puedan leer y su *Introducción a la ciencia* uno de los volúmenes más recomendables para adquirir una mínima pátina al respecto. No es una obra que profundice excesivamente en los muchos temas que toca, desde química hasta astronomía, pero es suficiente para orientar adecuadamente al lector, puesto que además, a cada nueva edición se la actualiza para ponerla al día con las nuevas teorías y descubrimientos.

Asimov obtuvo la distinción de Gran Maestro Nébula en 1986. Es, con toda seguridad, el autor de ciencia-ficción más conocido (si no el único) por el público en general, fuera del ámbito de los aficionados al género. Su estilo sencillo y sin complicaciones literarias lo hacen muy asequible, y aunque algunos críticos tachan su obra de insustancial basándose en esa circunstancia, lo cierto es que es el más claro representante de la ciencia-ficción clásica entendida como literatura de ideas.

Notas

[1] Vid en SHAKESPEARE: «Los humanos somos para los dioses lo que las moscas para los niños que juegan.» < <

[2] Siendo imposible una versión exacta del susodicho error, ha sido deslizado otro equivalente en castellano. (*N. del T.*). < <